



XIII CONCURSO NACIONAL[®]
DE NOVELA Y CUENTO

COLECCIÓN de
TRAGEDIAS
y UNA MUJER



DAVID GIL

G A N A D O R N O V E L A



CAMARA DE COMERCIO[®]
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA

Tu mejor socio.

COLECCIÓN de
TRAGEDIAS
y UNA MUJER
David Gil / GANADOR NOVELA

© David Gil, 2017
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
ISBN: 978-958-58723-5-6

Gil, David
Colección de tragedias y una mujer / David Gil
1ª ed. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2017.
196 p.; 21 cm

Primer puesto categoría Novela
XIII Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

Primera edición: noviembre de 2017

Coordinación editorial: Vicepresidencia de Comunicaciones Corporativas
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
Edición y diseño: Tragaluz editores
Impresión y terminación: Marquillas S.A.

1. NOVELA COLOMBIANA. Título.

Impreso y hecho en Colombia / *Printed and made in* Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o por cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.

Contenido

- 9** Preludio
- 11** Escena en la peluquería y comienzo
- 15** El bar de reguetón, la Facultad de Filosofía y primer viaje a Nueva York
- 19** Yeraldín
- 25** Peripecia
- 35** Juliana López de Mesa
- 49** McDonald's, Sapzurro y el Bronx
- 61** Vida y muerte de Aquiles
- 67** Servicio militar obligatorio
- 93** Edad escolar
- 105** Educación sentimental
- 121** Vanessa Jaramillo
- 147** Muerte de Pablo Escobar
- 161** Vanessa Jaramillo (continuación)
- 171** La mexicana
- 181** Final

Un filósofo: es un hombre que constantemente vive, ve, oye, sospecha, espera, sueña cosas extraordinarias; alguien al que sus propios pensamientos le golpean como desde fuera, como desde arriba y desde abajo, constituyendo su especie peculiar de acontecimientos y rayos; acaso él mismo sea una tormenta que camina grávida de nuevos rayos; un hombre fatal, rodeado siempre de truenos y gruñidos y aullidos y acontecimientos inquietantes. Un filósofo: ay, un ser que con frecuencia huye de sí mismo, que con frecuencia se tiene miedo a sí mismo, –pero que es demasiado curioso para no «volver a sí mismo» una y otra vez...

Nietzsche

... parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños y que toda aquella máquina era cosa de encantamento.

Don Quijote II, LXV

Preludio

SOLO ADVERTÍ LA MAGNITUD DE LA TRAGEDIA CUANDO me vi, todavía en pijama, haciendo fila en el supermercado con un carrito lleno de saleros. Esa mañana iba a desayunar lo mismo de siempre, entonces puse a calentar el agua para el café y encendí la radio: noticias de Colombia, siempre noticias de Colombia, qué me importa a mí el *New York Times*. Todo iba muy bien: el huevo en el sartén, el tomate rallado en el cuenco con el aceite de oliva, el pan en la tostadora. Hasta que abrí la despensa y descubrí que no había sal. Apagué el fogón y tiré el tomate y el huevo y las tostadas de pan a la basura. Regresé a mi cuarto y me acosté. Enseguida me levanté otra vez, encendí la radio, noticias de Colombia; tendí la cama, puse a hacer el café: una taza sin azúcar. Saqué otro huevo de la nevera, rompí la cáscara contra el borde de la sartén y bajé el fuego. Saqué un cuenco limpio, rallé otro tomate y le puse aceite de oliva. El pan en la tostadora. Luego, minuciosamente, abrí la despensa para comprobar que no había sal. Solo recuerdo

haber tirado la puerta al salir del edificio camino del supermercado. Puse en el carrito todos los saleros del estante y la cajera los registró mirándome como si comprar sal fuera cosa de extraterrestres. Cuando regresé a la casa eran las once de la mañana, ya no era hora de desayunar. Todavía encuentro saleros en cada cajón que abro, pero ya no me angustia la idea de que me falte sal en el desayuno.

Como ves, he logrado distraer los días sin ti, aunque no siempre es así de fácil, estrella de la mañana, a veces no entiendo por qué me dejaste.

Escena en la peluquería y comienzo

EL OTRO DÍA EN LA PELUQUERÍA PENSÉ EN TI PORQUE estaba sonando salsa romántica. Yo que la detesto. Pero recordé que me hacías escucharla, tú que no reparas en géneros, que no presumes, que si te gusta no te preguntas y si te preguntan te ríes, como si no fuera contigo la cosa, como si no te mojara la tormenta. Es como tratarte de *ti* y no de *vos*. En Medellín somos tan provincianos que solo tuteamos a la novia, o muy elegantes. Pero qué novia ni qué nada, si nunca llegamos a nada. A qué íbamos a llegar, si cuando todo estaba dispuesto para que fuéramos felices, me dio por acostarme con tu amiguita Yeraldín: canta, oh Diosa, la cólera de Yesid Rivera, alias Aquiles, su novio, cólera funesta que causó infinitos males y me obligó a salir del país porque me iba a matar.

Pensé en ti el otro día en la peluquería porque sonó la misma canción que escuchamos la noche que me llevaste a Andrómeda, cerca de tu casa, una discoteca a la que me gustaría volver: blusas

escotadas de licra con estampados de brillantina, pantalones ajustados, sandalias, salsa romántica y olor a detergente: belleza pulcra y vulnerable de las comunas. En la peluquería, en cambio, estaba solo frente al espejo que me regresaba una cara torcida, lo mismo de todos los días, pero sin ti; a ti que había decidido quererte porque contigo podía escuchar música sin que me importaran el año ni el género, ni el reino ni la clase, ni el orden ni la familia. Y el peluquero, un dominicano, me hablaba de la isla y el cultivo de plátanos de Guinea y yo a todo respondía “sí, señor, es verdad, nada más cierto”, cuando lo único cierto era que la canción más ruin me estaba dejando sin nada, en un muladar de recuerdos. Y si aplacé la decisión todo ese tiempo haciéndome el tonto, aguantándome las ganas, encontrando obstáculos –que eras mi alumna, que yo era doce años mayor que tú, que qué dirán–, si me demoré prorrogando el beso que tan solo te di la tarde antes del vuelo a Nueva York, fue solo porque soy incapaz de asumir cualquier compromiso, cómo no, si a pesar de que te ofreciste como un regalo de la vida, yo no hice más que demorarlo todo con explicaciones absurdas, fórmulas que acaso ya habías escuchado en clase, *my lovely*, porque no es verdad que aunque la razón dice que no, el corazón no entiende razones, esas son cosas de música de mal gusto; el corazón es un músculo que irriga sangre al resto del cuerpo y carece de juicio, por eso no piensa ni decide, ni acierta ni yerra, ni conjetura ni presume, ni calcula ni predice, ni contrasta ni especula, ni delibera ni concluye, ni cavila ni considera, ni elucubra ni estudia, ni urde ni supone, ni decide ni discurre, ni prefigura ni sospecha, ni discute ni propone. Un sistema binario de veinticuatro verbos que combinados de manera aleatoria ascienden exponencialmente para formar una muralla infranqueable. Y creíste que quererme iba a ser fácil, *my cure*; la verdad es que no tengo cura, porque fui yo quien lo impidió, como dice esa canción, esa canción espantosa que estaba sonando cuando el peluquero me preguntó que si las patillas altas o bajas,

“como a usted le parezca, don Félix”, y solo cuando volví a la casa me di cuenta de que me había rapado como a un militar; casi me voy de para atrás cuando frente al espejo tomé consciencia del reflejo, porque en la peluquería, evocándote, ni me di por enterado; tan distraído andaba escuchando esas canciones, entendiendo que ya no te tenía, aunque fuera de lejos ya no te tenía.

Y ya no podré ver tus fotos de Facebook igual que antes porque ahora un muchacho te abraza y te ves feliz y me alegra; un muchacho, es cierto, que debe de ser diez años menor que yo, pero que, de paso te digo, parece un *homo ergaster*, el eslabón perdido, y sé que no tengo derecho a decirlo, pero tampoco me importa. No es verdad, es muy guapo el muchacho y vas a ser feliz, como lo seré yo también con esta voracidad inútil que cada vez hace más ancha la frontera de datos que me separa de la realidad, que me mantiene a salvo en una comodidad histórica, geográfica, epistemológica, poscolonialista, misantrópica; a salvo de los hombres que me extienden la mano para saludarme, pero que rechazo cuando advierto que no se han cortado las uñas. Tú, en cambio, princesa, hiciste que una vez te cogiera la mano untada de mierda de perro porque la habías apoyado accidentalmente en el césped, ¿recuerdas?, esa noche espléndida de Navidad en que me invitaste a ver los alumbrados del río: te compré una cerveza y me dijiste “mi Dios le pague”, yo sentí que daba una limosna. Y aunque tenías la mano untada de mierda de perro, te la cogí sin vacilar, con una tranquilidad pasmosa, entonces me miraste con sorpresa, como si te hubiera llamado por el nombre de mi madre, así se lo conté a mi psiquiatra, Pompilio Mosquera, que de inmediato me aconsejó tomarme un trago: qué sabiduría de gente mayor, no por nada tiene nombre de emperador. Lo conocí en el ejército, hace catorce años, cuando me regalé para el servicio militar.

“La muerte es lo único seguro que tenemos”, dice mi muñeca decimonónica como si fuera la Virgen que arranca sus cabellos en agonía y de su amor viuda los cuelga del ciprés.

Deja el drama y suelta la camándula, si te digo que algún día volveré a Medellín es porque tengo esa certeza; como la imagen inapelable que miro en el espejo buscando lo que no está, como una palabra que repito sistemáticamente hasta que deja de tener significado, hasta que pierde sonoridad, ¿nunca te ha pasado? Pero qué estoy diciendo, si a ti las palabras no te tocan, apenas si te llegan, por eso todavía me pregunto por qué me escogiste a mí, que solo entiendo de palabras y que puedo retorcer la realidad más simple hasta hacerla ininteligible, fórmula infalible, infalible como creía yo que era el sentimiento que nos unía, pese a la distancia o –dada mi naturaleza– precisamente por la distancia, porque al parecer me resulta más fácil sostener noviazgos por Internet, en la lejanía platónica de Facebook y Twitter, que afortunadamente pueden reemplazar el desafío de satisfacer tus gustos esnobistas en algún restaurante del Parque Lleras, preciosa, que si comida japonesa o vietnamita, con ese dominio geográfico, con esa sapiencia gastronómica, pero en realidad solo te enteraste de que ambos países estaban sobre el mismo océano horas después en el bar de jazz que yo mismo escogí queriendo impresionarte, inocente de que tú querías que te llevara a un motel. Cuando nos quedamos sin tema de conversación, me agarraste la mano y huimos a Andrómeda: sillas blancas de plástico, mesas de madera sintética y oscuridad total para bailar con libertad, salvo por el humo que resplandecía al contacto con las luces de la pista de baile. Esa fue la primera vez que me hiciste escuchar salsa romántica.

El bar de reguetón, la Facultad de Filosofía y primer viaje a Nueva York

DEBO ADMITIRLO, TODO COMENZÓ MAL: SIENDO TU profesor. Porque toda relación que una mujer establece con su profesor está condenada a repetir la relación que tiene con su padre; recuerda que una vez te lo dije, hermosa, la noche que estábamos en aquel bar de reguetón, cuando te pregunté si te gustaba el hombre o el profesor, qué tal la escenita, me tenía merecida la carcajada que me escupiste en la cara. Fue también esa noche cuando tuve por seguro que si no me hubieras conocido como profesor, no te hubiera gustado. Y si no estás de acuerdo, respóndeme: ¿de haberme visto en la calle esperando el bus, te habrías acercado a decirme que te gustaba? Por supuesto que no, ni siquiera habrías reparado en mi existencia, pues soy un hombre promedio y no creas que lo digo sin dolor: me habría gustado ser objetivamente bello, como los muchachos que salían en la serie de Beverly Hills: ¿cuántas horas pasé frente al espejo preguntándome por qué yo no? Es que mi belleza depende del punto de vista y tú me veías

desde una silla escolar. Y te lo digo porque este mismo proceso lo he observado antes; claro, dulzura, no creas que somos especies en peligro de extinción: yo vengo de la Facultad de Filosofía, fuente de la eterna juventud, apenas se están envejeciendo los profesores, ¡pum!, les resulta una niña incauta para calmar sus accesos tardíos de calor: es que la semilla de la vida nunca se seca, siempre habrá necesidad de derramar aunque sea un par de gotas, si lo permite la próstata: no hablo de dandis, ya lo ves, te digo que es gente necia, local y chata y roma.

Seis años pasé en la Facultad de Filosofía aprendiendo el arte de enredarme la vida con problemas inútiles; acaso eso fue lo que te gustó de mí, como a tus compañeritas del semestre siguiente, el semestre aciago, verme en el berenjenal de explicar por qué es infructuosa toda pregunta por aquello que nos espera después de la muerte: ahí parado en el tablero frente a dieciocho adolescentes que en ese momento estaban pensando en cualquier cosa excepto en qué hay después de la muerte, dado que, como los animales, también los adolescentes carecen de la noción de muerte, de lo que no necesariamente se deduce que los adolescentes son animales, *mon coeur*, no podría decirte eso a ti, que apenas tienes diecinueve, sería una descortesía. Pero vaya si lo he comprobado en mis años de profesor, que, aunque no son muchos, sí son suficientes para tener la certeza de que nada bueno procede de la adolescencia.

–A ver, chicas, ¿alguna se anima a decirme qué cree que puede haber después de la muerte?

–Profe, cuál después de la muerte, más bien cuéntenos qué hizo el fin de semana.

–No, en serio, chicas, vamos a hacer el ejercicio de pensar, de elaborar una hipótesis sobre la vida después de la muerte.

–Profe, ¿usted sabe qué es perrear?

–No, no sé qué es perrear, cuénteme.

–Mentiroso, profe, si el viernes lo vi con una estudiante bailando reguetón, muy apretaditos, perreando, ¿son novios?

–Chicas, por favor, volvamos al tema. ¿Se han preguntado alguna vez si la vida fuera solamente un ciclo de nacimiento, reproducción y muerte, y que más allá de eso no hubiera nada?

–Eso, profe, hablemos más bien de la reproducción. ¿Usted tiene esposa?

–No, no tengo esposa y, repito, ese no es el tema de la clase, por favor, ¿será que nos podemos concentrar en la pregunta que les hice?

–¿Cuál era la pregunta, profe?

Seis años pasé en la Facultad de Filosofía, y no cinco como todos los demás estudiantes porque antes de terminar el primer semestre tuve la ocurrencia de venir a Nueva York a probar suerte. Y tres meses me duró la aventura, cuando todos esperaban que me quedara realizando el sueño americano sin entender que no existe semejante necesidad, pues basta conocer a cualquier emigrante para saber que añora su país con obstinación y siempre espera volver. Colombianos con colombianos, mexicanos con mexicanos, hondureños con hondureños, ecuatorianos con ecuatorianos, y si te gustan las enumeraciones como a mí, pues toma un mapa y sigue por los Andes hacia el sur, que con cualquier país funciona la fórmula. Se juntan para hablar en español, para comer platos típicos, para hablar de sus países, para añorar el regreso. Y no voy a tener la indecencia de decirte que me aburren sus reuniones, a las que he regresado hoy, diez años después; por el contrario, belleza, se pasa de lo mejor allí entre jardineros, plomeros, carpinteros, sirvientas y choferes. Se come delicioso y se bebe sin estrecheces. Es común encontrar en las mesas toda índole de morcillas y caldos, tamales y chorizos, chunchurrias, chicharrones, mondongos, empanadas, tortillas, hojuelas, natillas, buñuelos; todo eso empujado, de vez en vez, con un trago de aguardiente, como para masajear el corazón.

¿Y las frutas?, te estarás preguntando, ¿y los vegetales?, dado que también a ti te dio en una época por eso del vegetarianismo, aunque sin éxito y no te culpo, pues el otro día vi en el zoológico del Bronx una perdiz devorando un ratón y entendí que dejar de comer carne es ir en contra de la madre naturaleza, dado que si un animal tan indefenso como la perdiz es proclive a la carne fresca, cómo no lo seremos los humanos, que podemos extraer energía del átomo. Así que, conociéndote como te conozco, sabiendo que creciste entre fritangas, sé que el acceso de repugnancia que finges ante el olor de la grasa quemada es en realidad, *mutatis mutandis*, un ataque de incontinencia salival, querida: el perro de Pavlov ante la campanita. Y, desde luego, la comida no la sirven así sin más, por supuesto que no, siempre me atienden como a un príncipe: que si ya comí de esto, que por qué tan poquito, que por qué el vaso lo tengo vacío, que si quiero otro poquito, que si no estoy cansado de estar parado, que si ya fui al baño, que vaya tranquilo que eso es de humanos; mientras yo repito compulsivamente en la paz interior de mi efervescencia mental, quiero estar solo, quiero estar solo. Y mira cómo es la vida, bella durmiente, casi se me cumple el deseo.

Yeraldín

LO PRIMERO QUE APRENDE UN ESTUDIANTE DE FILOSOFÍA es que debe parecer grave incluso en las situaciones más alegres, como si siempre estuviera pensando algo brillante y tuviera que retenerlo frunciendo el ceño. Esa fue la única costumbre del animal filósofo que no pude erradicar de mi cuerpo contaminado, pues ya la espalda se me enderezó, dejé de renquear y por fin me operé los ojos para no tener que volver a usar esas gafas terribles que parecían lupas para la guerra solar. No creas que siempre fui el hombre que viste esa mañana de febrero y que, según dices, tanto te gustó, pues también habrá que admitir que el hecho de que fuera el único profesor menor de cincuenta y siete años jugó a mi favor, como sucedió también en el semestre siguiente. Quién iba a saber que tú misma serías la culpable: bien te hubieras podido guardar el secreto. Pero no, tenías que salir a contar que eras la novia del profesor y fue así como tus amiguitas empezaron a llegar a mi oficina embadurnadas de maquillaje para hacerme las preguntas más

triviales que yo, mediante una divagación socrática, reducía a un absurdo evidente pero sutil para hacerlas salir con la sospecha de que algo les había querido decir, pero sin sentirse completamente estúpidas. Claro que a Yeraldín no le importó y siguió yendo a mi oficina, socavando mi voluntad, forzando mi rectitud.

–Hola, profe.

–Buenos días, Yeraldín, cuénteme qué necesita.

–Ay, profe, no sea grosero, venga más bien lo invito a un café y conversamos.

–No puedo salir de la oficina porque esta es la hora en que debo atender a los estudiantes, por eso está usted aquí, ¿no?

–Profe, es que yo lo de la muerte no lo entiendo muy bien, estoy como confundida con ese tema.

–Cuénteme, Yeraldín, qué es lo que no entiende exactamente.

–Ay, profe, no sé, pues todo me tiene muy confundida, cómo así que la muerte, ¿es que nos vamos a morir?

–Sí, Yeraldín, llegará el día en que todos vamos a morir, lamentablemente.

–Ay, profe, yo sé, usted me cree boba o qué. Lo que le estoy preguntando es por qué estamos hablando de la muerte en la clase de Epistemología.

–¿Y por qué no?, en todo caso es una pregunta válida; recuerde que ya Camus había dicho alguna vez que el único problema filosófico verdaderamente serio era el suicidio.

–¿Suicidio?, ay, profe, qué susto, no digas esas cosas, Dios nos libre.

–Dios nos libre, Yeraldín.

–Profe, ¿tú crees en Dios?

–Esa pregunta no tiene que ver con el tema de la clase, Yeraldín.

–¿Tú por qué eres tan serio, profe?

–No soy serio, soy normal.

–Normal no, profe, muy lindo y lo sabes, no te hagas.

–Yeraldín, hay otros estudiantes esperando, ¿eso era todo lo que tenía que preguntarme?

–No seas mentiroso, profe, que no hay nadie esperando, ¿quién va a venir a esta asesoría?, ni que no hubiera nada más que hacer.

Yeraldín no era como tú, hojita de laurel, si te buscaba a todas horas, era para que le hicieras la tarea. A lo mejor tú eras la única que iba a la universidad porque de verdad querías estudiar, aunque no se te diera muy bien, y eso me intrigó: no podía creer que hubiera salvación en las nuevas generaciones y por eso fue que asumí tu educación como un reto personal. Yeraldín, en cambio, me producía lo mismo que una modelo: modelo en sentido narco, quiero decir, que es el canon de Medellín. Dime tú, que eres mujer, cuál no sería el sufrimiento de las muchachas que crecieron viendo día y noche las mismas tres modelos por televisión, anhelando tetas de silicona y pelo rubio. De repente Medellín se empezó a llenar de modelos caseras y la ciudad cambió para siempre. Todas se querían operar, todas se querían tinturar, todas querían usar ropa costosa, pero no todas tenían el dinero suficiente para la metamorfosis, de manera que las de mejor alzada se hicieron esposas de los capos y las demás se repartieron entre sicarios o lavaperros para configurar así la más interesante de las castas antioqueñas: los resucitados. No se puede pisar su sombra, sin contaminación.

Los narcos y sus ejércitos aparecieron para liberar a Antioquia, la Grande, de sus ataduras morales: durante la violencia del narcotráfico, Medellín salió del confesionario para derrochar dinero y muerte en un carnaval que no alcanzó a tocarme, no hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta, pero cuya resaca todavía espesa el aire de la ciudad. Los narcos y sus ejércitos aparecieron también para recibir toda la culpa de lo que estaba pasando, pues la clase política aprovechó los asesinatos y las bombas para profundizar todavía más el maniqueísmo congénito de los colombianos, señalando con sus uñas afiladas a los *malos*: ellos, los otros,

y poder apoltronarse así en el lugar del bien, aprovechando la terrible coyuntura para salir en limpio. Pero la verdad, cachito de luna, es que los políticos constituyen la sustancia misma de toda maldad: a su lado, el Cartel de Medellín y los Priscos son apenas la reacción natural de un país dirigido con desprecio: liberales y conservadores que aprendieron directamente de Europa, la Loca, el ejercicio de la condescendencia y la mezquindad. Cansados de ser aristócratas de segunda mano, a los criollos del Virreinato de la Nueva Granada les dio por gritar la independencia para librar del yugo español a los americanos, negros, indios, mestizos, maricianos, etc., cuando en realidad lo que querían era ser los únicos dueños de la finca. De manera que tampoco les echemos toda el agua sucia a los traquetos, pues, bien miradas las cosas, lo que hicieron fue salir adelante con sus propios medios. Y vaya si lo consiguieron, aunque no pudieron vivir para disfrutarlo: los que dieron la cara, desde luego, porque esta ciudad está construida sobre los cadáveres de los muchachos que dejó esa guerra, pero también sobre el dinero que produjo a quienes la azuzaban solapados tras el nudo de la corbata. En Medellín no hay buenos ni malos, no te engañes, aquí todos somos culpables por A, por B o por Z, aunque la plata apenas haya alcanzado para algunos pocos.

El mestizaje económico del que se nutrió toda la ciudad dejó bonanza y mal gusto y por eso es tan común ver mujeres andando en camionetas que apenas si pueden conducir, desfilando por los centros comerciales, entaconadas y empacadas al vacío en vestidos estrafalarios. Las hay jóvenes y bellas y esbeltas, pululan en las universidades: llegan a clase, ocupan una silla, sacan su celular último modelo y se pasan las dos horas tonteando entre Facebook y Twitter. Se gradúan sin saber leer ni escribir, al fin y al cabo, hoy en día a las universidades no les importa tanto como les importa cobrar las matrículas y expedir diplomas al que tenga con qué pagar. Y aunque Yeraldín pagaba con puntualidad todos los semestres, nunca

se pudo graduar, pues hasta su puerta llegó la justicia de la calle que no perdona nada y que, a diferencia de la justicia de Estado, mantiene sus cuentas en orden impecable: no se pierde un folio, no se traba un proceso, no se aplaza una ejecución, no se interpela una imputación y sus recursos son intocables como sus funcionarios incorruptibles, pues al que se robe un peso, como Aquiles, le cae encima un operativo del que no se podría librar ni con el apoyo del Mossad.

Peripecia

TODOS LOS HOMBRES SON MORTALES. SÓCRATES ES UN hombre, en consecuencia, Sócrates es mortal. Era el infeliz: murió por voluntad propia para no ver el espanto de su obra: Occidente, que no sabe dónde mirarse, no hay espejo suficiente para su vanidad. Y ya ves, qué curioso: Grecia, el origen de la cultura que nos llegara en 1492 bajo la forma de la cruz y la espada, es por donde ahora mismo se está desaguando Europa, la Loca, porque esta crisis económica parece irreversible: leche derramada que por virtud de la segunda ley de la termodinámica es imposible regresar al vaso que la contenía. A lo mejor tienes razón, *amore*, y Dios existe, pues nunca creí que me fuera a dar vida para presenciar la caída de Occidente, para asistir al restablecimiento del orden natural de las cosas. Quinientos años pudo vivir España de cuenta del oro que se robó de América. Durante quinientos años vivió España observando la más inquebrantable pereza. Ahora le llegó el momento de recuperar el tiempo perdido: no veo la hora de que empiece el *show*. Así que dile a Dios de mi parte que volví a creer

en Él, que puede estar tranquilo, y de paso agrádecete por haberte hecho mestiza, por haberte hecho colombiana y no occidental. Y especialmente por haberte hecho nacer en Medellín, en la comuna, pues es precisamente por eso que tienes las piernas y el culo que tienes, aunque en tu vida nunca hayas pisado un gimnasio: un kilómetro y medio cuesta abajo, hacia la iglesia, para asistir a la misa dominical; un kilómetro y medio cuesta arriba, de regreso a la casa para ver la telenovela. Ochocientos metros cuesta abajo, hasta la legumbrería, para comprar las lentejas; ochocientos metros cuesta arriba, de regreso a la casa, para preparar la sopa de la semana. Quinientos metros cuesta arriba, una vuelta más, para asistir al velorio del primo; quinientos metros cuesta abajo, otra vez, para conciliar el sueño bajo la balacera: placer todavía mayor al de dormir bajo una tormenta, que es una de las cosas que más extraño de Medellín, ya que en Nueva York, cuando llueve, cae una llovizna morosa, menuda, que va socavando el alma: todos vamos dejando el alma como tributo en las calles de Nueva York por más rápido que caminemos. Medellín, en cambio, le arranca a uno el alma de un solo zarpazo. Allá la dejé y por eso quiero volver, aunque me cueste morir.

“De amor nadie se muere”, dice mi niña huérfana. Oh, mi niña, óyeme; dentro de tus llagas escóndeme; del enemigo malo defiéndeme; en la hora de mi muerte llámame y mándame ir a ti, que no quiero morir lejos de la casa.

Nada es más fácil que morir en Medellín y te lo advierto para que estés prevenida, para que sepas. Por eso me tuve que ir. Y si no sabías la historia, pues aquí te la voy contar porque no quiero que te enteres por terceros y, sobre todo, para que tus compañeritos dejen de decir que soy marica, dado que la nobleza que me da la edad me impedía besarte en público y por eso los chismes empezaron a correr. De una manera y de otra quise hacerle ver a Yeraldín que estaba perdiendo el tiempo a pesar de la convulsión

que forzaba el sostén que retenía la presión de sus tetas inefables. Pero toda ética profesional tiene límites; y como lo epistemólogo no quita lo mamífero, con el pasar de los días empecé a bajar la guardia, a ceder. Ella lo advirtió. Y no bien lo advirtió, aprovechó la oportunidad que había estado esperando.

–Otra vez usted, Yeraldín.

–Hola, profe, ¿cómo estás?

–Bien, Yeraldín, muchas gracias. ¿Qué la trae por aquí?

–Ay, profe, pues que te quería ver y darte un saludito.

–¿Un viernes a esta hora en que ya todas sus amigas están en el bar del frente tomando cerveza?

–Pero eso no quiere decir que yo sea como ellas, profe. A mí esos ambientes ya no me gustan; prefiero otros más tranquilos, donde no haya bulla y se pueda leer.

–No sabía que le gustara leer, Yeraldín.

–Pues ya sabes, profe, nos estamos conociendo mejor.

–¿Y qué le gusta leer?

–Ay, pues libros, profe, ¿cómo así?

–Qué tipo de libros, quiero decir. Novelas, cuentos, libros de historia...

–Todos esos, profe, todos esos me gustan.

–¿Y hay algún autor que le guste en particular?

–Ay, profe, ¿esto es un examen o qué?, ¿no ves que es viernes?

–¿Y le gusta el cine, Yeraldín?

–¿Ver películas?, pues claro que me gusta, ¿a ti no te gusta, profe?

–Sí, claro que me gusta.

–¿Y qué más te gusta?

–Pues, me gusta leer también.

–Ay, sí, profe, ya sé que te gusta mucho leer, pues por eso eres profesor, ¿no?

–Sí, Yeraldín, por eso soy profesor.

–¿Y no te gusta mi blusa nueva, profe?

–Está muy bonita, Yeraldín. ¿Se quiere tomar un café conmigo?

–Ay, profe, por fin dejaste la bobada, vamos pues.

¡Oh, gloria inmarcesible! ¡Oh, júbilo inmortal! Centauro indomable la trompa victoriosa escucha y empieza a presentir de la epopeya el fin. Mientras nos tomábamos el café, me dijo, entre otras cosas, que ya desde la primera clase quería comerme, “ahí mismo en el escritorio, bien rico”.

–¿Perdón?

–Ay, profe, no hagas esa cara que estamos en pleno siglo XXI.

Juzgué que lo mejor era movernos a territorio neutro, entonces le propuse que me acompañara al centro de la ciudad a recoger un pedido en una librería. Ella se levantó y tomó su cartera, yo la seguí. Fuimos en su carro. Ya ves, estrella de miel, ahora todas las adolescentes andan en carro, mientras tú y yo nos destroncamos los riñones viajando en bus. Aunque, para serte franco, debí preguntarle de dónde había sacado el carro antes de subirme y arriesgarme a ser identificado por alguno de los hombres de su novio, pero no: la voluntad de perpetuar la especie había bloqueado mi lóbulo frontal y en ese momento solo tenía en mente la posibilidad de liberar la semilla de la vida, así que me subí con la mayor tranquilidad y ya en el camino le dije que a lo mejor podría pasar después por la librería, que no era urgente y le pregunté qué quería hacer.

–Pues compremos unas cervecitas, profe, y vamos a un lugar donde podamos estar tranquilos los dos y pasar delicioso.

–Pero si mañana tenemos clase de seis, Yeraldín, yo debería estar preparando el tema y usted estudiando para los exámenes finales: ya casi es la fecha.

–Ay, profe, mañana te paras al frente y dices cualquier cosa; igual nadie te presta atención porque todos están trasnochados, empezando por ti, que siempre llegas oliendo a trago. Y para el examen, haz de cuenta que te lo voy a presentar hoy y me pones la nota.

No tuve más opción que darle las indicaciones para llegar a Penthouse, el famoso motel en la Vía al Mar. “Qué pieza tan linda, profe”. Era su primera vez en un lugar como ese, pues tenía un apartamento en el barrio El Poblado. Yo, que todavía vivía con mis padres, cambié de tema y, mientras sintonizaba una emisora al azar, le pregunté si le parecía bien.

–¡Ay, profe!, eso parece música de bus. ¿Esa es la música que tú escuchas en momentos especiales?

–No, no sé... Me da igual, ponga usted lo que quiera.

–Bobito... Ven yo pongo algo.

¡Y que comience la función! Porque si vamos a llamar las cosas por su nombre, lo que pasó aquella tarde fue una de esas presentaciones del Cirque du Soleil. Estaba yo acostado viendo fútbol mientras Yeraldín se preparaba en el baño. Cuando menos pensé, salió en ropa interior, olorosa a kiwi, como venida del más allá: Santa Úrsula, patrona de las doncellas, que renunciaste al príncipe pagano que quiso desposarte y que en peregrinación a Roma con once mil vírgenes más fuiste violada y martirizada por los hunos cuando cruzabas la frontera oeste de Alemania. Santa Úrsula: esta mujer que ahora sale del baño para interrumpir la repetición de la final de la Champions League de 1998 en que el Manchester United batiera en tiempo de reposición al Bayern Múnich en el Camp Nou de Barcelona no es virgen, santa Úrsula, pero te la ofrezco por las almas del purgatorio que dejaron este mundo siendo vírgenes. No supe por dónde empezar. Ni siquiera tuve tiempo de empezar porque Yeraldín enseguida se ocupó de mí. Antes de que alcanzara a incorporarme, ya me había tomado por su cuenta, con su boca, en una operación que me hizo rechinar los dientes. Entenderás, *my playground love*, que esta burda reconstrucción de los acontecimientos no logra acercarse a la verdad, que siempre sobreviene del modo más insospechado devastando el entendimiento, porque si algo enseña el errar de los sistemas filosóficos que se multiplicaron

y mutaron desde Grecia hasta hoy como bacterias patógenas es que la verdad solo puede ser percibida y de ninguna manera pensada, pues pensar es tener los ojos enfermos con la peste de la razón, siemiente de Europa, la Loca, piedra angular de Occidente: civilización corrupta que ahora está convencida de que la tierra necesita ser salvada por el hombre, la tierra que tiene las entrañas de fuego y que ha sobrellevado en su corteza los ámbitos más hostiles y las criaturas más portentosas a lo largo de sus no sé cuántos miles de millones de años de vida para que ahora el prosaico bípedo implume tenga la cándida ocurrencia de emprender campañas conservacionistas. Occidente, el infame, que para bien de las otras innumerables formas de vida está llegando a su fin. Pero no te me distraigas, muchachita, con estos pensamientos de viejo, que te estaba contando algo más importante. Yeraldín succionó hasta que me sacó el alma, solo entonces abrí los ojos para ver lo que quedaba de mí, mis propios restos, un cadáver en descomposición. Pero oh, sorpresa, cuando levanté la mirada para descubrir su cuerpo desnudo en una desnudez inconmensurable, la verdad rotunda y sin márgenes: la cosa en sí de Kant. El pobre viejo que murió virgen.

Nos apareamos por dos horas seguidas sin parar. Yeraldín no parecía tener fondo y a mí me tocó apelar a una resistencia física y una fortaleza moral que creía perdidas, pues no se es el mismo a los diecinueve que a los treinta y uno. Así que cada vez que se me iban las luces por el cansancio, subvertía la situación de modo que pudiera descansar un poco y acaso permitirme un sueño ligero mientras ella se encargaba del timón. Y como todo tiene su final, también esa tarde de Sodoma lo tuvo.

–Profe: si tu novia se llega a enterar, no me vuelve a hablar nunca. Es que somos muy amigas.

Qué eco paternal tenía la palabra “profe” en ese ámbito soporífero. Luego de que habíamos sido un solo cuerpo en la eucaristía del amor, ahora me llamaba profe; luego de que me permitiera

conocer en detalle sus profundidades, ahora se distanciaba poniéndome en el púlpito del salón de clases.

–Nadie puede saber esto, Yeraldín, sería muy grave, imagínese...

–Yo no le digo a nadie, pero con una condición.

–¿Qué condición?

–Que lo volvamos a hacer, pero en mi apartamento, cuando mi novio esté en Estados Unidos.

–¿Viaja mucho su novio?

–Una vez al mes se va y vuelve a las dos semanas.

–¿Y qué hace su novio en Estados Unidos?

–Él trae lociones para vender en su almacén, ese es su negocio.

–¿Y usted vive sola en un apartamento en El Poblado?

–Sí, profe, más lindo, me lo regaló mi novio.

–¿El carro también se lo regaló su novio?

–Sí, profe. Un día de estos nos vamos de paseo a Guatapé, yo te invito.

–¿Con su novio?

–Ay, no, profe, cómo se te ocurre. Si él se llega a enterar... te mata. Es muy celoso.

–¿Cómo me va a matar si no me conoce? –Ay, profe, no preguntes bobadas y dejemos de hablar de mi novio que nos castiga la lengua.

Líbrame, Yahveh, del hombre malo, del hombre violento guárdame aunque me haya acostado con su mujer: mi corazón fue suyo por una noche y su cuerpo mi albergue. Su lengua de serpiente me invitó al pecado, señor, y bajo el veneno de víbora de sus labios caí.

Preserva mis manos, Yahveh, para la mujer del impío, del hombre violento: guarda para mí sus pies que me trastornan y guía mis pasos hacia su red, ponme bajo sus cepos y sus lazos, emplázame en sus trampas al borde del sendero.

Yo te he dicho: tú eres mi Diosa, yo no tengo Dios, escucha la voz de mis súplicas. Oh, Señora mía, tú cubrirás mi cabeza el día

del combate. No otorgues al impío su deseo, no le digas quién soy, no dejes que su plan se realice.

Los que me asedian que no me alcancen, que la malicia de sus labios y su cabeza los ahogue; lluevan sobre ellos carbones encendidos, mientras yo en el abismo hundido ya no me levante más, deslenguado en ella, que es como la tierra. Y que al violento lo atrape de golpe la desgracia.

Sé que Yahveh al humilde hará justicia: llevará mi juicio. Sí, los justos darán gracias a su nombre, los rectos morarán en su presencia. El impío, en cambio, arderá cauterizado por el fuego enemigo de su avaricia.

–Profe, quién te ve tan serio dando clase y mira cómo eres de travieso.

–No soy travieso, Yeraldín. Tal vez nunca debimos hacer esto.

–Ay, profe, no vayas a empezar ahora con arrepentimientos, pues, que pasamos muy rico.

–No me tiene que seguir llamando profe, Yeraldín.

–Pero si eres mi profesor cómo más te voy a decir.

–Pues por mi nombre.

–Profe, ¿ustedes cómo se hicieron novios?

–¿Quiénes?

–Ay, profe, deja la bobada y cuéntame.

–El semestre pasado ella estaba en mi curso de Epistemología y un día me agregó en Facebook y ya luego nos mandamos un par de mensajes.

–Ella es divina, ¿cierto?

–Sí.

–¿Y cómo les va en la cama, profe?

–Qué pregunta es esa, Yeraldín.

–Ay, profe, pues una pregunta, yo quiero saber. ¿Lo hace mejor que yo?

–Yeraldín, por favor...

–¡Ay, profe! Cuéntame, mira que estamos en mucha confianza.

–Bueno, lo que pasa es que nunca me he acostado con ella.

–¡Cómo así, profe! Pero por qué, si ella es lindísima, y ese cuerpo que tiene, sin una sola cirugía, qué tan de buenas. ¿Es que no te gusta?

–No es eso, Yeraldín, claro que me gusta, desde que la vi me gustó.

Fue en la primera clase del curso; te estabas haciendo una trenza con un gesto preciosista que me distrajo por un momento de lo que estaba diciendo y que tal vez notaste. Pero en la clase siguiente te olvidé, tesoro, pues era profesor de cátedra y cada semestre tenía a cargo nueve clases semanales con un promedio de veinticinco estudiantes por grupo. De otra manera no hubiera podido vivir con alguna dignidad y mucho menos justificar que, pese a mi vejez, seguía en la casa paterna. Así que cada domingo compraba arroz chino para la cena de mis padres, aunque lo detestaran, ya que luego de una semana en la nevera terminaba en la basura. Y es que todavía recuerdo con claridad la noche en que le dije a mi padre que abandonaría la Ingeniería para estudiar Filosofía, noche que pasó en vela, con los ojos abiertos mirando la oscuridad rojiza del techo, preguntándole a mi madre qué harían conmigo, como supe después. Y fue por eso que el otro día, cuando me dijiste que estabas antojada de sushi en el Parque Lleras, así con esa naturalidad, te propuse un pícnic en los bosques de la universidad; pero no, tú querías pavonearte, bajar por un día de la comuna en que vives. Querías bajar y ser parte de la ciudad, sentirte normal, gracia divina, inocente de la razón que me hizo buscarte, ajena a las culpas del ascenso económico de Medellín que te dejó atrás y que resucitó a miles de familias que vivieron en la pobreza hasta que voluntaria o involuntariamente fueron tocadas por la varita mágica de Pablo Escobar, abracadabra: los que vivían en las comunas descendieron de la ignominia para asentarse en el valle y los

que estaban en el valle llegaron al barrio El Poblado en asunción beatífica, sin pecado, sin mancha. Dijo el capo hágase la ciudad y la ciudad se hizo. Te busqué precisamente porque eras de comuna, porque bajo el interés antropológico que me hace explicar cada aspecto de la alta cocina criolla en virtud de los ingredientes que usa tu santa madre en la modestia de sus lentejas aguadas no hay más que un extracto bancario que todavía me impide sentarme con comodidad en el Parque Lleras, pero que me da la tranquilidad suficiente para compartir las fritangas callejeras a las que no sin alguna vergüenza me invita tu familia creyendo que es para mí un gran esfuerzo ascender desde el valle hasta la comuna como quien desciende en la escala social.

–Yeraldín, es hora ya de irnos, voy a pedir un taxi.

–No, profe, cuál taxi. Yo te llevo a la casa.

Cuando llegamos me besó.

–Profe, tenemos que repetir el plan.

–Sí, Yeraldín. Tenemos que repetirlo.

Lo dije sinceramente, cómo iba a saber yo que para esa altura de la noche ya se había desatado la desventura que me trajo a Nueva York. Entré a la casa, saludé a mis padres con triunfalismo, me lavé los dientes, me puse la pijama y me acosté repitiendo uno a uno los nombres de la lista hasta pronunciar el último: Yeraldín. No sabía de la amenaza que se cernía sobre mí y que en menos de tres días me tendría buscando dinero para el viaje. A la mañana siguiente me levanté, preparé el café, como siempre, y salí para la universidad de buen ánimo, pese a que era sábado. Me entusiasma la idea de ver a Yeraldín, recién bañada, olorosa a champú, con los ojos todavía soñolientos. Cuando entré al salón ya estaban todos sentados, esperando, menos Yeraldín, que llegó tarde con un ojo morado y la boca reventada. Después de clase, cuando todos salieron, ella seguía sentada, mirándome.

–Profe, es mejor que se desaparezca: mi novio lo va a matar.

Juliana López de Mesa

QUIEN SE DECIDE A SER PROFESOR UNIVERSITARIO SE arriesga a ser un anciano juvenil, estrella fugaz: así es este oficio; algunos profesores nunca crecen, pues la continua exposición a la ciclotimia de los estudiantes, a su inconstancia y sus caprichos les hacen creer que se puede ser joven para siempre y cuando menos piensan se están orinando en los pantalones sin darse cuenta. Yo me di cuenta cuando era estudiante de la Facultad de Filosofía, una noche en que el profesor de Existencialismo nos invitó a su casa para celebrar el final de semestre.

–Gracias por venir. Me he sentido muy solo por estos días.

Fue todo cuanto dije antes de que pasara tres minutos en silencio, mirando el suelo, pensando.

–Creo que he bajado de la montaña.

Entonces su empleada apareció para servir la cena. Todos comimos sin decir palabra. La ceremonia duró hasta que el vino empezó a aflojar la solemnidad. No supimos en qué momento el

profesor se había ido a descansar a su pieza en el segundo piso de la casa, pero todo se nos aclaró cuando vimos a la elegida subir las escaleras. Nos quedamos charlando animadamente pese a la pérdida, incluso uno de mis amigos de curso, que andaba detrás de la muchacha hacía varios meses.

–Ya ves, hombre, en materia filosófica la juventud no vale nada.

Y vaya si tenía razón, como lo pude comprobar yo mismo y no solo contigo. Pero fuiste la única que hizo público el asunto y en consecuencia tus compañeros empezaron a odiarme. No los culpo: a mí también me parecía impresentable que mis compañeras se acostaran con los profesores. Sin embargo, el caso de Zaratustra no fue el más notable, dado que la muchacha que subió a su cama esa noche nunca me interesó demasiado. Hubo otra, en cambio, cuando estábamos en primer semestre, que me dolió en el alma. Se llamaba Juliana López de Mesa: bella entre las bellas. Empezamos juntos la carrera y ya antes de la primera clase, en el corredor, esperando a la profesora de Lógica Simbólica, la había visto y no podía creerlo. Así que, para conquistarla, me las di de filósofo sin haber empezado a estudiar. Entré al salón muy serio, con el *rigor mortis* propio de los jóvenes iniciados en la lectura de libros raros e inútiles, no miré a nadie, salvo a Juliana, y me senté con grave ademán, escuchando las cosas que decían mis compañeros y, como el César, aprobando y condenando. El plan funcionó muy bien, pero no con Juliana, sino con Mónica, una mujer de treinta años que acababa de terminar Medicina y el ocio le había dado por la Filosofía.

Con Mónica tuve una relación corta pero provechosa porque me sirvió para agregar un nombre más a la lista que apenas comenzaba y me llenó de confianza para cortejar a Juliana, que era quien de verdad me gustaba. Max, su prometido gringo, pagó sin saberlo una noche de fiesta dionisiaca que empezó con una invitación esa misma tarde, cuando yo estaba por regresar a la casa.

–¿Nos tomamos una cerveza en Bantú?

Bantú, un lugar terrible en las afueras de la universidad, donde una noche casi me apuñalan por culpa de la loca de la Facultad de Filosofía, una estudiante que iba vestida de tutú a clase, sin bañarse, generalmente drogada o borracha. Todos le teníamos lástima porque era la vergüenza de su familia; muchas veces tuvo que recogerla su papá en Bantú porque la pobre no podía consigo misma. Como todos, yo también frecuentaba ese lugar. Y un día, estando muy tranquilo al pie de la barra, tomando una cerveza, sentí que me jalaron de la camiseta hacia la pista de baile: Era la loca que quería bailar; cuando quise zafarme, sucedió que me tropecé con alguien, le ofrecí disculpas y cuando fui a salir del bar, un hombrucillo de piel curtida por el sol pero vestido como para primera comunión, me enfrentó con un cuchillo oxidado. La loca intervino y persuadió al pequeño matón de que no me hiciera nada, a cambio tuve que besarla: todavía conservo su regusto amargo en el paladar.

Cuando Mónica me invitó a Bantú, le dije que mejor fuéramos a otro lugar, pero nunca me imaginé que me llevaría directamente a Penthouse. Y a Penthouse fuimos a dar. Nos sentamos en el sofá, junto a la miniteca: allí me pidió que le dijera todo lo que pensaba de ella. De inmediato improvisé un elogio pensando en Juliana. No recuerdo qué me respondió. Recuerdo, sí, que me daba aguardiente como si quisiera emborracharme, como si fuera necesario emborracharme. Del sofá fuimos a la cama y otra vez de regreso al sofá, a un nuevo coloquio y más aguardiente. Casi no llego a mi casa al otro día. Y no bien se me pasó la borrachera, vino el remordimiento consabido y el asco. No de Mónica ni de Penthouse. No sé de qué, sigo sin saber.

De manera que te recomiendo que nunca vayas a Bantú: lo mejor es que después de la universidad salgas derecho para tu casa a estudiar, solo así vas a conseguir algún día estar a la altura de

Juliana López de Mesa, que en una clase de Romanticismo Alemán dijo algo sobre Hölderlin ante la admiración del grupo, que la escuchó pendiendo de un hilo. Yo no tenía ni la más puta idea de quién era el tal Hölderlin y no me importó: su intervención me había dado en el centro del corazón. Pero mientras yo estuve enamorado de Juliana, ella estuvo enamorada del mismo ser humano que a veces podía escucharse en los baños de la facultad sorteando los aprietos más absurdos porque las hemorroides no entienden de metafísica y poco les importa si el paciente es doctor en san Agustín o en Hegel y porque ante el dolor de la evacuación no hay aforismo que valga. Y como adivino que no sabes de qué te hablo, encanto, porque a tus diecinueve años no has conocido los apuros de la edad, te advierto que ese estado de gracia en que se vive durante la adolescencia, esa inmortalidad irreverente, se convierte después en la condición más infame. Y eso que yo apenas ando entrando en la vejez, pues con mis treinta y uno todavía puedo levantarme de mi escritorio sin ayuda: no quiero imaginarme en cuatro o cinco años. Varios meses estuve rogándole a Juliana López de Mesa que saliera conmigo y siempre me respondía lo mismo: que yo era demasiado joven para ella, cuando en realidad le llevaba dos años. Pero no, ella prefería salir con el profesor de Hegel, que para entonces estaba llegando a los cuarenta y le faltaba un diente. No se le notaba, claro, porque era el premolar izquierdo. Qué hombre singular era Carlos Uriel, lástima lo de su diente. Alto, flaco, alegre y ocurrente, siempre a punto para la burla. El conjunto de su persona recordaba, sin saberse a ciencia cierta por qué, la silueta de un buitre.

Como el odio tiene propiedades transitivas, de odiarme a mí, tus compañeros pasaron a odiarte también a ti porque salías conmigo. Pero ese era un odio purificador porque procedía de la impotencia, no del agravio. Te odiaban porque eras la causa material de su deseo, *menina-dos-olhos*, de su deseo insatisfecho que paradójicamente

avivaba tu esplendor. Y yo, ahora puedo presumir con tranquilidad, lejos de Medellín, era la causa eficiente de ese odio. Cómo no, si es que ellos también fueron mis estudiantes, yo los conocí y siempre me sentí a su lado como un enfermo de escorbuto, al lado de esos adolescentes de tamaño de centurión pero de caras estropeadas por erupciones volcánicas: las cosas como son, princesa, ya que por más fornidos que fueran tus compañeros, por más atléticos y musculosos, tenían la cara arrasada por el acné, que es otra prueba de la existencia de Dios porque llega en la adolescencia como plaga egipcia castigando la soberbia. El acné persistirá en la piel del adolescente como evidencia de corrupción e idiotez mientras dure su adolescencia. Y como de tanto pensar en ti cada vez entiendo mejor lo que piensas, sé que ahora te estarás preguntando por qué hay hombres a quienes nunca se les quita el acné. Pues porque nunca se les quitó la adolescencia, enfermedad que, si bien se va, deja su rastro indeleble: esas grietas en la piel, como las de Carlos Uriel, ya te dije, el profesor de Hegel.

Fue solo a mi regreso de Nueva York, hace diez años, que Juliana López de Mesa aceptó su error. Porque, bien visto, fue un error, desde luego. Cómo iba a preferir al desdentado de Hegel antes que a mí, que nunca padecí de acné y que siempre he tenido la dentadura completa y espléndida. Nueve meses duramos juntos, lo que se dice nada. Juliana López de Mesa era inteligente, dulce, cariñosa, sincera, generosa, comprensiva, paciente, solidaria, alegre, optimista, laboriosa. Y, además, a los dieciocho años era ya 34B en talla de sostén sin ayuda del cirujano plástico, que en Medellín no deja de ser una rareza, de modo que reunía todas las condiciones deseables para formar un hogar. Pero la dejé porque siempre sacaba mejores notas que yo: si en Lógica Simbólica yo sacaba cuatro con cinco, Juliana sacaba cinco. Si en Teoría del Conocimiento yo sacaba cuatro con cuatro, Juliana sacaba cinco. Si en Aristóteles I yo sacaba cuatro, Juliana sacaba cinco. Si en Introducción a Kant yo sacaba

cinco, Juliana también sacaba cinco. Y si así era la convivencia temprana, imagínate qué no sería capaz de hacerme una vez casados. Entonces le dije que se buscara otro monigote y me alejé porque no quería seguir sufriendo. Pero me costó olvidarla. Y a su padre también, el doctor Humberto López de Mesa. Me pasaba las noches escuchándolo hablar de Freud, de Lacan, de sus pacientes, en fin. Servía ron para todos y empezaba a conversar sobre temas que a lo mejor a ti te aburrirían, *my lucky girl*, dado que te decidiste por la psicología de recursos humanos: formularios y rompecabezas.

–Esta semana una paciente me dijo que había soñado conmigo.

–¿Y qué soñó?

–En el sueño yo aparecía en calzoncillos, diciéndole algo sobre su papá.

–¿Qué te dijo después?

–Que creía que la terapia la tenía confundida porque se estaba cansando de su esposo. Al parecer está descubriendo cosas que desconocía de él y que le molestan mucho, cosas que de niña advirtió en su papá.

–¿Qué más te dijo?

–Nada más porque la interrumpí para cancelar la cita y recomendarle otro analista.

–¿Quién?

–María Clara.

–La bella María Clara.

–Sí, sí. Por eso es mejor mantener la distancia.

–¿Y entonces por qué le mandás pacientes, Humberto?

–Está empezando, hombre, se ha pasado toda la vida estudiando. A nosotros nos tocó diferente, nos tocó más fácil, creo yo. Mirá que ni vos ni yo tenemos doctorado y ahí estamos plantados en la universidad. María Clara acaba de llegar de Francia y solamente le dieron algunas cátedras.

–Bueno, lo que pasa, Humberto, es que no todo se aprende estudiando.

–Imaginate entonces la ventaja que nos lleva María Clara, que ya terminó su doctorado y es diez años menor que nosotros.

–Sí, pero no ha vivido lo mismo que nosotros.

–Ha vivido más, inclusive, los años que la gente pasa viviendo fuera del país parece que duplicaran los que se viven dentro de estas montañas, hombre.

–Y vos cómo sabés eso, Humberto, si nunca has vivido fuera del país.

–En fin, mejor será buscar más ron porque ya esta botella se nos acabó. Muchacho, las llaves del carro están en mi mesa de noche, por qué no le decís a Juliana que te acompañe por otra botella.

–Pero no tengo licencia, don Humberto.

–¿Sabés manejar o no?

–Sí, señor, pero perdí la licencia cuando me robaron la billetera.

–Entonces andá cogé el carro tranquilo y traé más ron para que sigamos conversando. ¿O es que ya te aburrimos?

–No, señor, ya voy a llamar a Juli para que me acompañe.

Juliana y su familia vivían en las afueras de la ciudad, subiendo por la carretera de Las Palmas, junto a un caudal de agua clara, cerca de la represa de la Fe: una laguna espléndida rodeada de pinares. Dos o tres veces a la semana salíamos de clase y buscábamos a don Humberto en la Jefatura del Departamento de Psicoanálisis de la universidad, íbamos por el carro a los parqueaderos y luego a recoger a doña Carmenza, la madre de Juliana. Una vez camino de la montaña me preguntaban si tenía cigarrillos, los dos me preguntaban y entonces llegaba mi momento de gloria: sacaba la caja de Lucky Strike y todos fumábamos en el carro. Todos menos Juliana. La primera vez que vi a don Humberto, iba saliendo de su consultorio con varios libros en las manos.

–Mira, papá, te presento a un compañero de la universidad.

–Mucho gusto. Por qué no me ayudás con estos libros yo cierro la puerta, ¿sí?

–Sí, señor, claro que sí.

El macho alfa pidiéndole ayuda al joven recién llegado: ¿habrá una mejor manera de ser recibido por la familia de la nueva novia? Sé que esta pregunta la hago al vacío porque tu grupo familiar carece de macho alfa, criaturita, pero quiero que sepas que en todos los grupos de seres vivos hay jerarquías, quieras o no, hay jerarquías. Así lo demuestra la conducta cruel de los niños en el colegio. Siempre, invariablemente, hay uno que domina la manada. El niño dominante, sin proponérselo, termina rodeado de niños que normalmente replican su conducta: se ríen a carcajadas del compañerito cojo que cruza hacia el tablero, escarmientan al delator, exponen al tímido. Por los días en que empecé a salir con Juliana, su hermano estaba terminando la primaria y sabía muy bien de esas jerarquías, así que cuando me vio llegar a la casa, fumando como su padre y de la mano de su hermana, supo que un enemigo importante estaba cerca de sus dominios. Entonces empezó una hostilidad silenciosa que se fue incrementando con el tiempo. Dejó de presentarse a la mesa cuando íbamos a comer, empezó a ser displicente con Juliana y no me volvió a saludar. Un impulso errado de fraternidad me hizo buscar la simpatía de Juan Miguel. Muchos días estuve pensando en la manera de congraciarme con él, de ganarme su amistad, entonces se me ocurrió que no había distancia que el fútbol no salvara. Una mañana de cielo azul salí al césped y le grité para invitarlo a jugar. Al principio no respondió; me senté sobre el balón a esperar, a ver quién se cansaba primero. Después de un rato vi que atravesaba la puerta, aceptando el desafío. Armé las canchas y comenzó el juego: uno contra uno. Mi plan era dejar que metiera los primeros goles, de modo que sintiera restablecido su lugar en la familia. Tuve además

la suerte de que Juliana y sus padres salieran al balcón de la casa a vernos jugar. El partido terminó porque le puse una zancadilla tan fuerte que inmediatamente se levantó y me dio un golpe en la cara. Yo le respondí con un puño que le abrió la ceja en una herida profunda y hubo que llevarlo al hospital. Don Humberto lo subió a la silla de atrás del carro y me hizo una seña inapelable; arrancamos y saliendo a la carretera de Las Palmas, camino de El Retiro, se detuvo y me miró.

–¿Cuántos años tenés vos?

–Veinte, don Humberto.

Y luego a Juan Miguel:

–¿Cuántos años cumpliste, Juan Miguel?

–¡Carajo, que cuántos años tenés vos, Juan Miguel, te estoy preguntando!

–Doce.

Encendió el carro de nuevo y tomó la carretera en silencio. Había sucedido que Juan Miguel no necesitó de mi ventaja inicial y marcó un gol tras otro sin ninguna dificultad mientras yo corría de un lado al otro intentando quitarle el balón como un carro loco. Sus padres y Juliana lo animaban desde el balcón mientras se burlaban de mí, todo en un ambiente muy familiar que yo no supe entender más que como una vejación, de manera que vine a hacerle una falta descalificadora cuando estaba por anotar el octavo gol. Al regresar del hospital, la familia se cerró en un silencio tan espeso que me obligó a buscar una excusa para regresar a Medellín esa misma tarde en un bus de servicio público. Juliana me acompañó hasta la carretera.

–No era necesario que le pegaras a mi hermanito.

–Son cosas del fútbol que las mujeres no entienden.

Mucho extrañé las charlas de don Humberto en el corredor exterior de la casa. Hablaba de su finca en Vegachí, un pueblo lejano, como a seis horas por una carretera polvorienta. En Vegachí

se cultivaba la caña de azúcar; cuando uno llegaba, podía levantar la mirada y comprobar que los cañaduzales se extendían por una planicie que parecía infinita. Contaba que la finca estaba sobre una ladera en las afueras del pueblo, que la casa era amplia y bien distribuida y tenía un lavamanos junto al comedor. Era un pueblo extraño Vegachí porque durante el auge del cultivo de caña se invirtió mucho dinero en la construcción de un ingenio azucarero que no bien estuvo funcionando, se quebró. Así que las instalaciones fueron quedando en un abandono total y las gentes del pueblo tuvieron que irse porque no había de qué vivir. Explicaba que Vegachí producía en el alma una melancolía extraña, pues aunque nunca dejó de ser un pueblo, daba la impresión de ser una ciudad cuyas edificaciones sobrevivieron a una tragedia nuclear: vastos edificios reverdecidos por la maleza que llegaba desde los cañaduzales para enredarse en las columnas. Y también las pocas casas que quedaron en el pueblo habían tomado la apariencia de posguerra que tenía el ingenio: sus altas paredes blancas permanecían en pie ante la humedad tórrida que había ganado los cimientos y que los cubría de musgo tierno. Un solo hotel había en Vegachí: tenía un restaurante miserable y una piscina donde Juliana y Juan Miguel pasaban las tardes mientras doña Carmenza leía bajo un parasol roído. Debía de ser una escena muy bella. Los pocos niños que quedaban en el pueblo se trepaban a las rejas del hotel para observarlos: permanecían allí por varias horas sin espabilar, sin mover un solo músculo bajo el sol mordiente. Mientras tanto, don Humberto se sentaba en la plaza a escuchar historias de alguno de los viejos que se resistían a dejar el pueblo y permanecían allí las tardes enteras que parecían ser una sola tarde multiplicada por el calor y el letargo de la cerveza. Vegachí era un pueblo bullicioso, decían los viejos, lleno de gentes que llegaban de Puerto Berrío camino de Zaragoza o que venían de Remedios a pasar la noche buscando mujeres.

Cuando llegaba el momento de regresar, don Humberto los buscaba en el hotel y cada uno subía a su caballo para atravesar largamente el ingenio abandonado y los edificios: un ámbito de sombra donde no llegaba el sol y había que esperar a que los ojos se acostumbraran para poder ver otra vez. Los caballos se detenían en el umbral y luego de unos minutos continuaban andando despacio, entonces se empezaba a dibujar el interior: las calderas descostradas, las chimeneas cubiertas de óxido, las ruedas dentadas, los silos. Después salían a la espesura del matorral que había que recorrer para llegar al camino de arcilla que llevaba a la finca.

Se notaba que don Humberto había crecido en la ciudad por el modo como hablaba de su finca y del pueblo, un pueblo cualquiera en medio de la nada; se notaba en su mirada minuciosa, a él y a doña Carmenza se les notaba que eran de ciudad en la misma medida en que a Carlos Uriel, el profesor de Hegel, se le notaba que era del campo porque se avergonzaba de ser del campo. En realidad se avergonzaba de ser colombiano: sufría en secreto por no haber nacido en Alemania.

–Te aseguro que nunca vas a volver a querer tomar cervezas nacionales después de que pruebes las alemanas.

–¿En serio? ¿Y por qué? ¿Qué tienen de especial?

–Pues que son alemanas y fue en Alemania que se inventó la cerveza, hijo.

–Ah, ya.

–Y lo mismo pasa con las salchichas.

–Pero a mí igual no me gustan las salchichas, Carlos.

–Pero es porque no has probado las alemanas, hijo, apenas las pruebes seguro cambias de opinión.

–Yo he probado esas pequeñitas tipo Viena, ¿no sirven?

–No, eso es muy ordinario, ¿las enlatadas? Horribles, eso no tiene nada de alemán.

–No, nada.

–Eso es salchicha colombiana con nombre europeo, pero de europeas no tienen nada.

–Nada.

–Aquí no saben hacer salchichas, hijo.

–No, no saben.

–Tendrías que probar una buena salchicha con una buena cerveza y ver la Bundesliga para que sepas de qué hablo, hijo.

–Yo creo que ni así sabría, Carlos.

Esta conversación la mantuvimos en uno de los tres trasteos en que ayudé a los López de Mesa: yo era el novio nuevo y Carlos Uriel, que tenía la edad de don Humberto, pero no su dignidad y mucho menos su presencia, seguía yendo a su casa. ¿A qué?, pues a joder la vida, a qué más. Había estado sentado en un muro del jardín y entró cuando don Humberto, Juan Miguel y yo terminamos de organizar los muebles en la nueva sala; se cruzó de piernas para exponer deliberadamente sus medias blancas deportivas y sus mocasines puntudos de cuero sintético. Nadie le prestó atención porque todavía nos faltaba la biblioteca: la parte más complicada del trasteo; alrededor de tres mil libros tenía la biblioteca de los López de Mesa, títulos de toda índole: economía, política, filosofía, sociología, psicología; yo era el encargado de los libros, pero tuve que aplazar mi deber porque había que entrar la nevera, entonces todos corrimos a la calle a bajarla del camión de trasteos; y si no es porque don Humberto de un grito lo hace levantar de la silla, Carlos Uriel se habría quedado coqueteando con Osiris, la empleada, mientras nosotros aguantábamos la respiración para sostener los cien kilos que pesaba. A la voz del patriarca, corrió torpemente, pero en lugar de ayudar, empezó a complicarlo todo con recomendaciones absurdas: que si el ángulo obtuso, que si los puntos de fuga, que si la pendiente, que si a la voz de tres, que todos somos un equipo. Entonces don Humberto no aguantó más.

–Ve, Carlos, andá y te sentás mejor, ¿sí?

–Sostenla tú, hijo, por la esquina inferior derecha mientras los muchachos lo desplazan hacia el interior.

–¡Que no, hombre! ¡Que te sentés!

Ni corto ni perezoso regresó a la silla a seguir la conversación con Osiris que, en efecto, terminó en romance. No lo culpo, yo había notado también que don Humberto tenía encerrada en su casa a la mismísima serpiente del paraíso. Pero no, Carlos Uriel se me estaba adelantando y yo tenía que organizar todavía la biblioteca. Además, hubiera sido muy imprudente enredarme con la empleada de la casa de mi novia. Osiris quedó en embarazo de Carlos Uriel esa misma noche. No tenía dos meses cuando ya toda la Facultad de Filosofía se había enterado. Y si contigo, flor del anís, me hice el tonto más de un año para darte apenas un beso, fue tan solo porque no quería ser una repetición de los profesores de la facultad, de Carlos Uriel, que los viernes en la tarde bajaba de su oficina con los pantalones altos, las medias blancas y los mocasines de cuero falso para volar de una mesa a la otra dando saltos grotescos, los aletazos negros del gallinazo sobre el cadáver: alguna estudiante incauta que lo escuchaba hablar de la *Fenomenología del espíritu* o de Heidegger o de política o del *Fedón o sobre la inmortalidad del alma* e incluso de biología y física, porque hay que ver el dominio del filósofo: su discurso repta por entre toda materia de conocimiento envolviendo a la presa en un juego dialéctico del que ni el mismo Sócrates pudo escapar, mártir primero, padre de Europa, la Loca, y precursor de Occidente. Qué valentía, qué ardor.

McDonald's, Sapzurro y el Bronx

¿QUÉ SACA EL HOMBRE DE TODA LA FATIGA CON QUE SE afana bajo el sol? Una generación va, otra generación viene, pero Nueva York para siempre permanece. Sale el sol y el sol se pone; corre hacia su lugar y allí vuelve a salir. Todo el mundo va a Nueva York y Nueva York nunca se llena.

A esta horrible ciudad tuve que venir a dar, lejos de ti, mi cielo, te quiero, te adoro, divina mujer: te voy a hacer una estatua en el Central Park para que todita la gente pueda pasar por allí e irte a mirar. Otra vez Nueva York y todo sigue igual, excepto por el perfil de la ciudad. Hace diez años vine buscando suerte y no la encontré. Empecé trabajando como jardinero, y aunque en singular batalla quise domeñar una madrastra naturaleza, tuve que capitular ante la furia de los elementos y volver a la casa, lleno de ampollas y ronchas, a recuperar fuerzas frente al televisor; después de todo la plata que me estaba gastando era de mi padre. Entonces encontré trabajo en McDonald's como freidor de papas, expuesto a los vapores espesos

de la caldera, con media hora para comer: tres semanas comiendo cada día alguna de las hamburguesas del menú sin derecho a las papas. Nos apresurábamos para luego poder fumar un cigarrillo. Como no tenía *social security*, me cambiaron el nombre por el de Arturo para que pudiera trabajar. De la bodega, donde estaban las papas congeladas, a la freidora, distraído, pensando en Medellín, en mi casa. Tenía veintiún años e interrumpí la carrera de Filosofía, pero todavía me creía filósofo, ignorando las señales del destino que ahora me tenía fritando papas en un McDonald's del lejano Yonkers. Ignorando con terquedad mi destino aciago hasta la noche en que tuve que devolverle dos dólares en monedas de veinticinco centavos a un cliente porque no tenía billetes sencillos. Me habían puesto al frente de la caja registradora, se diría que me ascendieron.

– *What the fuck is this, you stupid spic?*

– Lo siento, señor, no tengo billetes de a dólar.

– *Are you fucking kidding me, asshole? I don't want all these damn coins in my fucking pocket. You motherfucker, give me two singles.*

– ¡Ya le dije que no tengo! Y deje de insultarme, que no tiene ningún derecho.

– *What the fuck are you saying? I don't care motherfucker! Just give me the goddamn singles.*

– Que no tengo le estoy diciendo, y deje de irrespetarme. ¡En-tienda que no tengo billetes de a dólar!

En ese momento pasó la administradora por mi espalda y me dijo que no discutiera con los clientes, que le diera lo que estaba pidiendo. Ewan, el muchacho que estaba esa noche en la otra registradora, me dio los billetes. La tienda se había paralizado por la discusión.

– *Thank you, asshole.*

– Buenas noches.

Me regresaron a la freidora de papas. Todos me miraban con curiosidad y asombro. Activé la máquina que hacía rodar las bol-

sas congeladas hacia las escurridoras; una a una las fui llenando, silencioso. Presioné el botón y las escurridoras se hundieron en el aceite espumoso bajo la luz amarillenta. Repetí la operación, llené las cajas rojas de los pedidos con papas calientes hasta la medianoche, cuando me relevó el paraguayo que recibía el turno de la madrugada. Entonces fui a los baños, me quité la camisa manchada, me lavé la cara engrasada y me miré al espejo, salí del baño, empaqué la maleta y regresé a Colombia. Una vuelta más. De ninguna manera iba a quedarme comiendo mierda en Nueva York como un vulgar inmigrante, no hace diez años, cuando hacía lo que quería. Ahora las cosas han cambiado y ando por la ciudad dando tumbos de casa en casa: del Bronx a la casa de Sebas, en New Jersey, y de New Jersey a Brooklyn; no quiero que mi padre se entere de que tuve que irme del país por una amenaza, me daría mucha vergüenza. Fue mi madre quien me dio el dinero para el viaje; de otra manera, Aquiles habría dado conmigo, aunque me hubiera escondido en Sapzurro, un pueblo recóndito donde la naturaleza cobra vida en las noches y todo es murmullos y música de alas. A Sapzurro se llega por mar, zarpando de Turbo para luego desafiar los temporales y vientos huracanados del golfo de Urabá hasta llegar a la frontera con Panamá. Las lanchas que viajan a Sapzurro son corazas rústicas de fibra de vidrio impulsadas por motores fuera de borda que se elevan sobre las olas y caen para romper la tensión superficial del agua en un estruendo que desencaja la espalda del viajero. Después de tres horas de sufrimiento indecible bordeando el litoral caribe del Chocó, nos adentramos Sebas, Gabriela y yo en las playas de una bahía estrecha y profunda que se curva bajo las montañas del Darién; Mauricio nos estaba esperando en la cabaña.

–¿Qué tal el viaje, muchachos?

–Una mierda –repuse–, vengo sin espalda.

–Por eso es mejor venir en avión hasta Capurganá y ahí sí coger

la lancha; además esas hijueputas lanchas contaminan muchísimo el mar.

Con Mauricio nos habíamos cruzado en unas materias opcionales de literatura y llevaba tiempo invitándonos a Sapzurro, sobre todo a Gabriela, pero como Gabriela se mantenía con Sebas y conmigo, entonces fuimos los tres. El papá de Mauricio tenía una de las agencias más grandes de propiedad raíz de Medellín; así que Mauricio, en realidad, no tenía que estudiar. Luego de haber pasado por Derecho, Arquitectura, Comunicación Social y Artes Plásticas, decidió inscribirse en Antropología. Estaba investigando para su tesis, que trataba de los aserradores antioqueños que habían colonizado el alto Chocó. Mauricio pasaba de los treinta y cinco años sin problema, como tantos estudiantes de la universidad, *princess*, que se perpetúan en sus carreras hasta la adultez tardía. La diferencia era que Mauricio siempre tuvo dinero y por eso nunca usó boina ni mocasines de cuero falso, ni pantalones de dril y tampoco fumaba marihuana en el Aeropuerto, la zona de tolerancia que comprende las ciénagas y lodazales que están en los alrededores de la cancha de fútbol del costado norte de la universidad, adonde llegan desocupados, guerrilleros, paramilitares y gamines de toda la ciudad a fumar vicio. Después de muchos años dedicado a diferentes sustancias, se había decidido por las drogas sintéticas y las fiestas electrónicas. Andaba en una KTM 900 y derrochaba bronceado por los corredores y la biblioteca con su camiseta blanca Tommy Hilfiger de cuello en V, su chaqueta Girbaud, sus New Balance 574, una botella de agua en la mano, siempre, y sus gafas de sol: hubiese sol o no, al descampado o bajo techo, como los líderes de la revolución estudiantil, que llevan bufandas de lana incluso los días más calurosos del año.

—No teníamos plata para el pasaje en avión, Mauro. ¿Vos creés que nos habríamos venido en esa lancha tan horrible si hubiéramos tenido para el pasaje en avión?

–Además qué es eso de que las lanchas contaminan mucho, Mauro. ¿Es que los aviones no? –dijo Sebas, riendo.

–Calmate, Sebas, que estás en mi casa.

–Ay, ya, muchachos –terció Gabriela–, más bien pásenme una cerveza que está haciendo mucho calor.

Entonces salió una mujer negra y nos entregó las cervezas; luego fue a la cocina, abrió la nevera, sacó otra cerveza, la destapó, tomó un trago y se fue para el jardín de las hamacas, en la parte posterior de la cabaña. Aunque tuvimos curiosidad de saber quién era, nos quedamos callados y fuimos a desempacar las cosas. Había una pieza para cada uno: Mauricio nos acomodó a Sebas y a mí en el piso de abajo y a Gabriela en el de arriba, donde estaba el suyo.

–No, yo duermo abajo con los muchachos, Mauro, gracias.

–¿Con los muchachos?, ¿es que ya estoy muy viejo pa vos o qué, Gabi?

–No es eso, Mauro, es que yo vine con ellos y con ellos me siento más cómoda.

–Ah, bueno, como querás. En todo caso la pieza de arriba tiene baño independiente, aquí te toca compartirlo con ellos.

–Pero yo sí podría dormir arriba sin problema, Mauro –dijo Sebas.

–No, Sebas, a vos no te estoy ofreciendo esa pieza.

–Ah, bueno, todo bien. Nosotros dormimos aquí abajo con Gabriela entonces.

Hubo un silencio.

–¿Y este año también vas a hacer fiesta de cumpleaños, Mauro? –dije.

–Claro, *men*, este año es que va a estar buena. Viene un amigo de Holanda que hace rato quiere conocer Colombia; le voy a dar una vuelta por Cartagena y el Tayrona y luego nos venimos pa Sapzurro a armar la piñata; va a venir mucha gente.

–¿Cuántos años cumplís, Mauro? –preguntó Sebas.

–A vos no te importa, igual no te voy a invitar. Gabi ya sabe que está súper invitada.

–Gracias, Mauro.

En ese momento apareció otra vez la mujer negra y preguntó si nos gustaba el sancocho de pescado.

–Miren, pues, la preciosura que me conseguí; se llama Tomasa –dijo Mauricio.

–¡Cuál Tomasa, hombre!, ¿de dónde sacaste eso? Mi nombre es María Auxiliadora, mucho gusto.

–Hola, María –dijo Gabriela–, ¿cómo estás?

–Me llamo María Auxiliadora, para servirles en lo que necesiten. Si tienen hambre, les puedo preparar un sancocho de pescado que trajeron esta mañana.

–Sí, qué rico, comamos sancocho.

–Esta mujer tiene una mano increíble, muchachos, van a ver. Hace el mejor sancocho de Urabá; yo no sé qué le echa, pero me tiene embrujado, lástima que sea casada. –María Auxiliadora sacó otra cerveza de la nevera y se instaló en la cocina, entonces Mauricio la siguió y le dio una palmada en la nalga. Ella se volteó y, apuntándole con el cuchillo, lo amenazó.

–Que me dejés quieta, ¡hombre!, que voy a cocinar y no me gusta que me jodan cuando estoy ocupada, esperate a que termine, ¿sí?

Sebas volvió a reír, Gabriela me miró sorprendida. Les propuse que saliéramos a dar una vuelta por el pueblo.

–Vayan ustedes, yo me voy a acostar un rato a ver si descanso del viaje –dijo Sebas.

Dos calles paralelas atraviesan el pueblo de Sapzurro y una serie de caminos las comunican: no hay carros ni motos. Las casas son pobres, demasiado bajos los techos de zinc. Todos se conocen en Sapzurro y en consecuencia todos conocían a Mauricio, le decían el Gringo. Caminamos hasta la salida hacia La Miel, en

Panamá, una playa que está al otro lado de un cerro que se gana a pie sin ninguna dificultad en menos de una hora; nos tomamos un par de cervezas allí, en uno de los hoteles que están sobre la playa más bonita, a lo largo de un arrecife de coral que todavía se conserva. Le preguntamos al dueño por Mauricio, por su investigación sobre los aserradores. “Qué investigación ni qué nada, hombre, si el Gringo lo que hace es mandar perico pa México”. Cuando regresamos a la cabaña, el sancocho estaba servido y ya Sebas estaba comiendo.

–¿Está bueno, Sebas?

–Increíble.

–¿Y Mauro y María Auxiliadora?

–Creo que están arriba.

–Oye –le dijo Gabriela–, nos contaron en el pueblo que Mauro es traqueto.

–¿Pero cómo así?, ¿no se habían dado cuenta?

El sancocho estaba delicioso, condimentado con leche de coco y ají; comimos en silencio esperando que llegara Mauro, que apareció por las escaleras, detrás de María Auxiliadora, que venía intencionalmente despeinada, mirando a Gabriela con triunfalismo y acomodándose el sostén.

–Bueno, muchachos, empecemos la fiesta, por aquí tengo unas pastillitas bomba, ¿quién se anima?

Sebastián fue el único.

–Yo quiero probar –dijo María Auxiliadora.

–No, Tomasa, es mejor que te quedés con la cervecita, esto es muy fuerte pa vos.

Tuvimos que soportar la música de Mauro el resto de la tarde; claro que a Sebas no le importó mucho y se unió al anfitrión que, no bien le hizo efecto el éxtasis, se puso las gafas de sol y empezó a bailar por toda la casa. Gabriela y yo abrimos una botella de ron y nos fuimos al jardín de las hamacas, y luego al cuarto, donde

empezamos a desvestirnos hasta que Mauricio abrió la puerta de un golpe y entro gritando.

–¡Aquí no, hijueputa! Si te la vas a comer, andá y pagás dónde, pero aquí no, esta es mi casa.

–Pero, Mauro, ¿qué pasa? –reaccionó Gabriela.

–¿Qué pensaron, malparidos?, ¿hacer fiesta en la casa de Mauro?, pues no, hijueputas; en esta casa solo picho yo y nadie más. ¡Así que pa fuera!

–Ey, Mauro, ¿qué pasa, hermano?, ¿cómo los vas a echar?, no estaban haciendo nada malo.

–Vos te callás, hijueputa, que no tenés velas en este entierro. ¿O es que querés que te eche a vos también?

María Auxiliadora lo abrazó mirando a Gabriela con sorna. Empacamos y salimos a buscar un campamento, cerca de la playa. Sebas vino con nosotros, pero hubiera sido mejor que se quedara, pues no teníamos plata para alquilar dos carpas, de manera que Gabriela y yo tuvimos que quedarnos con las ganas.

Nunca volvimos a hablar con Mauricio, pero nos enteramos de todo por su perfil de Facebook, que quedó activo con mensajes de condolencia y citas del Evangelio. Sebas me propuso varias veces que volviéramos a Sapzurro para hacer un documental sobre la muerte de Mauricio; siempre le había gustado el cine, pero terminó estudiando Literatura en la Universidad de Rutgers, New Jersey, adonde fui a parar antes de venir a Brooklyn, estrella de mar: al lado haitiano, donde a veces, por las noches, escucho disparos que me recuerdan a Medellín, aunque nada comparado con la Operación Orión en la comuna 13, al occidente de la ciudad. Pasaba un helicóptero a las once de la noche, rumbo de la montaña, y luego la descarga de artillería. Desde las ventanas y las terrazas y los corredores y los balcones y los garajes respondían los muchachos de las bandas con lo que tuvieran a la mano: AK-47, M16, AR-15, Galil, MP5 e incluso G-3: lo que hubiera. El enfren-

tamiento podía durar hasta la madrugada o empezar a las cinco de la tarde y prolongarse hasta la media noche.

Cuando vine a Nueva York, hace diez años, no huía de la violencia: fue tan solo un arrebato juvenil que mi padre financió porque no creía que hubiera futuro para mí en Colombia. La misma familia que me recibió hace diez años me recibió de nuevo, y pese a que hace diez años me demostré incompetente casi para cualquier oficio, don Adán, el padre, volvió a confiar en mí y me ayudó a conseguir trabajo, esta vez de conserje en un edificio del Bronx, donde estuve los primeros meses limpiando mierda iraní, rumana, argentina y nigeriana. Estuve limpiando mierda de diversas nacionalidades para llegar a la conclusión de que en todo el mundo la gente caga lo mismo. La ventaja de ser conserje era que no tenía que pagar renta, pero me la pasaba respondiendo emergencias inverosímiles a cualquier hora del día. Un día, a las tres de la tarde tocó a mi puerta la señora Mulkurti porque su microondas estaba echando humo. Cuando llegué para averiguar qué había pasado, me encontré con que Stefan, su hijo menor, había puesto a cocinar su hámster vivo por diez minutos. A las cinco de la tarde me llamó Mrs. Georgieva, una rusa de noventa y ocho años que en su particular inglés me habló de un olor extraño en su apartamento. Cuando me abrió la puerta, una peste mortecina me recibió: retrocedí, tomé aire y entré para encontrar su gato con varios días de muerto en un rincón. Una noche me llamó muy alarmada María José Medrano, una muchacha boliviana que recientemente había llegado al edificio en embarazo. Cuando logré que se calmara, me dijo que ya iba a nacer su hijo, que fuera a ayudarle con el parto.

-¿Y cómo sabe, María José?

-Qué me estás preguntando, por Dios, ¡ven ya que necesito ayuda!

-¡Pero es que yo no soy médico, hay que llamar al 911!

-Pero cómo se te ocurre, yo no tengo documentos.

Llegué al apartamento y María José yacía en la cama, sudorosa, bellísima, quemada por el sol, delgada, con los senos hinchados de pezones oscuros. Las piernas fibrosas le temblaban; cuando entré las abrió. El susto fue tal que inmediatamente volví a salir de su cuarto y cerré la puerta.

-¡¿Adónde vas?!

-¡Ya vengo, voy a pedir ayuda, no puedo hacer esto solo!

-¡Ven acá, por favor, que ya va a salir!

Abrí la puerta un poco y miré: allí seguía.

-¡Ven acá!

Entré despacio.

-Agáchate, solo agáchate y lo recibes, no lo jales que él sale solito. Cuando le veas la cabeza lo vas limpiando con esos trapos que hay en el piso. Y fíjate que no tenga el cordón amarrado al cuello, que se me muere como el otro.

-¿Como el otro?, ¿cómo así que el otro?, ¿ya le había pasado esto antes, María José?

-Este no es momento, ¡por favor!

-Ya viene doña Mily a ayudarnos con esto; aguante un poco más que yo no sé cómo recibir un bebé.

-¡No puedo aguantar más, solo agáchate para recibirlo!

Me agaché, tenía la vagina ya muy dilatada y podía verse una cabeza velluda y mojada.

-¡Lo veo, María José, empuje, empuje!

-¡Yo sé lo que tengo que hacer!

Apenas asomó la cabeza lo fui recibiendo, pero en ese momento se complicaron las cosas porque el bebé se atascó; le dije a María José que empujara más fuerte, pero se había desmayado. Entonces doña Mily apareció con una ponchera de peltre llena de trapos y frascos.

-Doña Mily, siquiera llegó, esto está muy complicado, se desmayó María José, ¿qué hacemos?

–Mira, niño, ve y consígueme un poco de ron, que yo me encargo del parto.

Corrí a conseguir una botella de ron y cuando volví, doña Mily estaba girando el cuerpo baboso para un lado y para el otro.

–¡Ya traje el ron!

–¡Sírvelo, coño, que ando ocupada!

Tembloroso, serví dos vasos grandes, le pasé uno y me quedé a su lado mirando la operación. Doña Mily apretaba el bebé sin temor, le limpiaba la cara, le metía la mano en la boca y le sacaba las babas, le metía los dedos en la nariz para que respirara, le acariciaba la cabeza, lo volvía a girar y entonces se tomaba un trago.

–Mira, niño, que la criatura venía con el cordón cruzado y se hubiera podido ahorcar.

–¿Y entonces, doña Mily?

–Entonces que hay que girarlo y girarlo hasta que se desenrede, así suavcito, ¿sabes?

–¿Y qué hacemos con María José?

–Nada más que esperar, niño. Ya despertará.

Finalmente salió el cuerpo verdoso llorando; doña Mily me lo entregó y se fue, así que tuve que quedarme esperando a que María José despertara. No podría decir que me encariñé con el niño, pero sí con su madre, a quien seguí visitando con alguna regularidad, hasta que un día apareció el padre biológico a reclamar su lugar con un cuchillo. María José no me defendió, a pesar de los días que habíamos pasado juntos con el bebé, como una familia; entonces tuve que huir del edificio porque su esposo me iba a matar. Recorrí las calles del Bronx pensando en que tal vez Sebastián podría recibirme por unos días en New Jersey y acaso ayudarme a entrar a la Universidad de Rutgers para estudiar Literatura, como él, ¿por qué no? Vi las cosas con otros ojos, pese a la adversidad de la situación, y concebí por primera vez, desde la amenaza de Aquiles, la posibilidad de no regresar a Colombia.

Vida y muerte de Aquiles

LOS MERCENARIOS DE AQUILES, EL NOVIO DE TU AMIGUITA, nunca pudieron localizarme, pues cuando obtenían mi ubicación, les resultaba imposible predecir la velocidad de mi desplazamiento, así que por un azar cuántico escapé a esa amenaza, *meine schöne*, oscilando en los bordes indefinidos de esta ciudad volátil que conocía de niño. Alguien nos vio aquella noche saliendo de Penthouse y tuve que venir a Nueva York a esconderme. Y detrás de mí vinieron cuatro de los matones que trabajaban con Aquiles, creyendo que podrían encontrarme; tres provincianos como tú, que porque habían hecho trabajos en Bogotá, creían que Nueva York no les iba a quedar grande. Luego de dos semanas, regresaron. Supongo que ya están muertos, como Aquiles, mientras yo sigo aquí, vivo y escribiendo: no sobrevive el más fuerte, sino el mejor adaptado.

Regresé a Nueva York a esconderme como una rata más entre sus millones de habitantes. Supuse que sería más difícil que

me encontraran aquí que, digamos, en Trieste o Ciudad del Cabo. Aunque bien hubiera podido terminar en Nepal y de paso hacer el viaje espiritual que me actualizara en las últimas tendencias de la culpa occidental; entonces regresaría ya iniciado en la meditación zen, el sexo tántrico y la dieta a base de algas. Pero como uno no es lo que quiere, sino lo que puede, vine a parar en la casa de don Adán y su esposa, que me recibieron con el mismo cariño de hace diez años. Es una familia espléndida la de don Adán; en su casa se recibe diciembre como en Medellín, el amplio jardín se convierte en una especie de finca adonde llegan gentes de todas partes, incluso gringos, para prender velitas y hacer fritangas y marranadas y tirar pólvora. Bajo el muy americano principio de la propiedad privada, don Adán y doña Lila congregan en su casa a centenares de personas para hacer precisamente aquello que tanto teme el primer mundo: integrarse con los demás en un carnaval magnífico donde todos hablan español a un volumen altísimo y todos son bienvenidos. Don Adán llegó a Nueva York en 1988, solo: era la primera vez que salía del país. Su esposa y sus hijos vinieron un año después, cuando ya don Adán pudo recibirlos. Atravesaron el río Bravo sorteando adversidades que no te podrías imaginar, niña mimada, y que no te voy a contar porque para eso están las películas. Mira que a pesar de todo, tu situación es afortunada, te hablo de gente que en el principio de los tiempos tuvo que salir del campo porque liberales y conservadores se apoderaron de sus tierras y los obligaron a irse; entonces llegaron a Medellín sin zapatos, sin ropa interior, quizá con un cajón de tomates para vender en la ciudad monstruo que empezaba a crecer contra sí misma. Y como la educación en los pueblos de Colombia estaba a cargo de sacerdotes criollos que observaban con disciplina terminante las directrices del Vaticano que el clero español traducía en diversidad de catecismos, todas las parejas que llegaron a la ciudad traían detrás una recua de doce y quince niños con la barriga hinchada

de desnutrición. Crecieron, contra todo pronóstico, y a su vez se multiplicaron hasta alcanzar cifras astronómicas que la guerra se encargó de menguar de modo que hubiera lugar para ti, gota de lluvia, en ese valle de lágrimas.

Quizá se deba a una reproducción de ese modelo migratorio el hecho de que ahora todo el mundo llegue a Nueva York: del Bronx me fui a New Jersey, y antes de salir hacia Brooklyn me enteré de que habían encontrado a Aquiles torturado y con un tiro de gracia en la Curva del Diablo, a orillas del río Medellín, adonde iban a dar los muertos en la época de Pablo Escobar. De inmediato le escribí a Yeraldín, pero su perfil de Facebook estaba cerrado y nunca me respondió los correos electrónicos. “No le hicieron nada, pero tuvo que desaparecer”, fue lo que me dijeron. ¿Adónde iría? ¿De regreso a su pueblo?

De Aquiles no pude averiguar mucho más, pero su historia no es difícil de reconstruir: nació y creció en un barrio marginal de Medellín: Castilla, digamos; de niño vio cómo los forajidos de su cuadra consiguieron dinero y mujeres robando y matando, entonces empezó haciendo mandados y escondiendo armas, pero su carrera como sicario se vio truncada por el servicio militar obligatorio: cayó en una redada del ejército en las afueras de la ciudad. Lo reclutaron como soldado regular y nadie se imaginó que fue en los alojamientos de algún batallón selvático donde perdió los pocos escrúpulos que le quedaban. Tuvo que patrullar las orillas del río Atrato y la serranía de la Macarena; pasó unos meses en el piedemonte llanero combatiendo a la guerrilla, aprendiendo de estrategia militar. El Estado lo entrenó en el uso de armas cortas y largas, así como de granadas de mano, morteros y ametralladoras. Se licenció dieciocho meses después como un mercenario profesional y dejó varios contactos importantes con los militares y paramilitares que dominaban el Urabá antioqueño. No bien regresó a la vida civil, consiguió trabajo con un narco que supo de él por recomendación de alguno

de los capitanes que conoció en la selva. Se ganó la confianza del patrón: tenía por lo menos tres rutas seguras para sacar la mercancía hasta una pista improvisada cerca de Unguía, en el alto Chocó.

Con el tiempo empezaría el blanqueamiento social por recomendación de su propio patrón, que era un narco de última generación y sabía que ya no era prudente andar exhibiendo las utilidades del negocio. Aquiles lo escuchó con atención: consiguió un apartamento en el barrio Conquistadores y se fue de Castilla, validó el bachillerato y conoció a Yeraldín. Hizo una técnica en Negocios Internacionales: “Hoy en día la vuelta es diferente, el negocio ha cambiado: ya no somos los atarvanes de Pablo Escobar”. Su patrón lo mandó a México y Estados Unidos para que hiciera contactos; no quería viajar él mismo, no quería exponerse. Estuvo en Miami y finalmente conoció Nueva York; tanto la había oído mencionar de niño y tantas veces la vio en películas que era como si la conociera de toda la vida. No bien tomó un taxi en La Guardia, se sintió en su propia casa. Fue aquí, sin duda, donde lo ganó la ambición y se preguntó por qué tenía que trabajar para alguien más si era él quien arriesgaba el pellejo. Pero no tenía capital, las exigencias de Yeraldín no daban tregua: un apartamento en El Poblado, una Toyota Prado, los viajes a Cartagena y San Andrés. Entonces se ingenió la manera de traficar con la mercancía de su patrón: en cada viaje vendía una parte por su cuenta, estaba buscando clientela para una futura expansión, era industrial y sabía que podía explicar una pérdida pequeña cada vez: la fluctuación del dólar, las comisiones de los expendedores, los sobornos en la fiscalía, la plata para los generales del ejército.

–Además tengo otro problemita que resolver, patrón. Imagínese que me robaron la mujer, se metió dizque con un profesor. Pero los muchachos ya lo están buscando.

–Ese es un problema personal, Aquiles, no me ponga a la gente del equipo a resolver sus cosas.

El patrón empezó a sospechar y ante la duda apareció un delator: el narcotráfico es un trabajo muy competido, no se pueden desaprovechar las oportunidades de ascender. El patrón supo que Aquiles había mandado cuatro matones a buscarme aquí en Nueva York, entonces lo convocó a una reunión de urgencia en una casa del barrio Aranjuez, donde lo torturaron toda la tarde hasta que confesó. De allí solo saldría en un costal que descargaron en los arenales de la Curva del Diablo: en Medellín primero es el uno que el dos y un lavaperros venido a más no se las da de vivo impunemente.

“Nadie se muere la víspera”, dice mi ángel de la guarda, de cara al valle desde la montaña, donde ni siquiera el sol anda libre: de sangre y llanto un río mira allí correr y no sabe su alma si admiración o espanto sentir o padecer.

Aquiles es ahora un dígito más de la cifra insuperable de muertos que ha dejado la violencia en Medellín: ni la Guerra de los Mil Días y el Bogotazo juntos, acontecimientos de los que no tienes noticia porque eres demasiado joven, flor de primavera. Tantos muertos han dejado las guerras colombianas que podríamos combinar dos nombres y dos apellidos infrecuentes al azar y obtendríamos la identidad de alguna de las víctimas que fueron a dar a las fosas comunes como NN. Estaríamos, pues, bautizando un muerto para así invertir la función del sacramento que con agua bendita y santos óleos libra del pecado original a las almas que sin haberlo pedido llegan a este mundo. Por eso fue que el Papa prohibió el condón, y con razón, pues si todos lo usamos, ¿quién va a tomar el lugar de los muchachos que mueren en esta guerra insaciable? Además, no hay látex que valga ante el contacto directo con el interior cenagoso de la mujer, así lo hice con Yeraldín y así lo habría hecho contigo, para recorrer de nuevo el camino perdido del útero y restregar con mi sonda ciega las oscuridades de tu vientre famélico que acaso un hijo pueda llenar. Pero nunca llegué

a tocarte: concebí la idea de casarme contigo y llevarte de luna de miel al mar y tener hijos, pero nunca llegué a tocarte; te quería preservar intacta para el matrimonio: te quería preservar de mí porque me sé proclive al modelo de familia occidental, con sirvienta negra incluida para calmar los apetitos extramatrimoniales, como enseñaron la Corona y la Iglesia mediante la confesión y la penitencia: al pecado cometido un par de oraciones y a seguir pecando que el mundo es ancho y ajeno. Por un muerto: tres padrenuestros; por dos muertos: seis padrenuestros y un avemaría; por tres muertos: nueve padrenuestros, un avemaría y un magníficat. ¿Y por los muertos innúmeros que dejaron la Conquista y la Colonia? Esos muertos no cuentan, bobita, ¿no te enseñaron que los Reyes Católicos tenían autorización directa de Dios para masacrar al impiadoso? España purificó al Nuevo Mundo de la peste indígena y legó el castellano, ¡oh, señora, de la fermosura!, para reemplazar las lenguas paganas que dominaban los territorios salvajes que el conquistador a fuerza de coraje ocupó enfrentándose a cíclopes y dragones, amén de hombres emplumados devoradores de serpientes y sirenas que perdían a los navegantes con sus tetas fabulosas. Como las de Yeraldín, que algún día espero volver a tocar, ahora que Aquiles ha muerto.

Servicio militar obligatorio

EN AGOSTO DE 2002 SE POSESIONÓ COMO PRESIDENTE de Colombia Álvaro Uribe Vélez. Tú tendrías como once años por esa época, conejita, y por eso no recuerdas que la tarde del veintiséis de mayo, luego de que se supieran los resultados de las elecciones, en Medellín la gente salió a tirar pólvora y a matar marranos como si fuera un veinticuatro de diciembre. Es que Uribe era un encanto, puro carisma: a todos nos tenía comiendo de su mano, casi seis millones de colombianos votamos por él. Para la época en que se lanzó a la presidencia, las FARC estaban fuera de madre, entonces Uribe empezó a engordar su candidatura para presidente atizando la ira de los colombianos contra las FARC y sus collares bomba y sus bicicletas bomba y sus burros bomba y sus perros bomba y sus niños bomba y sus minas quiebra patas y la masacre de Bojayá sobre el río Atrato, en que murieron ciento diecinueve campesinos cuando los cilindros de gas llenos de explosivos atravesaron el techo de la iglesia donde estaban escondidos, y el carro bomba

de doscientos kilos que explotó en el Club El Nogal de Bogotá y la masacre de los once diputados del Valle del Cauca. Y los gringos, que empeñarían el alma por un gramo de perico colombiano. Los gringos: el excedente de Europa, la Loca, la misma cosa, a falta de un conflicto interno, se la han pasado financiando guerras ajenas, desde la Conferencia de Yalta hasta el Plan Colombia y la invasión a Panamá y la masacre de las bananeras y la guerra de Vietnam y la guerra de Irak y la del Congo y la de Angola y todas las demás guerras africanas por el petróleo, y la guerra de las Malvinas y Leopoldo II y el mariquita de Lord Byron, un aristócrata inglés sin entrenamiento militar, un escritor de medio pelo al que nunca le alcanzó para una novela: *Frankenstein*, digamos. Un dizque poeta, dizque con un sueño: la independencia griega del Imperio otomano. Pobre bobo, no había empuñado el fusil y ya había caído enfermo. Es que una cosa es escribir poemas derrochando vino y desflorando niñas, pero otra muy distinta es afrontar los rigores de la guerra, y como la historia de nuestra guerra es larga e intrincada, te la voy a resumir: el Partido Conservador contra el Partido Liberal. Fin.

Los conservadores fueron los primeros hombres ricos de Colombia y sus hijos, *hippies* liberales, los segundos. A los liberales el liberalismo les duró hasta que se dieron cuenta de que si querían una verdadera revolución, tendrían que meterse la mano al bolsillo para equilibrar la distribución de la riqueza. Conservaron los esclavos, conservaron los campesinos que servían en el latifundio en condiciones miserables, conservaron las tierras y las riquezas y conservaron también las ideas, que fue lo único liberal que les quedó. Con el tiempo la servidumbre se cansó de tanta pobreza y de la rabia y el hambre y el desconsuelo empezó a robarles a los hacendados, ya conservadores, ya liberales. A esta práctica se le llamó pillaje y puesto que en Colombia nunca ha habido Estado, lo que se dice Estado, entonces liberales y conservadores,

católicos, apostólicos y romanos, empezaron a armar sus propios ejércitos para que los defendieran de los negros y los campesinos y los indios y todo aquello que no fuera conservador ni liberal. Yo sé que nunca has escuchado esta historia, bebé, porque no la cuentan por televisión, pero ve sabiendo cómo son las cosas: con todo lo inteligente y malo que puede ser Álvaro Uribe Vélez, no fue él quien inventó el paramilitarismo. Fue un caballero cruzado del paramilitarismo, sí: un defensor a ultranza del proyecto decimonónico que protegió los bienes de los hacendados conservadores y los jóvenes empresarios liberales, a pesar de que él mismo no era más que un provinciano como tú, o como yo. Acaso fue su condición misma de hombre de provincia aquello que despertó la ira más encarnizada en la élite colombiana apoltronada en Bogotá, para quien el resto del país no es más que tierra caliente. Todos los políticos querían para sí la omnipotencia de Uribe, su dominio de las masas, su carisma.

Con el decreto ley 356 de 1994, que en su momento firmó César Gaviria Trujillo, a quien la presidencia de la república le salió en un paquete de Yupis, los paramilitares, que en adelante se llamaron *Convivir*, tuvieron la libertad suficiente para matar bajo el amparo de la ley y según su propio criterio, que fue lo bastante amplio como para acomodar en una sola fosa común hasta cincuenta muertos.

“Colombianos: las armas os han dado la independencia, las leyes os darán la libertad”.

Ahora el paramilitarismo es un gran ejército que funciona por bloques en todos los departamentos del país y ha sobrevivido a un proceso de paz y varias extradiciones. Empezaron trabajando muy discretamente, apoyando a las fuerzas armadas en operaciones complicadas contra la guerrilla, pero esa sociedad fue creciendo y los mandos paramilitares empezaron a tomar decisiones sin consultar al generalato, que ignoró el problema porque era también

un negocio, y así fue como Colombia se convirtió en el campo de batalla de las FARC contra las fuerzas armadas y los paramilitares. Y todos ellos contra nosotros, que no hemos hecho nada malo. Uribe era la guinda del pastel y por encima de generales y comandantes y narcotraficantes y senadores sentenciaba con un golpe sobre la mesa: “Quiero bajas”. Entonces todos corrían a buscar bajas, de modo que decenas de campesinos murieron vistiendo camuflado: guerrilleros caídos en combate, “bajas”. Muchachos que salieron a trabajar y nunca volvieron porque su trabajo era hacer de guerrilleros muertos. El argot militar usa el verbo “legalizar” para referirse a los falsos positivos: civiles asesinados bajo el amparo de la ley. Pero no solo los falsos positivos entran en la especie “legalizar”. Cualquier muerto que se presente bajo la apariencia del combate cabe en esa categoría, como es el caso de Andrés Torres, un jovencito de gatillo fácil al que apodábamos la Muñeca y que lideró el escarmiento que le dimos al padre Pascual, el párroco del batallón, por andar manoseando a su rebaño. A la Muñeca lo presentaron como víctima de una emboscada del Frente Cinco de las FARC en el cañón de La Llorona junto al sargento primero Castillo, comandante del pelotón, cuando la verdad es que ambos estaban encerrados en un baño discutiendo.

Entre los muchos candidatos para una eventual legalización, sobresalía el cabo Nosa, un hombrecillo detestable que no sabía sino gritar e insultar y que se había ganado el odio de todo el batallón. Su especialidad militar era la logística y estaba recién graduado de la Escuela Militar de Suboficiales: todavía no había pisado el campo de batalla. Fue el cabo Nosa quien me recibió cuando llegué a prestar servicio militar. Y tuve la desgracia de que fuera mi comandante más inmediato durante mucho tiempo, pero algo sucedió y de repente fue como si Nosa hubiera desaparecido, pues una tristeza inconmensurable fue diluyendo su figura. De ser un hombre robusto y rosado, pasó a ser un alfeñique de

aspecto ceniciento, hasta que dejó de vérselo por el batallón sin que nadie supiera qué había sido de él.

En Colombia el servicio militar es obligatorio para quien no tiene con qué pagar la libreta. De resto, todos van a dar a los alojamientos de algún batallón por más que se hagan los tontos, como Aquiles, que finalmente cayó en una redada. Y una vez acuartelados, tienen que aprender a sobrevivir: qué risa me da la palabra *bullying*. Una mañana me estaba bañando en las duchas de la compañía, muy tranquilamente, cuando de repente dos soldados inmovilizaron a un tercero que cayó, desnudo como estaba, contra el piso mohoso; yo salí corriendo a guardar la ley del silencio y a escuchar los gritos. Claro que si uno consigue adaptarse, la convivencia se vuelve manejable, campanita, siempre que se pierdan los escrúpulos, puesto que las situaciones que transgreden la intimidad ocurren a diario: estás sentado en el sanitario, que de por sí es abierto, cuando, de repente, alguien llega y se para frente a ti y te pone conversación, como si nada.

–¿Qué hubo, lanza?, ¿cómo van las cosas?

–Bien, hombre, aquí, dedicado a un menester inaplazable.

Esta breve conversación tuvo lugar en el polígono, donde íbamos a practicar tiro. Ningún soldado puede olvidar jamás la primera vez que disparó su fusil: el objeto más odiado porque lo despoja a uno de toda su humanidad. El fusil vale más que la vida misma del soldado, algo parecido a lo que sucede en Medellín, donde los niños no tienen pipí, sino pistola. Y moto. Es lo único que tienen nuestros niños, no saben nada de amor propio, nadie los quiso, nadie les enseñó, por eso andan acelerando sus motos y exhibiendo sus armas en un escándalo insoportable, aunque no tanto como el del ruido que hacen los fusiles en línea disparando a discreción contra la montaña que devuelve un eco hondo. A la voz de fuego, un silencio aterrador congela las manos reclutas sobre las empuñaduras y el miedo los hace presa de tiradores que

temen al retroceso del arma, que puede destrozarles la cara tras la detonación. O por lo menos eso es lo que le dicen a uno en el entrenamiento, que consiste en simular la posición de disparo con el arma descargada: el cuerpo tendido sobre el césped, la rodilla derecha flexionada, el pómulo pegado al fusil, apuntando. Luego de sobrevivir al primer disparo, los siguientes fluyen con bastante naturalidad y, finalmente, placer. Pasé mi primer polígono con doce dianas de quince posibles, puntaje que me dejó entre los “tiradores escogidos”, la escuadra de muchachos que estarían en la exhibición de tiro ante el comandante del batallón. Nunca pensé que fuera a ser tan bueno disparando, sobre todo teniendo en cuenta que durante el entrenamiento, el cabo Nosa no solo me juzgó inútil con el fusil, sino que además me lastimó cuando, corrigiendo mi postura de tiro, pateó repetidamente la boquilla del arma mientras yo la sostenía, hasta que la culata me cortó el pómulo, que sangró de inmediato.

–Ay... soldado homosexual, ¿qué le pasó en la carita? Si esto es apenas en el entrenamiento, no quiero imaginarme cómo le va a quedar esa hijueputa cara cuando dispare de verdad, ¡maricón! Venga yo le enseño cómo se hace esta mierda.

A continuación, tomó el fusil y se acostó en posición de tiro.

–Patéeme, soldado, ¡duro, hijueputa!

Le di una patada tan fuerte que hubo que llevarlo a la enfermería para que le suturaran la herida. No hubo rencores, era el ejército, en adelante me siguió tratando como su mejor amigo, lo cual empeoró las cosas porque me contaba sus cuitas en historias interminables que tuve que escuchar con estupor.

En el último grado del colegio los estudiantes reciben la visita de los oficiales encargados del reclutamiento, que llegan con una bolsa llena de balotas: cuarenta y cinco balotas verdes, cuarenta y cinco balotas rojas y cinco balotas blancas. Antes del sorteo sabía ya que iría al ejército, meses antes, cuando mi padre me dijo que

pagaría para que me saliera la balota blanca y yo le dije que no, sin saber lo que me esperaba. A lo mejor se arrepintió de dejarme decidir sobre mi propia vida, sirenita, al verme rapado, insolado y enjuto la mañana en que entró a la brigada por medio de un pequeño soborno a un pequeño suboficial antes de la primera visita porque no quiso esperar los quince días reglamentarios. Al verlo lo abracé.

–¡Papá! Qué bueno que viniste por mí, esto es el infierno, no te imaginas cómo nos tratan y las cosas que nos ponen a hacer.

–Ya es muy tarde, hijo. –Me entregó una caja de Marlboro.

Tenía la barba descuidada como solo se la había visto una vez de niño, cuando salió del hospital luego de la operación de apendicitis. Me dijo que tuviera valor, pero yo no quería que se fuera.

–¡Vuelva a la fila, soldado!, aprenda a ser un hombre –gritó el cabo Nosa.

Había sacado la balota verde: iría al Batallón N.º 4 de Asistencia para el Combate en la Cuarta Brigada, donde estuvimos el mes de diciembre acuartelados bajo el más fanático rigor militar, pues éramos los reclutas. Para celebrar el día de Navidad caminamos hasta un cerro en el oriente de la ciudad, cerca del Seminario Mayor, y nos instalamos en carpas por parejas para defender a los ciudadanos del acecho del mal. La noche del veinticuatro de diciembre nos dieron de regalo una cajita feliz de Kokoriko: un ala de pollo, un paquetico de papas y un juguete. A nosotros, hombres de honor. Y luego, a los puestos de combate porque en la madrugada iba a venir el comandante del batallón a pasar revista. Fue en esas que conocí a Pompilio Mosquera, mi psiquiatra, que estaba atrincherado junto a mí cuando llegó el coronel Londoño y lo vio un poco relajado, muy a su estilo, y enseguida le gritó.

–¡Soldado!

Pompilio se paró de inmediato, pero con la gorra torcida y las botas desamarradas.

–¡¿Qué ordena, mi coronel?!

–¿A quién estamos combatiendo, soldado?!

Se suponía que debía responder que estábamos combatiendo al ELN, a uno de sus frentes urbanos.

–¿A los bandoleros, mi coronel!

–¿Cómo que a los bandoleros, soldado marica?! ¡Respóndame! ¿A quién estamos combatiendo?!

–¿A los malhechores, mi coronel!

–¿Se está burlando de mí, soldado hijueputa?! ¡Al ELN, soldado lepra, al ELN!

–¿Al ELN, mi coronel!

–¿Cuál es su nombre, soldado?!

–¿Pompilio, mi coronel!

–¿Cómo que Pompilio?! Le estoy hablando en serio, ¡soldado gonorrea! ¿Cuál es su nombre?!

–¿Pompilio, mi coronel!

El coronel se le acercó y le dio un golpe con el revés de la mano. Ramírez, Jaramillo, García, Jiménez, Moreno, Alzate. A todos nos llamaban por el apellido, pero desde esa noche, a él lo llamamos Pompilio, el soldado Pompilio. No es usanza militar ofrecer disculpas, *blue moon*, lo que procede es justificar la equivocación con hombría, de modo que cuando el coronel se enteró de que Pompilio de verdad se llamaba Pompilio, lo buscó para aclararle que estábamos en el ejército y que, en consecuencia, no teníamos nombre, sino apellido.

–Me tenía que haber respondido Mosquera, soldado marica, no Pompilio. Así será como le dice su novio.

Que en adelante fui yo, porque nos volvimos tan amigos que ya no nos separábamos, y los soldados empezaron a decir que éramos novios. Cuando terminó el entrenamiento nos dejaron ir a la casa a pasar el año nuevo con nuestras familias y al regreso de la licencia nos asignaron los puestos de trabajo. Yo quedé encargado de la cancha de tenis y Pompilio era el administrador de la bodega que

surtía el restaurante de los oficiales, ambos bajo el mando del cabo Nosa, que fue nombrado administrador del club militar. Nosa se emborrachaba con frecuencia bebiendo cerveza y jugando tejo en el casino de los suboficiales; a lo mejor hubiera preferido jugar tenis en el club militar, pero ni su cuerpo de manatí ni su clase social se lo permitían y él lo sabía. Por eso lo consumía la envidia cuando veía llegar a Bryan Barriga.

Bryan Barriga llegaba todos los sábados por la mañana en su Fiat 147; en las gradas de la cancha de tenis lo esperaban los viejos coroneles. Era aviador, hijo de un capitán muerto en combate. Los coroneles lo recibían con reticencia, “ummm, llegó Barriga”, murmuraban. Años atrás se quedaron esperando que los llamaran para el curso de general.

–¿Qué hubo, Barriga?

Luego de intercambiar algunas miradas displicentes se rifaban los primeros turnos de la mañana; yo era el encargado del sorteo.

–¡Mi capitán Barriga contra mi mayor Ayala!

–¡Bah! –replicaban todos impacientes–. ¿Otra vez Barriga? Será que este soldado se entiende muy bien con el piloto, ¡que ya lo ascendió a capitán!

Bryan Barriga tenía un modo de reír: parecía que se estuviera ahogando. Sacaba la raqueta del maletín deshilachado, se ponía una balaca en la cabeza rapada y saltaba a la cancha. El coronel Ayala era apuesto, de voz decidida. Era el más joven y seguía activo. Sin mayor demora entraba a la cancha con su moderna raqueta haciendo movimientos agresivos en el aire. Pero siempre perdía con Barriga y me culpaba a mí.

–¡Este soldado carechimba! Cómo iba a ser buena esa bola, ¡¿no vio que cayó fuera?!

–Para solicitarle, mi mayor, pegó en la línea y la línea hace parte de la cancha; en consecuencia, es buena bola y punto para mi capitán Barriga. Cuarenta, quince: ¡*match point!*

–¡Gonorrea!

En ese punto todos intervenían a mi favor intentando calmar a Ayala, que finalmente tenía que sentarse en las gradas a ver jugar el siguiente partido. Barriga, a diferencia de los demás, tenía la costumbre de darnos una propina que se incrementaba si resultaba ganador en una jugada dudosa. No tuvo entrenamiento militar, se ganaba la vida trayendo camarones del Pacífico en una avioneta oxidada. Su padre quiso matricularlo en la academia de cadetes, pero nunca lo aceptaron por una deficiencia respiratoria. Tuvo la oportunidad de inscribirse en la escuela de suboficiales con una beca, pero prefirió estudiar aviación a obtener el grado de cabo segundo, que era el de Nosa: por debajo estábamos, apenas, los soldados.

Un miércoles por la mañana llegó Barriga: quería entrenar. Yo no vacilé, preparé la cancha y le dije que empezáramos con el calentamiento. Ya íbamos en la mitad del partido cuando el cabo Nosa apareció en las gradas y se detuvo en mi lado de la cancha.

–Oiga, soldado, ¿usted cree que vino al ejército a jugar o qué?

Barriga no se detuvo, continuó respondiendo mis reveses, entonces yo seguí jugando. El cabo Nosa quedó ahí parado, como si no existiera, contra la reja de la cancha. Ardió en ira, se olvidó de lo buenos amigos que éramos y entró al polvo de ladrillo para tomarme por la camiseta y arrastrarme afuera.

–¡¿Usted cree que le está hablando su mamá, grandísima gonorrea, o qué?!

–Suéltelo, cabo, que el soldado está jugando conmigo –gritó Barriga.

–¿Y usted quién es?, como para venir a darme órdenes a mí.

–El soldado está jugando conmigo, cabo, déjelo tranquilo que no está haciendo nada malo.

–Ahora resulta que un civil viene a decirme qué tengo que hacer yo y qué no. ¡Qué vida tan doblehijueputa la mía! Usted no

es nadie, Barriga, su papá apenas si llegó a capitán y ahora viene usted a dárselas de general.

–No se meta con mi padre, cabo, no se meta con mi padre...

–Y si me meto qué o qué, diga a ver, qué me va a hacer. Usted no tiene derecho a venir al club militar, puesto que no es ningún oficial, lo era su papá, pero su papá hace tiempo que murió.

–Pero los sábados que también vengo ahí sí que no es capaz de decirme nada, cabo, porque están los coroneles, ¿cierto?, aprovecha ahora que estoy con un soldado para aparentar la autoridad que no tiene.

Nosa no supo qué responder. Me dio una cachetada y me insultó, luego se fue. Barriga empacó sus cosas, encendió el viejo Fiat y se fue también. Al sábado siguiente volvió, pero ni siquiera mencionó el incidente con el cabo Nosa, que en adelante se empeñó en amargarme la vida de la peor manera, *bambola*: nada quedaría de su vieja amistad conmigo. Y aunque yo sabía cosas suyas que nadie más sabía, me siguió tratando con un odio encarnizado. Un día tuvo la ocurrencia de asear el batallón a las tres de la mañana y a las tres de la mañana fue a despertarme con un baldado de agua fría.

–¡De pie, soldado! El batallón está lleno de polvo y hay que barrerlo.

–Pero, mi cabo, son las tres de la mañana...

–¡De pie, grandísima gonorrea! ¿O quiere que lo levante a pata?

Otro día le dio porque era mi deber lustrar las botas de todos los soldados del batallón, de manera que pasé varios días untando betún, cepillando y brillando. Después se le ocurrió llevarme como empleado del servicio doméstico al casino de suboficiales, una ratonera inmundada que olía a queso rancio porque los cabos y los sargentos vivían allí en estado de naturaleza. Así pasaron varias semanas, hasta que no aguanté más y un día, en plena formación, me pidió que saliera al frente e hiciera los números del uno al diez con el culo, adelante de todos los soldados.

–¡Adelante, soldado lepra! ¡Del uno al diez!

–No, mi cabo, porque a lo mejor lo que usted quiere es metérmelo a ver si por fin bota cachucha.

Todos los soldados estallaron en risa, casi doscientos soldados riendo a carcajadas; Nosa gritó silencio y nadie le obedeció, por el contrario, todos empezaron a silbar y a gritar, y cuando quiso acercarse para golpearme, la compañía entera me rodeó y Nosa tuvo que retroceder. No me acuses, luna lunera, de haberme aprovechado de un secreto, el tema se había vuelto asunto de supervivencia; ya estarás repitiendo tú misma: en la guerra y en el amor todo se vale. Así que no me acuses, puesto que yo nunca obligué a Nosa a que se emborrachara aquel día en que me dijo que lo acompañara fuera de la brigada a comprar no sé qué y le dio porque nos tomáramos una cerveza y después otra y ya entrados en gastos por qué no un aguardiente; y por qué no una puta, y a El Olimpo fuimos a dar, donde bailaban unas muchachas a las que se les veía el hambre por encima. Nosa arregló el precio con una que escogió al azar y me dijo que entráramos los dos.

–No, mi cabo, hágale usted tranquilo, yo lo espero aquí afuera.

–Que no, soldado, necesito que me ayude en esto.

–¿Cómo así, mi cabo?

Aunque la rabia y el rencor me cegaron y por eso dije lo que dije aquella tarde delante de todo el batallón, lo cierto es que Edwin Camilo Nosa era un ser humano y encerraba su propia tragedia, bastante común, por lo demás. Era un hombre de veinticuatro años que conservaba intacta su virginidad. En el colegio era el gordito del que todos se burlaban, y al que las chicas recurrían para que escuchara sus lamentaciones, a lo mejor tú también tuviste un “amigo gay”, que aunque no era gay, tampoco calificaba como hombre, era el peluche del que todas se prendían para llorar sus desamores; así se le fueron yendo los años escolares sin haber conocido mujer. La falta de vocación y la incógnita de su masculinidad lo llevaron

a la escuela de suboficiales, donde permaneció aislado, sufriendo su secreto, de manera que vino a graduarse como cabo segundo, todavía virgen; después de un tiempo en Neiva, lo trasladaron a Medellín, donde recibió su primera compañía de soldados bachilleres, a cuyo cuarto pelotón pertenecía yo.

–Mi cabo, eso tiene que hacerlo usted solo; no se preocupe que ella le va enseñando.

El cabo Nosa entró a un cuarto que olía a cloro; al contacto con la muchacha desnuda se le bajó la borrachera y se sintió frío y pálido, terriblemente solo. Volvió a salir.

–Vámonos.

Caminamos en silencio hacia la brigada: él, al casino de suboficiales, yo, al club militar. Al día siguiente estaba bebiendo desde por la mañana, entonces me mandó a llamar.

–Tome, soldado –dijo, alargándome un vaso de whisky.

Y entonces me contó la historia.

–Que nadie sepa esto, por favor, se lo pido.

Y toda la brigada lo supo. En adelante fue el hazmerreír de la soldadesca, que empezó a tratarlo con desprecio y su autoridad fue declinando, lentamente, hasta que desapareció.

No fue fácil el ejército, *my dear*, tampoco para los cuadros, que de vez en cuando sufrían los rigores del encierro. Después de la primera temporada, y con la llegada de los nuevos reclutas, los antiguos pasábamos la mayor parte del tiempo en los alojamientos viendo televisión. En el club militar, donde vivían y comían los oficiales, también dormíamos los dos soldados de la cancha de tenis y los meseros del restaurante. Uno de los meseros, Sánchez, tocaba la flauta dulce. Estando en la guerra, esperaba uno que alguien en su catre de campaña sacara una armónica para interpretar un triste *blues*. Pero no, Sánchez tocaba la flauta dulce. Y he aquí que una noche, mientras veíamos televisión, a Sánchez le dio por interpretar *Fray Santiago* en su flauta.

–No más, Sánchez, por favor –dijo Pérez.

–Fray Santiago, fray Santiago: ¿duerme usted?, ¿duerme usted?...

–Que no más, hombre, que estamos viendo la telenovela.

–Suenan las campanas, suenan las campanas: ding, dong, dang; ding, dong, dang.

Pérez le arrebató a Sánchez la flauta de la boca y la arrojó contra la pared para destrozarla. Sánchez, inmutable, se paró de la cama, levantó el colchón y sacó otra flauta.

–Fray Santiago, fray Santiago: ¿duerme usted?, ¿duerme usted? Suenan las campanas, suenan las campanas: ding, dong, dang; ding, dong, dang.

Pérez salió del alojamiento, no sin alguna indignación; Sánchez siguió tocando flauta y yo seguí viendo la televisión.

Como ves, tenía mucho tiempo libre, pues mis responsabilidades consistían básicamente en dar clases a las familias de los oficiales, servir de árbitro y *caddy* en los torneos internos y de vez en cuando hacer de mesero en el restaurante donde vi por primera vez a Lorena Mantilla, la hija de un coronel de inteligencia, mientras se cambiaba la toalla higiénica en el baño de mujeres durante una fiesta en el salón de eventos. Fue una velada ardua porque el comandante de la brigada había invitado a todas las familias de su estado mayor y se nos exigió devoción y cuidado en el servicio. La obstinación del soldado hace que siempre esté interpretando las órdenes de modos muy disímiles, así que antes de esmerarnos por el bienestar de los invitados, los hicimos esperar hasta el límite de la ofuscación, retrasamos la ronda de tragos, equivocamos las órdenes y, por supuesto, escupimos sobre la comida. Como era mi primera vez de mesero en el casino, los soldados antiguos me dieron la bienvenida dejándome solo con la responsabilidad de atender a los invitados; tuve que soportar los gritos de las cocineras que me apuraban porque los oficiales empezaron a notar la irregularidad,

y para colmo el sargento a cargo me insultó porque no supe decirle dónde estaban los demás soldados. Corrí de la cocina a las mesas llevando la comida, el whisky, los postres y regresé buscando servilletas y jarras de agua, hasta que vi a uno de mis compañeros escabullirse por una puerta secreta que estaba en el cuarto de la despensa y daba al techo del salón, entonces lo seguí. Luego de trepar por un andamiaje empolvado y oscuro, caminé por la viga principal hacia una luz y llegué adonde estaban todos los soldados sentados en el más riguroso silencio alrededor del ducto de ventilación del techo del baño de mujeres. Cuando me asomé, vi a Lorena Mantilla quitándose el vestido de encaje. Luego se bajó la ropa interior hasta la rodilla y alcancé a ver la sangre acaramelada en la toalla higiénica usada que tiró a la papelera, entonces se incorporó y tomó su cartera para buscar un paño húmedo: se agachó para limpiarse. Fue en ese momento que ascendió hasta el techo un olor agrídulce. Alguno de nosotros comenzó a masturbarse en la oscuridad. Esa noche entraron al baño todas las esposas de los oficiales y sus hijas, y nosotros nos turnamos para verlas, para aspirar la hedentina que subía del sanitario. Solo supe que la muchacha morena que había visto era la hija del coronel Mantilla cuando apareció en la cancha una semana después para jugar tenis.

–Hola, ¿usted es el soldado de la cancha de tenis?

–Sí, soy yo, buenos días.

–Me llamo Lorena Mantilla.

–¿Cómo estás, Lorena?

Era una muchacha común y corriente, tendría unos dieciséis años y parecía bastante cansada de la vida militar. Volvió puntualmente todos los días durante dos semanas y finalmente le propuse que saliéramos.

–¿Y si mi papá se entera de esta invitación?

–Pues me mata. O peor, me manda a la estación de comunicaciones del Pan de Azúcar.

–¿Y vale la pena el riesgo?

–Yo creo que sí, ¿qué riesgo correría usted, además?

–Ninguno. Pero sí la vergüenza de que me vean con un soldado.

Aceptó: por curiosidad o por soledad, creo. Las familias de los oficiales llevan vidas itinerantes, van de una ciudad a otra sin amigos, sin establecerse; se diría que van en dirección contraria del propósito mismo con que se tiene una familia. Le dije que nos encontráramos en un lugar apartado de la brigada porque no quería arriesgarme a que me vieran, ignorando que, aunque nos hubiéramos escondido en Guipúzcoa, su padre igual nos descubriría. Llegó el fin de semana, salí de permiso y esa misma noche nos vimos. Fue una cita ordinaria: bebimos cerveza, comimos crispetas y nos esforzamos por mantener una conversación árida. Hacia las once me dijo que ya se quería ir, entonces tomamos un taxi con dirección a la brigada, donde ella se bajó. Yo seguí para mi casa, agachado para que no me vieran. A la mañana del lunes siguiente regresé al servicio: pantalón corto, medias blancas y raqueta. Lorena, puntualmente, apareció para jugar.

–Buenos días, Lorena. No pensé que fuera a venir hoy; me alegra verla.

–¿Y por qué no iba a venir? Igual no hay mucho que hacer en esta ciudad, menos para mí, que vengo de Bogotá.

–Eso noté el sábado, que le aburre mucho Medellín. ¿O siempre es así de callada?

–Es que este no es mi ambiente.

–El ejército no es el ambiente de nadie cuerdo.

–No hablo del ejército. Además, usted qué sabe si apenas es un soldado. Hablo de Medellín.

–Pero no todo es malo, mire por ejemplo el clima tan bueno que tenemos.

–Clima de tierra caliente: qué asco. Mejor vamos a la cancha.

Apenas estaba aprendiendo a jugar, pero tenía un excelente

estado físico; se notaba que había practicado otros deportes. Y a pesar de que erraba las bolas más fáciles, corría las que eran imposibles de alcanzar y estiraba las piernas en una maniobra de contorsionista hasta que conseguía un revés efectivo aunque accidentado y me hacía correr para la devolución. Paramos un momento y nos sentamos en las tribunas de la cancha para tomar agua.

–Ha mejorado, Lorena. Le han servido las clases.

–¿Qué dice?; si yo ya sabía jugar tenis, solo que llevaba mucho tiempo sin practicar.

–Está bien, no pasa nada. ¿Se quiere duchar?

–¿Cómo?

–Que si se quiere duchar; yo tengo las llaves del gimnasio y puede ducharse ahí.

–¿Qué le pasa? Si mi casa está a dos cuadras de la brigada. ¿Cómo cree que me voy a meter en esas duchas donde ustedes mismos se bañan? ¡Gas!

–Bueno, podríamos ir juntos.

–¿Ir juntos a dónde? ¿Qué quiere decir?

–Nada, Lorena, nada.

–Mire, guache, hoy mismo le voy a contar a mi papá esto que me está diciendo, a ver si con él es tan atrevido.

–No es para tanto, Lorena, discúlpeme, de verdad lo siento. No le vaya a decir nada a mi coronel Mantilla, por favor.

–Ustedes los paisas sí que son pasados; se nota que están acostumbrados a tratar con estas grillas de aquí, que son lo más lobo del mundo.

–Perdóneme, Lorena, ya le dije que lo siento.

Ella me miró, dudando, empacó sus cosas en el maletín y se fue a su casa para dejarme con la incertidumbre tenaz de si le iba a hablar o no al coronel Mantilla acerca de mi propuesta. A la mañana siguiente volvió. Jugamos en silencio por cerca de una hora, entonces se despidió y se fue. En ese momento respiré tranquilo,

cubito de azúcar, pues asumí que su regreso era también una señal de que había aceptado mis disculpas. Seguimos jugando tenis por otras dos semanas más hasta que un día, mientras dormía, el oficial de servicio me vació un balde de agua fría.

–¡De pie, soldado lepra, levántese!

Casi ahogándome del susto, me puse firme y grité.

–¡¿Qué ordena, mi teniente?!

–Tiene cinco minutos para que se me presente en uniforme de tiburón.

Entonces me desvestí, fui a las duchas, me enjaboné el cuerpo y la cabeza, me puse una chancla entre el culo y fui caminando como un pato para que la chancla no se cayera.

–¡Para solicitarle, mi teniente!

–¡¿Qué quiere, soldado malparido?!

–¡Para dar su orden cumplida: me presento en uniforme de tiburón!

–¡¿Qué fue lo que le dijo a la hija de mi coronel Mantilla, soldado hijueputa?!

–¡Que si se quería duchar conmigo, mi teniente!

–Pero, ¡soldado hijueputa!, ¿cómo se le ocurre?... ¡A la hija de mi coronel! ¡Estos soldados malparidos están acostumbrados a bañarse con la mamá y restregarle la verga en la cuca, por eso es que llegan tan mal enseñados al ejército! Pero ahora sí, soldado: póngase el camuflado y prepárese porque mierda es lo que va a comer.

A continuación me hizo agachar y me dio una palmada en la nuca que todavía hoy me duele. Cuando estuve listo, me recogió un carro particular sin placas que me llevó hasta el cerro Pan de Azúcar.

¿Has visto, vida de mi vida, al salir de tu casa esa ladera áspera que se levanta cruzando el río al oriente del valle? Pues esa montaña oscura es el cerro Pan de Azúcar, donde la brigada tiene una estación de comunicaciones abandonada y donde la fortuna, que

no se cansa de perseguir a los buenos, quiso que yo pasara los siguientes dos meses del servicio militar con otros cinco soldados. Los proscritos del Pan de Azúcar no teníamos que madrugar ni formar ni marchar; tampoco teníamos que brillar los escudos de bronce porque no había. Nuestra única responsabilidad era el radioteléfono. Y, claro, mantener el orden y la seguridad del barrio Llanaditas y del barrio Villatina y del barrio Los Mangos y del barrio El Pinal y de La libertad y de San Antonio y de Las Estancias y de La Sierra y de Enciso y de Villa Turbay. Seis muchachos mal armados. Nunca salíamos de la estación: pasábamos el tiempo jugando cartas, fumando marihuana, bebiendo brandy y espiando conversaciones con el radioteléfono. Vivíamos en relativa paz porque la gente del barrio sabía que éramos inofensivos, pero en la brigada todos creían que el destierro nos había convertido en soldados implacables y por eso nos mandaban a patrullar los lugares más sórdidos del centro de Medellín. Una vez cada dos semanas nos recogía un camión militar y descendíamos al valle a inspeccionar los prostíbulos, simulando que representábamos alguna autoridad, cuando la verdad era que en La Osa Menor, el burdel de doña Rebeca, las putas nos recibían con palmadas en el culo y nos invitaban a sus cuartos. Mis compañeros, carentes de todo escrúpulo, se acostaban con cualquiera que les hablara al oído: se creían escogidos. Yo les cobraba por esperar en la barra escuchando las historias de doña Rebeca, tomando nota sin preguntarme si era verdad o no lo que me contaba y esquivando sus caricias, pendiente de que no viniera nadie del batallón a supervisar el patrullaje. Ella se tomaba un aguardiente y me daba dos. Cuando mis compañeros terminaban, comprábamos más trago y regresábamos al Pan de Azúcar, hasta que caíamos dormidos de la borrachera. Al otro día nos levantábamos a destapar una nueva botella porque pocas cosas reportan mayor placer que levantarse a seguir bebiendo en la mañana, como quien no quiere volver a la

vida: la tragedia del borracho consiste en que *puede beber demasiado, pero nunca lo suficiente*. Memorable sentencia, *babyface*, te lo digo yo, que llevo por lo menos trece años bebiendo.

Empecé, tímidamente, en el último año del colegio y seguí en el ejército, pues no había otra manera de aguantar tanta locura. Pero fue en la Facultad de Filosofía donde de verdad me superé a mí mismo: de las *Meditaciones metafísicas* de Descartes pasábamos sin problema a la primera botella de aguardiente para discutir mejor el *yo pienso* de su famosa frase y entender que su idealismo no podía sostenerse sin la idea de Dios, que necesariamente nos llevaba a Kierkegaard y al problema de la fe en *Temor y temblor*, una obra bellísima por la que todos nos poníamos de acuerdo en que lo más prudente era abrir la segunda botella. Sin darnos cuenta habíamos llegado por el camino de la inmortalidad del alma a la Atenas del siglo V, y he aquí que resultamos estudiando dialéctica: pseudociencia que inventó Platón en uno de sus diálogos que no son más que tragedias fracasadas, vulgares intentos de emular la genialidad de Eurípides quen sin necesidad de artificios ininteligibles retorció la tradición homérica en un esguince que en su momento parecía irrealizable. En el *Sofista o del ser*, diálogo tardío de Platón, el desocupado lector encontrará, si el aguardiente es antioqueño, las seis categorías de la ciencia dialéctica: el ser y el no ser, la mismidad y la diferencia, el movimiento y la quietud. Y si al lector le dio por fumar marihuana, encontrará que no por ser la copia semejante al original, es el original, sino tan solo su fantasma, esto es, aquello que sin ser lo que parece lo aparenta: una fantasía.

¡Qué dialéctica ni qué niño muerto! Bien hubiéramos podido seguir en la caverna y no se habría desatado la horrible tragedia, la peste occidental que hace cinco siglos llegó a Colombia: país que ha sabido interpretar con voluntad ejemplar la cólera de Aquiles, asesino en Grecia y en Troya, por venganza y por placer; como

la sevicia del conquistador, el torvo español: criminal en Extremadura y Andalucía por vocación, homicida en la Hispaniola y Santa María la Antigua del Darién por encargo de Inocencio VIII, Alejandro VI y los Reyes Católicos. Como prueba de que aprendimos la lección están la masacre de Bojayá, la masacre de San José de Apartadó, la masacre de Jamundí, la masacre de La Rochela, la masacre de Mapiripán, la masacre de Machuca, la masacre de La Chinita, las FARC, las AUC, las Fuerzas Militares y, claro, el Partido Conservador y el Partido Liberal.

Eurípides no tuvo necesidad de artificios inverosímiles, de dialéctica alguna: le bastó una grúa rústica, un almacén de madera en el que hizo aparecer en escena a Apolo si *Deus ex machina* para dismantelar su omnipotencia y sembrar entre los atenienses la duda que el oportunista de Platón aprovechó para fundar Occidente siguiendo la voluntad secreta de su maestro, un anciano atortugado que no tenía más oficio que acosar a los jóvenes en el ágora, como el curita del batallón, que un sábado de Adviento experimentó de primera mano los rigores del espíritu militar.

Figúrate, chiquita, que hubo en Medellín, una vez, una brigada militar que debía proteger a la ciudad de los malhechores. Y como todo ejército, este tenía también su guía espiritual, su consejero. Era un hombre apacible de sesenta y siete años, rechoncho y acogedor, se diría el mismo Sócrates. Y como a Sócrates, también al padre Pascual le gustaban los muchachos. Pero el ejército no era la Atenas del siglo V y el padre Pascual cometió el error de confundir la palmada de ánimo en el hombro que exhortaba al arrepentimiento tras la confesión con un exceso de cariño inadecuado para la cortesía militar; entonces los soldados empezaron a sospechar que algo extraño estaba sucediendo. Liderados por el encono de la Muñeca decidimos que lo mejor era darle una lección al padre Pascual. Le propusimos una fiesta de despedida, una última cena para agradecerle a Dios que regresaríamos vivos con

nuestras familias. Cuál no sería la dicha del padre Pascual al imaginarse a todos esos soldados en la casa del Señor bebiendo vino y comiendo pan ázimo, de un lado para el otro como querubines. La Muñeca decidió que el ágape se llevaría a cabo un sábado, que era cuando los oficiales estaban distraídos bebiendo whisky en el club militar. Llegamos todos al caer la tarde y encontramos al padre Pascual un poco alicorado ya y en consecuencia cariñoso y manilargo. Le dimos más vino, hasta que la Muñeca, en un acceso de ira, le encajó un golpe que le hizo volar la dentadura postiza y la sangre. Le quitamos la ropa y lo tendimos en una de las bancas sosteniéndolo por los brazos mientras el pelotón bebía y se reía alrededor del cuerpo abotagado. La Muñeca lo insultaba a gritos, muy borracho ya a esa altura de la velada. El padre Pascual lloraba desesperado y empezó a asfixiarse cuando vio que la Muñeca sacó su cuchillo y le apuntó al vientre.

Lo obligamos a hacer el cambio de guardia desnudo; los soldados que estaban en las garitas nos reportaban por radioteléfono la llegada del padre Pascual a sus puestos. Desdentado y sin ropa, tuvo que recorrer la brigada a media noche.

El padre Pascual solicitó cambio en la arquidiócesis y la Muñeca fue trasladado al Batallón Voltígeros de Infantería en el Urabá, más allá de Penthouse, pura calentura, donde estuvo patrullando el Darién bajo el mando del sargento Castillo. Nosotros, en cambio, seguimos como si nada, sobrellevando la vida militar, soportando el tedio de los últimos días encerrados en la brigada, comiendo en el rancho, levantándonos a las cuatro de la mañana. Dormíamos en una especie de hangar y éramos unos ciento veinte muchachos. Tres contingentes distintos se reclutan al año: en enero, en julio y en diciembre. Al de diciembre se le llama contingente *sparkie* porque solo se compone de estudiantes de colegios privados: niños bien seleccionados, pero inútiles para la guerra. Y peligrosos, asunto que tenía sin cuidado a los oficiales que administraban las

zonas de reclutamiento, pues el Batallón N.º 4 de Asistencia para el Combate, como su nombre indica, asistía el combate, no lo ejercía, salvo en casos de ataques inesperados, como el día en que le robaron el fusil a un soldado en la parte de atrás de la brigada y todos salimos a disparar como locos: nada hay más peligroso que un jovencito malcriado con un arma.

Es inhabitual decir buenos días en la guerra, naranjo en flor, lo que se estila es gritar “marica hijueputa” todas las mañanas. Los suboficiales eran menos lacónicos y nos gritaban “montón de putas baratas gonorrrientas, levántense a ver, que esta no es la casa de sus putas madres”. Y aunque puede parecerse excesivo ese trato, la verdad es que se proponía estimular la capacidad de respuesta, pues nunca sabíamos cuándo había que reaccionar ante el enemigo.

Se diría que no hubo transición, nunca tuvimos tiempo de comprender cómo era que un día estábamos felices recibiendo el diploma de bachiller con nuestras familias, cantando villancicos, y al día siguiente nos estábamos despertando de una manera tan singular. Me levanté la primera mañana, confundido, y vi que todos los demás tomaron la toalla y los seguí, pero no me desvestí. Cuando llegué a las duchas, todos estaban desnudos y entonces di media vuelta porque no pensaba bañarme ahí dentro. Tuve la mala suerte de que al darle la espalda a las duchas, le di también la espalda al dragoneante, que es una especie de soldado capataz que estaba encargado de vigilar el baño y que me hizo desvestir para asestarme un tablazo en el culo que me alcanzó los testículos. Entré a las duchas, desnudo y llorando, como recién salido del vientre de mi madre. En ese momento, recibiendo el agua helada que me impedía respirar, tuve la impresión de que el tiempo se detenía, de que iba a permanecer en ese infierno para siempre, porque entre todas las miserias que constituyen al ser humano, la de creer que el tiempo no corre es bastante común, como quejarse por la existencia, ¿habrá cantinela más insoportable? Solo a alguien tan vanidoso como

para creerse único se le ocurre culpar a sus padres por haberlo concebido: nadie pidió nacer, aquí estamos y eso es todo, la vida no es buena ni mala, es la vida. Quejarse por la existencia no es más que otra de las vanidades del hombre, así como la excéntrica intuición de que el tiempo corre para dejarlo atrás, como si el mundo girara en torno a él y por desventura de los astros la desgracia se hubiera cernido sobre su alma: polvo que arrastra el viento que sopla hacia el sur y gira hacia el norte; gira que te gira sigue el viento y vuelve el viento a girar, pues toda novedad no es sino el olvido; creía yo, entonces apareciste tú, *my new sensation*, para reverdecer la soledad: ante los brotes del álamo en la primavera no conviene ironía.

Ya ves: no puedo evitar ponerme melodramático con esto de las estaciones, pues viví treinta años bajo el mismo cielo azul que se oscurecía en un instante para desplomarse en un aguacero rabioso sobre el valle, no como estas lloviecitas de primavera en Nueva York. Cuando el viajero que asciende las montañas huyendo de Medellín mira hacia atrás, puede ver que dos líneas la atraviesan: el río y el Metro. Un río de curso modificado en cuyas márgenes se acumulan escombros y muertos que pueden verse más claramente desde el vagón presuroso del Metro. Y si el viajero asciende las montañas por la vía de Las Palmas, debe tener cuidado de no irse a desbarrancar, pues en Medellín las montañas se vienen abajo sobre la gente de un momento a otro. Y como la lluvia, que cae por igual sobre el barrio El Poblado y el leprocomio, también las montañas sepultan sin distinción. Llueve en Medellín, horas y horas llueve, hasta que las montañas se hacen lodo y se desmoronan, y dado que la ciudad está rodeada de montañas, el único modo de escapar es echarse al río y dejarse arrastrar hacia el mar como un muerto, al mar lejano de la agria cordillera. Huyendo de Medellín vine a dar a Nueva York hace diez años; no era la primera vez que pisaba esta ciudad, nos conocíamos de antes, de cuando yo era un niño y carecía de vanidad, entonces pude verla tal cual era: fea

y sucia. Hace diez años, en cambio, era un muchacho inseguro y arrogante, como ahora. Viajé un mediodía de agosto, cansado de Medellín, y como no conocía el poema de Kavafis, creía que sería fácil dejar atrás sus calles: ignoraba que iban a seguirme adonde fuera. Apenas descargué la maleta, ya estaba extrañando a mi madre y ya estaba extrañando a Medellín. Pero me tomé un aguardiente e hice como si no. Busqué empleo, encontré y fracasé. Lo volví a intentar y volví a fracasar. Dije que lo mío era el estudio y la justicia divina me llevó a un colegio de inglés para inmigrantes costado por el gobierno. Huyendo de Colombia, hace diez años, fui a dar a un salón de clases donde compartía mi curiosidad insaciable, mi espíritu académico, con plomeros mexicanos, cocineros ecuatorianos, taxistas dominicanos, peluqueras cubanas. Yo, un filósofo. Como una retribución del destino fui designado monitor del curso. La profesora vio que mis aptitudes superaban con diferencia las de mis compañeros y me encargó la revisión de los ejercicios de clase, el buen comportamiento del grupo y el aseo del salón al terminar la jornada; se diría que estaba recuperando mi lugar en el mundo, pues de jardinero, que fue el primer empleo que conseguí, había fracasado. Pasé las de sol y sereno limpiando jardines enmarañados y árboles plagados de hiedra. Me atacó una serpiente y los insectos casi me devoraron. Me salieron ampollas en las manos y las enseñé con orgullo, pero finalmente desistí y fui al colegio para inmigrantes donde conocí un muchacho de Medellín al que llamaban Capri. Me dijo que era de la comuna 13, una colina hosca e inaccesible como la tuya, reina mía, pero al occidente, donde todas las casas están comunicadas por vías subterráneas que sirven de ruta de comercio y escondite para los jóvenes desempleados que, a diferencia de Capri, no tienen dinero para venir a Nueva York y acosados por la desocupación se dan al crimen. Es tan emprendedora la raza antioqueña que sus muchachos no se resignan al ocio doméstico y salen a buscar peligros

en mares de inquietud y oscuras hondonadas. Capri no llegó a Nueva York por la frontera con México, sino por el Aeropuerto John F. Kennedy con pasaporte de Estados Unidos. Al contrario de su madre, que atravesó el desierto de Arizona en el motor de una furgoneta y dejó a su hijo al cuidado de la abuela. La madre de Capri consiguió un marido puertorriqueño y obtuvo la ciudadanía que después le heredó a Capri. Fue él quien me ayudó a conseguir trabajo en McDonald's, donde volví a fracasar, pero aprendí que nada me distinguía del plomero mexicano, del taxista ecuatoriano, del pintor venezolano o de la cocinera dominicana. Estuve al frente de la freidora de papas y cada noche llegaba a la casa oliendo a aceite quemado y con una película brillante en la cara. En las mañanas estudiaba inglés y por las tardes trabajaba, siempre con Capri. Con los días empecé a notar que le gustaban los hombres, hasta que lo comprobé cuando me contó que había llegado a Nueva York huyendo de la tristeza, pues su novio se había suicidado en el ejército. Se refería a él como la Muñeca. Cuál no sería mi sorpresa al escuchar ese apodo. Le pregunté enseguida qué había pasado con la Muñeca y me contó que un sargento lo había violado durante los últimos meses del servicio hasta que un día la Muñeca no aguantó más, montó el G3 y le acomodó una ojiva de 7,62 milímetros en pleno esternón mientras discutían en el baño de la compañía. Luego se sentó en el inodoro para volarse la cabeza.

Nunca le dije a Capri que yo había conocido a la Muñeca en el ejército; me alejé, cansado del eterno retorno de lo mismo. Hasta que un día, sin avisar, tomé un avión y volví Colombia.

Edad escolar

EL PEOR AÑO DE MI VIDA LO PASÉ ENSEÑANDO FILOSOFÍA y Español en un colegio de niños ricos, lucero. El ejército, con todas sus locuras, no se le compara.

Había regresado de Nueva York con la culpa de un viaje perdido, así que busqué trabajo y lo encontré: más me habría valido quedarme fritando papas en el lejano Yonkers, donde por lo menos nadie me tomaba como el trapito de bajar la olla. Los profesores de secundaria registran índices alarmantes de alcoholismo y enfermedades mentales: no hay dinero suficiente para pagar tanto ruido, tanta humillación, tanto cansancio. En ese colegio pasé el día más amargo de mi vida de cuenta del trago y la cocaína después de un fin de semana de excesos: ¿pero cómo iba yo a morir sin probar el producto nacional? A la mañana siguiente de la fiesta tuve que presentarme en el nuevo trabajo y enfrentar la montonera de fieras adolescentes que escuchaban hablar de Aristóteles y Spinoza con justificado desinterés, dado que todos

tenían el futuro asegurado en los negocios de sus padres. Y siendo yo todavía un adolescente de veintiún años, me sentí como pez en el agua entre ese olor a lonchera y orina. Al pertinaz lo traté con obstinación, al bufón con sarcasmo, al tosco con violencia, al descortés con impertinencia, a la intemperante con lujuria y al descuidado con negligencia. Eran, en suma, adolescentes y nada más: andaban despreocupados, arrojados como bestias al mero presente; ir al colegio, en consecuencia, les resultaba poco más que una formalidad. Aunque no faltaron los amotinados que se inclinaron por el arte o la música e incluso algún incauto, contra mis advertencias y desengaños, se interesó en la filosofía más de lo que su padre, un ganadero áspero, hubiera deseado.

Yo debía llegar a las seis de la mañana a formar en el patio con mis muchachos, porque entonces eran tan míos como de sus madres. Los veía todos los días de la semana, varias horas al día. Antes de revisar las tareas, sabía quiénes habían incumplido y los resultados de las evaluaciones eran siempre los mismos. Entre los malos, el peor era Mateo Alberto Guzmán, un jovencito montaraz que hablaba con arcaísmos y se había ganado el reconocimiento de sus compañeros porque tenía la capacidad de eructar adrede con estruendos guturales. Fue así como se presentó en la primera semana de clases; estaba yo indicando en el tablero la línea cronológica que iba de la *Iliada* hasta Sócrates y, de pronto, el murmullo incesante del grupo se vio sofocado por un eructo que se prolongó más allá de lo humano para terminar en una tos pedregosa. Todos reventaron en una carcajada. Así había conseguido Mateo Alberto un lugar en la escala social del grupo, porque hasta que no descubrió su habilidad estentórea, fue objeto de risa y desprecio. Lo tenían por bestia circense que servía para interrumpir las clases y alivianar las mañanas interminables. Celebraban su talento durante las clases, pero en los descansos siempre estaba solo, acercándose tímidamente a los grupos de amigos que se cerraban ante su presencia. Se había conformado con ser la

mascota y se fue acostumbrando a su condición hasta convertirse en un obstáculo infranqueable para los profesores. En algún momento se me ocurrió que hablar con él sería la mejor solución, pero a tiempo comprendí que carecía de entendimiento, pues era incapaz de toda comunicación que no fuera la burla, de manera que comencé a tratarlo como si no existiera. Y vaya si funcionó el método. Las interrupciones empezaron a disminuir gradualmente; de pronto, estaba intentando articular preguntas en un español comprensible y hasta había conseguido mejorar su presentación personal. Entonces llegó la entrega de informes de mitad de año.

El primero en llegar fue don Mariano Martínez: un bigote espeso le cubría el labio superior y su voz ronca retumbó en el salón de clases antes de que se sentara en el escritorio para recibir el informe de su hijo.

–¡Ni se le ocurra volver a insinuarle a mi hijo que estudie Filosofía, maestro, porque no respondo! Ese muchacho tiene que servir para algo en la vida; no quiero que se quede como usted, hablando mierda desde un escritorio.

–Buenos días, señor. ¿Por qué no se sienta y conversamos con más calma el caso de su hijo?, ¿cómo se llama?

–Mariano Martínez.

–No tengo en la lista a ningún Mariano, ¿no se habrá equivocado usted de salón?

–Oigan a este por Dios... Mariano es mi nombre, güevón. Mi hijo se llama Pablo.

–Ah, ya le entiendo. Pablo es un excelente estudiante, de los pocos que tengo que de verdad se interesan en los contenidos de los cursos. Su rendimiento es especialmente notable en Español y Filosofía. De modo que déjeme felicitarlo, don Mariano, su hijo podría ser incluso escritor.

–Cuál escritor ni qué hijueputas; eso es precisamente lo que no quiero que sea, ni escritor ni filósofo ni ninguna de esas maricadas.

Y yo sé que usted está atizándole los caprichos esos de la filosofía y no sé qué más; ¿pa' qué me sirve a mí un hijo inteligente pero pobre? Por eso vine yo a ocuparme de este asunto y no mi mujer, porque no quiero que esto se me salga de las manos y termine con un desocupado en la casa nada más que leyendo pendejadas y fumando marihuana, así que póngase pues las pilas, profe, y enderece el camino de Pablo.

No lo culpo. A mí, de tener un hijo, tampoco me gustaría que estudiara Filosofía, dado que la única vocación del filósofo es inventar problemas para los que no tiene solución: se embelesa en su imaginación, teje telarañas y las contempla, las relee hasta que algo se sacude, entonces salta sobre la presa y la ahoga con su discurso. La mantiene viva mientras pueda alimentar su ego, luego la libera: lo que queda de ella. Teje de nuevo la telaraña y allí vuelven a llegar las víctimas. Por lo regular muchachas: mientras más se mueven, más se enredan. Es el oficio más machista que conozco. En la Facultad de Filosofía había una mujer por cada cinco profesores hombres, tres mujeres en total, y siempre limitaron su trato con los estudiantes a temas estrictamente académicos. A lo mejor ese no era su deseo, quizá también ellas querían parte del festín que llegaba de todos los colegios de la ciudad para empezar el primer semestre. En ese orden de ideas podría seguir especulando y decirte que las profesoras eran de verdad profesionales y, contrario de los profesores, mantenían sus romances en el más inexpugnable secreto. Pero no es así. No me culpes por lo que pasó, colegiala, pues no soy más que la continuación de una práctica, la actualización de una idea que se propaga con cada nuevo profesor que llega a la universidad, porque de estudiantes todos aprendemos la lección observando a nuestros profesores: todos se quieren acostar con las estudiantes. Excepto Antonio Mejía, hombre imprescindible a pesar de ser filósofo. Fue mi profesor de Teoría Evolucionista del Conocimiento, y no preguntes ahora de qué estoy

hablando, *you silly thing*, que para eso está Wikipedia. Cuando lo conocí se burló de mi modo de hablar, pues en esa época era uno de los iniciados de la derecha kantiana de la Facultad de Filosofía y hablaba con parsimonia y entonación, como se me enseñó en las reuniones secretas que se celebraban en la clandestinidad del fondo del corredor del cuarto piso del bloque doce de la universidad a plena luz del día, donde fui a dar porque una mañana, mientras me tomaba un café muy tranquilamente, se me acercó un muchacho y me dijo en voz baja que había sido escogido.

–¿Para qué?

–Para el Grupo de Estudios Kantianos. Es la élite de la facultad.

–¿Y qué tengo que hacer?

Reunirme con ellos para hablar de la *Crítica de la razón pura*. Un libro que consumió los días y las noches de mi juventud y que todavía, a veces, abro al azar. El muchacho se llamaba Simón Echeverry; ya me lo había encontrado en alguna clase antes, pero nunca habíamos hablado. Era cortés pero distante y muy buen lector. Como todos, se burlaba de la literatura. Un día, en una clase de Empirismo Inglés, alguien comentó que le parecían muy áridas las lecturas.

–Entonces váyase a leer novelas –respondió Echeverry, desde su asiento, con la gravedad habitual de los kantianos.

Esa actitud me sedujo, debo confesarlo. Pero con el tiempo me di cuenta, no sin algún espanto, de que a mí también me gustaba la literatura y que el gozo que me producía Kant era literario. Al principio fue difícil, por las burlas y eso: los estudiantes de la facultad eran soldados espartanos. Pero finalmente salí del clóset.

A la Facultad de Filosofía, sin embargo, le debo la fortuna de haber sido estudiante de Antonio Mejía, un hombre impecable: para hablar, para pensar, para vestir. ¿Cuántas veces no me tocó ver el resplandor de su argolla de matrimonio ante la coquetería de las estudiantes? Cuando Antonio me escuchó hablar con acento

kantiano, se burló discretamente y yo lo advertí: seré filósofo, pero no idiota. Fue en ese momento que me propuse ganar su amistad. Lo seguí a todas partes: asistí a sus conferencias y me matriculé en todos sus cursos para descubrir que la filosofía era de verdad vocación de conocimiento, para descubrir que a lo mejor Aristóteles tenía razón y todos los hombres tenemos por naturaleza el deseo de saber. Las clases de Antonio eran un espectáculo increíble de creatividad, el tesoro del saber: desglosaba con facilidad los libros más complejos y aprovechaba sus pasajes más oscuros para abrir ante nosotros la filosofía como una bóveda celeste llena de constelaciones donde solo había que saber mirar para encontrar las líneas secretas que unían la inteligencia protozoaria de la ameba con el genio de Einstein. Lo amé.

Fue entonces cuando los hegelianos, los heideggerianos, los kantianos empezaron a parecerme sectarios de la oscuridad. Había uno que, mediante el uso de tótems, esto es, piedras que traía del Aeropuerto, invocaba en el aula, con las luces apagadas, al *da-sein* de Heidegger. Y ni me preguntes qué mierda es el *da-sein*, porque se nos vuelve esto de nunca acabar.

Aguardiente, ron, cerveza, cigarrillos, marihuana, cocaína, heroína, *crack* y toda índole de anfetaminas y opiáceos estaban disponibles en el mercado del Aeropuerto, que era tierra de nadie, puesto que a la universidad podía entrar cualquier persona. Entraban mercaderes de todos los barrios de Medellín. En época de asamblea, el Aeropuerto hervía de sancochos revolucionarios; los rebeldes se dividían en grupos alrededor de las ollas, que podían alimentar hordas enteras hambrientas de justicia social. Todos llegaban a calmar la “cometrapo”, que es como se le llama a la crisis de hambre que sucede al consumo de marihuana. Y aunque sé que la palabra “cometrapo” es constitutiva de tu dialecto, yo debo confesar que cuando la escuché por primera vez, caminando por los bosques del Aeropuerto, en el extravío nebuloso de la marihuana,

me reí durante cuarenta minutos seguidos, hasta que un amigo me encontró. Esa fue la primera vez que estuve en el Aeropuerto. Otra vez fui con un compañero que se decía conocedor del lugar. Cuando le advertí que la marihuana me daba paranoia y que no quería que nadie me viera caminando por allí, decidió que lo mejor era sentarnos en la mitad de la cancha de fútbol, a la vista de todos, como quien acaba de concebir una idea extraordinaria. Yo lo seguí, pero como se trataba de un marihuanero consumado, una hora después ya se le había pasado el efecto y se fue a su casa.

—No te preocupés, hombre, que nada te va a pasar. Comete algo y quedate por ahí sentadito mientras tanto.

Me quedé sentado, en efecto, en la mitad de la cancha de fútbol, pero la paranoia seguía siendo terrible. Como todos los estudiantes, yo también estuve dando vueltas un poco loco por ahí, hasta que me cansé y me senté a estudiar. Para efectos de la reflexión filosófica hubiera sido igual seguir fumando marihuana, pero de reflexionar no le dan a uno un título. Fue por esos días que renuncié a la derecha kantiana y me inscribí en los cursos de Antonio, que trabajaba los cuatro meses del semestre, aunque hubiera paro, que era lo más frecuente, pues la universidad paraba porque sí y porque no, y de tanto parar la gente dejó de creer en los estudiantes: los empezó a tener por holgazanes. Y comunistas, que era lo mismo que decir marihuaneros. Acusaciones no del todo ciertas porque las protestas y los sancochos solo tenían lugar los miércoles. Pero duraban hasta el viernes. Y fíjate, ternurita, que mientras a ti y a mí, burguesía indiferente a la causa, la mezcla de alcohol, marihuana y perico nos inutilizaría para casi cualquier actividad, en el estudiante revolucionario esa mezcla afinaba el juicio y abría el entendimiento, como pude constatar las dos veces que asistí a la asamblea y los escuché discutir: el uno sobre el otro, a los alaridos, haciendo colectas para comprar bebida y comida, para continuar con la revolución. No se me olvida que estando en clase de Antonio, en tiempo de paro, un

jueves por la noche, los encapuchados cobardemente lanzaron a la ventana de nuestro salón un explosivo para forzarnos a suspender.

De modo que razones las había suficientes para que don Mariano Martínez estuviera tan alterado esa mañana de los informes con la idea de que Pablo estudiara Filosofía. Lo peor era que Pablo atravesaba el meridiano de la adolescencia y no había manera de hacerle entender que lo suyo, al igual que su padre, era el ganado. No. Se dio a la lectura voraz de todo título que prometiera algún espesor filosófico: *Así habló Zaratustra*, *El alquimista*, *El lobo estepario*, *La conquista de la abundancia*, la *Metafísica* de Aristóteles, la de Conny Méndez, *La náusea*, en fin; que se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a ocurrírsele estudiar Filosofía.

—Entiendo su preocupación, don Mariano. Pero también creo que debe dejarle la decisión a Pablo para que no lo vaya a culpar en el futuro cuando se sienta frustrado por no haber estudiado lo que quiso, ¿no le parece?

—Qué decisión ni qué decisión, profe, escúcheme bien. Aquí donde me ve, estoy cagado en la plata: y no estudié. Y lo mismo quiero para Pablo: plata. Y usted y yo sabemos que la filosofía plata no da. Entonces le encargo que mi muchacho empiece a interesarse en el ganado de una vez por todas, que ya está muy grandecito. Lo necesito en la finca todos los fines de semana para que vaya aprendiendo cómo es que es. Y si vuelvo a escuchar algo de filosofía en la casa, usted me va a tener que responder.

Luego se paró y se fue. La mañana apenas comenzaba, claro de luna, porque no bien se fue don Mariano, entró la madre de Mateo. Había llegado a disputármelo, a decirme que en la casa era un ángel, que no quebraba un plato, que incluso en ausencia del padre, él ocupaba su lugar en la cama, el derecho, para hacerle compañía, y por eso ya le había regalado un carro en el que solo

podía subirse la novia si estaba ella sentada adelante, la noviecita atrás y ella adelante. Tan inteligente era la criatura que ni tareas tenía que hacer y por eso las hacía la sirvienta.

–¿Y es que Mateo tiene novia?

–Pues claro que tiene novia, joven, ni que fuera marica.

–Veo. Cuénteme, doña Adelfa, ¿por qué no vino el padre de Mateo?

–Él tiene cosas importantes que hacer, joven, negocios que atender, no le queda tiempo para estas reunioncitas.

–Entiendo. Déjeme decirle, señora, que Mateo presenta un déficit cognitivo importante. Además, su disciplina no contribuye a la marcha del grupo. Me parece que la única opción es que le consigan una institución que pueda hacerse cargo de sus limitaciones, porque la nuestra ya hizo todo cuanto pudo. Y no me llame joven, que soy el profesor.

Se marchó el paquidermo recién venido a sirena por las artes del bisturí rabiando y sin entender cómo era que la única virtud de su hijo consistía en eructar. Para mi sorpresa, Mateo volvió luego de las vacaciones de mitad de año. Y dado que el recurso de ignorar su presencia había probado ser útil, lo seguí empleando y añadí un detalle que me pareció curioso: empecé a llamarlo por su nombre completo, Mateo Alberto. En ese momento las cosas tomaron un rumbo inesperado porque Mateo detestaba su segundo nombre. Cada vez que lo llamaba de ese modo, el grupo entero reventaba en una carcajada y repetía: “¡Alberto!”. Al principio le costó mucho, se enojaba conmigo y me rogaba que no le volviera a decir Mateo Alberto, pero yo, terco como una mula, seguí el juego. Hasta que un día nadie le volvió a decir Mateo: todos lo llamaban Alberto con naturalidad y las burlas se acabaron y los gritos cesaron. Incluso yo mismo me olvidé de lo molesto que había sido en los primeros días con sus eructos. Era como si hubiera desaparecido, pero seguía ahí como todos, uno más.

–Profesor: yo le quiero agradecer porque usted me ayudó a superar mi segundo nombre.

Yo no supe qué responder, puesto que la idea no era esa. Pero, en fin, seguí con mis muchachos, a ver si algún día terminábamos ese horrible año. Y con mis muchachas, que eran el aliciente y la alegría de enseñar Filosofía y Español, pues cuando se es profesor no hay que parecerse a Brad Pitt para gustarles a las estudiantes, ni siquiera hay que ser demasiado joven, basta con no ser deforme. Porque además del padre y la madre, el profesor es también un arquetipo: de sabiduría. Y lo bueno es que tampoco hay que ser sabio, basta con ser testarudo: hablar con determinación, de lo que sea. Porque a la filosofía le cabe cualquier cosa. Pero si de entrada se es joven, como fue mi caso en ese momento, pues ya se tiene medio camino a favor, como pude comprobarlo desde el primer día de clases, en el que me hicieron desfilar por un corredor delante de todo el estudiantado como si fuera una reina de belleza, junto con los otros profesores nuevos, hacia la mesa principal, donde estaba el rector. A mi paso las estudiantes gritaron celebrando. Yo me la creí y avancé a grandes trancos, muy seguro de mí, escuchando esa vocecita que de joven me sorprendía diciéndome al oído que no solo era brillante, sino, y para completar, hermoso. Pues cuando la vanidad consigue el dominio de la conciencia hace que uno empiece a ver cosas que no son, incluso frente al espejo, que no deja de ser un caso bastante obvio si del reflejo se trata, como puede comprobar cualquier curioso de la conducta humana. Como lo hice yo, experimentando frecuentemente con el amor propio de mis estudiantes para descubrir que el ego se busca a sí mismo por todas partes y comienza en los ojos de la madre. Los niños, asustadizos, no tienen en sus ojos más que los ojos de su madre. Cuando llegan al colegio por primera vez, descubren que no son únicos y un miedo primigenio los embarga: el otro, el diferente. Y así, las aulas de clase de kínder, primaria,

bachillerato, pregrado y posgrado se van llenando de sujetos inseguros que buscan su reflejo en la mirada complaciente de un compañero o en el gesto aprobatorio del profesor que detenta su autoridad o en los vidrios opacos del salón y hasta en los espejos sucios del baño. Y mira, Blancanieves, que incluso tú, que puedes prescindir del espejo, dado que eres objetivamente bella, vuelves al espejo creyendo que algo te repone, ignorando que de la nada, nada resulta.

Educación sentimental

DESCORRO LA CORTINA Y ESPERO QUE ENTRE LA MAÑANA que huele a como si nada hubiera pasado. Estuve dando vueltas desde la noche anterior, pensando en ti, Cruz del Sur, errando a tu alrededor en una órbita lejana, Brooklyn, Nueva York: vulgar periferia a la que tu luz llega menguante y entra silenciosa por mi ventana bajo la especie de un recuerdo. Nada es real en este cuarto donde escribo. No es real esta sábana con manchas de leopardo que me regaló doña Lila. Tampoco el escritorio de Ikea. No es real el espejo del tocador: me apoyo en la mesa, entre mapas, libros, lápices, facturas, carpetas, el desodorante, la caja con la placa para el bruxismo: parafunción que me hace apretar los dientes mientras duermo hasta que se me desencaja la mandíbula o me despico un molar. Tampoco es real el olor de mi padre que encuentro en la camiseta blanca que me quito antes de ducharme. Pero nada más real que la imagen que veo en el espejo del tocador. Me acerco para desdibujarla: los ojos cafés, la esclerótica irritada, el ojo

izquierdo más arriba que el derecho, la barba desapareja, las cejas finas, las entradas cada vez más amplias, la boca pequeña, ligeramente torcida, la nariz torcida, las orejas torcidas. Todo está torcido, la distancia me deformó. Dice el diccionario que la distancia es el espacio o intervalo de lugar o de tiempo que media entre dos cosas o sucesos, pero el diccionario nada sabe de la distancia. Distancia es lo que me separa de Medellín. Por más que me miro en el espejo no consigo ver aquello que quiero: el hombre que pueda hacerte volver, *stella lontana*. ¿Pero adónde?, si ya no hay regreso, ahora mi rumbo anda desperdigado, lejos de ti, errabundo. Me siento en la orilla de la cama frente a la pared y permanezco así cerca de diez minutos: al borde de la inmortalidad. Pero como no se puede confiar en este mundo de propensiones, la pared blanca que inicialmente me había dejado en la tranquilidad de la nada, de la inconsciencia, ahora empieza a desleírse en una serie de imperfecciones que hasta entonces no había notado. Y la blancura inicial, la totalidad sin detalles, sin accidentes, devino en una burda superficie manchada que perturbó mi paz. Así que me propuse limpiarla. Cuando fui al baño por detergente, noté que el desagüe de la bañera estaba lleno de pelos y un escozor ascendió desde mi vientre por el esternón para desembocar en una arcada. Tuve que ir inmediatamente a la despensa por papel cocina, pero cuando abrí la gaveta que está encima del lavaplatos, chilló la bisagra, entonces fui a buscar aceite al cuarto útil. No bien abrí la puerta en el fondo del corredor, advertí que el cable de la aspiradora no estaba debidamente enrollado, así que saqué la aspiradora para ordenarlo, pero el enredo era tan terrible que tuve que extender el cable a lo largo del apartamento para encontrar el nudo; y aprovechando que había sacado la aspiradora, me di a la limpieza de la alfombra olvidando que no había amanecido todavía. Tuve que suspender porque los vecinos se quejaron. No me quedó más que volver a la cama, a descifrar tu rostro en la mancha sobre la pared blanca, a

pensar en ti, que es como pensar en la nada: arrojado a tu brillo, que recuerdo con nitidez, tu cara pálida, casi traslúcida, tus manos de uñas precisas, sin esmalte, bien cortadas; en Andrómeda estuve observándolas moroso bajo la luz de la discoteca que ocultaba la resequedad del detergente, distraído, imaginando cómo sería el resto de tu cuerpo, los senos recién nacidos de pezones rosados. Te quise intacta y por eso no te toqué, no me sentí con el derecho de hacerlo, aunque tú me lo hubieras pedido; te quise en la incorruptibilidad de la idea, del concepto. Que no me juzguen de asceta, no hay placer más complejo que el pensamiento y a él me entregaba, hasta que abrías la boca para restituirme al mundo físico, a Andrómeda, una discoteca de las comunas, llena de adolescentes hermosas y muchachos peligrosos: bombas de tiempo. Y solo bastó que viajara a Nueva York para que consiguieras novio, un jovencito de tu edad, está bien, pero que parece sacado del Museo de Historia Natural.

No me mueve el resentimiento, mucho menos los celos, no te guardo rencor. Sigo escribiendo porque sé de memoria que lo nuestro no se resolvió, que la tensión permanece, pues nunca nos acostamos. A lo mejor todavía piensas en mí, sobre todo al contacto de tu nuevo novio bajo las cobijas. Sabes que si bien es doce años menor que yo, no te puede dar lo que yo te ofrecía, porque, aunque nunca te toqué, fui como un padre, un hermano, un consejero. Un *coach*. No te toqué, pero te amé en la distancia de la idea, te amé con fervor, como solo puede amarse una conclusión difícil. Y si tuve que buscar a Yeraldín, fue tan solo por la necesidad de equilibrar el flujo psíquico, pues al igual que en el universo, también en la mente rige la ley de la conservación de la energía, y es por eso que ningún pensamiento se desecha. La vida sexual en este punto siempre es de gran ayuda y ahora es necesario agradecerle a Yeraldín su abnegación, pues no recuerdo otra mujer que se entregara tan incondicionalmente: qué sentido de pertenencia,

qué idoneidad; haz de cuenta una actriz porno, pero sin las luces ni los guiones ni la producción habitual.

¿Habrá algo más incluyente que la pornografía? No. Señoras y señores, muchachas y muchachos, abuelas y abuelos, madres y padres, gordas y gordos, flacas y flacos, embarazadas y embarazados, enfermeras y enfermeros, etc. Cuando era muchacho no había Internet, y como yo nunca tuve el valor suficiente para coleccionar revistas porno, la felicidad de ver una mujer desnuda dependía del azar. Fue así como un día, con el deber de preparar una exposición para el colegio sobre las funciones del hígado, me topé, ojeando la enciclopedia médica de mi casa, con la imagen de una mujer desnuda. No era una foto, pero era mejor que una foto; la mujer estaba de pie contra un árbol y tenía una rosa de China en la oreja; no he conocido mujer más bella. Pues sí que me olvidé del hígado. Pero se me volvió vicio y me asusté porque todo a mi rededor decía que la masturbación era muy mala. Teníamos un profesor en el colegio que se pasaba las clases advirtiéndonos que la masturbación producía enfermedades horribles, como las del video que nos mostró una vez doña Josefina, la mamá de Walter, un amigo del barrio. El video comenzaba con una voz en *off* con acento de España diciendo “la sífilis”. Luego de una pausa, sonaba La primavera de Vivaldi para, a continuación, mostrar las escenas más horribles. Todo esto acompañado de buñuelos y jugo de guayaba que doña Josefina preparaba con devoción. Salimos muertos del susto y fuimos directamente a consultar con nuestros compañeros del colegio.

–¿Has sentido alguna vez desaliento, mareos, sueño, dolor de cabeza, pereza, desgano y sudoración?

–Sí, todo el tiempo.

–Yo creo que tenemos sida.

Y como todos sentíamos lo mismo, en una semana se había propagado una peste de sida en el colegio. El pánico fue incontrolable y

los profesores tuvieron que hacer brigadas especiales de educación sexual. Yo quise ayudar y le pedí a doña Josefina que me prestara el video de la sífilis. El rector lo proyectó en una jornada extraordinaria para todos los estudiantes, pero las cosas no salieron como esperábamos. Mi papá tuvo que ir a una reunión con el profesor y el psicólogo y desde entonces no me dejó volver a la casa de Walter. Nunca lo voy a olvidar, ni a doña Josefina, su madre, que otro día nos reunió para que escucháramos la historia de Dolly, la empleada.

–Yo estaba solo porque mis papás se habían ido a cine. Bueno, no estaba solo: Dolly vivía en la pieza que está atrás de la cocina. Por las noches siempre ponía vallenatos y a mí una vez me dio por asomarme a la ventanita del lavadero y la vi bailando en calzones. Le toqué la puerta, Dolly abrió en toalla y yo se la quité: quedó en pelota. Era la primera vez que veía una mujer en pelota que no fuera mi mamá, ¿cierto, ma?

–Sí, mi amor.

–La tiré a la cama y me desvestí. Ella al principio no quería, pero después se dejó.

–Una sirvienta dándoselas de reina de belleza, por Dios.

–Me puse el condón como me enseñó mi mamá, entonces ella empezó a gritar y eso sí que me gustó. Pero después llegó lo bueno, porque a ella le fue gustando también y se me puso encima.

–Y cómo no le iba a gustar a esa infeliz, acostumbrada a acostarse quién sabe con qué mecánico del barrio Santa Cruz y venir a dar con un niño como tú.

–Cuando se me puso encima, yo sentí muchas cosas que no sé cómo explicar.

–Pero esa sensación, hijo, es mejor si se hace con la persona que uno ama. En eso tenemos que trabajar mucho más.

Walter y su familia se fueron del barrio a los pocos meses, dieron el salto cualitativo hacia El Poblado, donde compraron una mansión de columnas dóricas y tres camionetas Toyota. En la entrada

de la casa había un fresco con sus retratos en tamaño natural; yo nunca lo vi, pero sí un amigo: tanto asistió a las reuniones de doña Josefina que terminó robando su ropa interior; él mismo nos contaba que doña Josefina lo sabía, pero hacía como si no. La colección de Gregorio abarcaba ropa interior de la empleada de su casa, de otras empleadas, de algunas tías y de doña Josefina: cada vez que íbamos a su casa, nos mostraba, no sin celo, sus mejores piezas; lo recuerdo con asco e indiferencia, más indiferencia que asco, pero mi psiquiatra nunca lo creyó, siempre me preguntaba que si no estaría ocultándole algo; difícilmente podría ocultarle algo a él, puesto que habíamos pasado juntos por las circunstancias más complicadas durante el año que estuvimos en el ejército, ya te dije, mientras defendíamos los colores de la patria combatiendo a los bandoleros. Así que empieza a hacer cuentas: mientras tú jugabas a las mamacitas con tus muñecas descabezadas en algún barrial de la montaña en que vives, mi psiquiatra y yo arriesgábamos la vida para que los colombianos durmieran tranquilos.

Nos enlistaron un cinco de diciembre, mañana que pervive clara en mi recuerdo porque tenía una resaca inefable que ninguna bebida hidratante pudo aliviar, pues la noche anterior, como despedida, mis amigos me hicieron una fiesta tremebunda en la que nos bebimos tres cajas de cerveza y dos botellas de whisky. Entonces tenía por novia una muchacha que fue reina de belleza, Ana María Otálvaro, un regalo de Dios que se fijó en mí por error y que en la noche de las velitas, la más feliz de los niños de Antioquia, llegó hasta la brigada a llevarme chocolates. Hablo del precámbrico, hace años, ya había muerto Pablo Escobar, pero las exportaciones de coca iban en aumento: así es como se ha mantenido la economía nacional, satisfaciendo la ansiedad de miles de europeos y sabrá Dios cuántos gringos, pues nuestros muchachos apenas si se fuman un basuco con fines terapéuticos cuando les toca matar por encargo, aunque cada vez menos, porque de tanto

matar ya se están acostumbrando. Y cuando hablo de muchachos me refiero a sicarios *free lance* y también a los que subsidia el Estado, ya sea con contratos a término indefinido o a término fijo, que es la modalidad de contratación más efectiva y bajo la cual trabajan los paramilitares, que, como su nombre lo indica, son agentes que hacen las veces de militares sin serlo. Los paramilitares defienden las riquezas y el latifundio de los liberales, los conservadores y la Iglesia católica desde el siglo XIX, y asisten a los soldados de la patria cuando el enemigo los supera en número, que para la época en que yo fui soldado era la mayoría de las veces, como lo supe cuando un soldado de verdad me lo contó. Era un muchacho humilde, buena gente, muy colombiano: sus ojos transparentaban bondad; un poco bajo, eso sí, y corvo y de piel verdosa a pesar de ser zambo. Ojos saltones y nariz aguileña, pero de amplias fosas nasales, muy parecido a tu nuevo novio.

–¡Lanza! –le grité– ¡Salvó usted la patria!

–Pero no solo, hermano, donde no sea por los papayos, nos joden. Usted es el de la cancha de tenis, ¿cierto?

–¡Artillero!, lanza, el mismo: ¡deber antes que patria!

–Cuál artillero, si usted es un *sparkie*.

–No, lanza, no crea, la cancha de tenis tiene sus riesgos. Cuente cómo estuvo la zona.

–Dura como un putas. Estábamos patrullando la falda de una montaña por allá, por los lados de Dabeiba, cuando van saliendo los guerrillos por sobre el filo de la montaña, más de cien hombres. Nosotros éramos apenas cuarenta; donde no sea por los papayos, le digo, nos matan a todos.

–¿Y qué son los papayos, lanza?

–Pues los helicópteros de los paracos. ¡Usted sí que es recluta, hombre! Aparecieron dos y les dieron plomo como un verraco hasta que los hicieron retroceder. Estuvieron sobrevolando la zona y al fin pudimos evacuar en la madrugada.

–¿Y eso cuándo fue, lanza?

–Anoche, llegamos esta mañana. ¿Usted cuánto lleva en el ejército?

–Tres meses, lanza.

–¡Con razón! Es que está recién llegado, por eso le dice lanza a todo el mundo; venga, más bien pásame ahí la liga pa esta noche, que nos vamos de permiso, a ver si me consigo una viejita, hermano, que estoy que lo meto en un hormiguero.

–Uy, lanza, me cogió fuera de base porque ando pelado.

–A ver, lancita, que es en serio, yo sé que usted tiene billete; deme algo, hermano, si no quiere chupar esta noche, entendámonos por las buenas.

Y como yo no quería saber cuál era su acepción de “chupar”, mejor le di un dinero que había ahorrado para emergencias de este tipo. Podrás ver, *starshine*, que fue en el ejército donde me hice hombre. Y no solo en materia financiera, sino también sentimental. Fue en sus alojamientos que me preparé para mi primera vez. Recuerdo que estaba recién llegado, en calzoncillos, sentado en el catre de campaña, aceitando el fusil mientras fumaba, cumpliendo con mi deber, siendo un hombre de patria, cuando mis compañeros empezaron a hablar de mujeres: que si era mejor pichar borracho o empericado, que si en cuatro y por el culo o poniéndola a mamar. Y como yo acababa de salir de un colegio católico, apostólico y romano, apenas contaba con diecisiete años y un *curriculum vacuum* en materia sexual. Escuché atentamente esa conversación, noche tras noche, tomando nota y repasando los apuntes por la mañana antes del desayuno, hasta que me volví un experto. O eso creía yo, pues cuando llegó el día señalado, el susto me paralizó. Afortunadamente la parálisis obstruyó mis conductos deferentes y nunca eyaculé.

La primera vez me tocó con una muchacha que era varios años mayor que yo y que conocía desde niño porque era la hermana de uno de mis mejores amigos. Era el arquetipo de mujer: sintetizaba

todo aquello que apenas estaba empezando a descubrir, de modo que la creí siempre lejana, nunca me imaginé que se hubiera fijado en mí, cuando la verdad era que me había puesto el ojo desde hacía tiempo, desde cuando yo llegaba a su casa con la frente sudorosa tras el partido de fútbol, por los días en que ni siquiera había concebido la posibilidad de acostarme con una mujer que no fuera Chitara, la de los Thundercats, porque, la verdad sea dicha, solo me definí sexualmente por otro ser humano a los doce años, cuando una niña me besó en un campamento *scout*. Sí, yo sé que nunca te había contado que fui *scout*, como tampoco te conté jamás que fui sacristán en la parroquia de mi casa; no es que me avergüence, pero entenderás que ese pasado me hace ver menos guapo de lo que en verdad soy. Los *scouts* fueron la experiencia determinante de mi juventud, *mia vita*, allí conocí a Ana María, la reina: nunca la pude olvidar. En el grupo *scout* en que me inscribió mi papá una tarde feliz de septiembre participaban muchachos y muchachas de la misma clase social y formados todos en una escala inquebrantable de valores, lo cual hacía todavía más interesante la experiencia del intercambio sexual, puesto que si hubiéramos sido criados en el abandono y el libertinaje, el progresismo y las bellas artes, los resultados del experimento habrían sido apenas obvios; pero juntarnos a nosotros, que teníamos por principios fundamentales de la sociedad a Dios, la familia y la patria, era tener un *reality show*, una mina de oro televisiva, sin saberlo, una pena: adolescentes de derecha inconsciente bajo la responsabilidad de tres homosexuales de armario en un campamento de verano eterno. Allí no solo me di mi primer beso, sino que tuve además la intuición inexplicable de que me gustaba irme de la casa por el mero placer de regresar, como quien come sal a puños para conocer de verdad el sabor de agua dulce. Nueva York o El Temprano, en las afueras de Medellín, lo mismo daba: siempre había de retornar, como Ulises, a mi lejano hogar, por mares de tormenta desafiando naufragios.

Salíamos de nuestras casas con el morral al hombro, prestos a la aventura. Ya en el bus, camino del Parque Piedras Blancas por la carretera de Santa Elena, en el oriente antioqueño, donde se emplazaba El Temprano, adonde iban los muchachos de *Rodrigo “D” no futuro* a fumar marihuana, uno de los jefes, que era a la vez el profesor de Inglés del colegio, comenzaba a cantar *Yesterday*, entonces todos nos sumábamos, con nostalgia. Cuando se le agotaba el repertorio, cuando el bus ya iba repechando la cordillera amenazante, lejos de la civilización, ponía por tema el sexo. Que si nos gustaban mucho las mujeres, que si nunca nos habíamos fijado en un compañerito, en fin, cosas de esas a las que nunca les prestamos demasiada atención, florecita, pues nuestros ojos seguían con estupor el filo de la montaña que bordeaba la carretera hasta el fondo del barranco donde se alzaba, magnífica, Medellín; y por donde fácilmente podía rodar el bus en cualquier descuido. Al llegar se nos asignaba con rapidez el lugar donde debíamos levantar el campamento y una vez armada la carpa, podíamos comer el fiambre que traíamos de la casa. Era mi momento límite: si conseguía sobreponerme a la nostalgia del hogar lejano que salía del morral en los olores de la comida que había preparado mi madre y en las cosas que había empacado mi padre con tanto cuidado, estaba del otro lado: al frente del Pequod, ordenando al contraamaestre tomar el curso del norte, hacia el mar del Japón, donde seguramente se estaba escondiendo de mí el demonio. Sacaba la comida y reparaba morosamente en cada coquita porque todas las había tocado mi madre: mi madre en El Temprano, en las montañas del oriente antioqueño y mi madre en Nueva York, en la cosmetiquera que me regaló para que guardara el desodorante y la cuchilla de afeitar y todo lo demás. Las servilletas engrasadas y el papel de aluminio: no tiraba nada que hubiera tocado mi madre, no hasta volverla a ver. Todo lo guardaba muy bien en el morral que me servía de almohada para conjurar el miedo bajo las noches de lluvia que se

precipitaban sobre el techo de la carpa donde escuchábamos insaciablemente historias de terror, que el *scout* sin cabeza, que el bulto viviente, que la sirena: una muchacha que se había ahogado y que por las noches resplandecía sobre una roca junto al río. Todas esas cosas nos aterrorizaban, pero nunca pensamos en las FARC o el ELN o los paramilitares, era como si Colombia no existiera bajo nuestra carpa. Hasta que un día, acampando al borde de la represa de la Fe, escuchamos una balacera tan cerca que nos resignamos llorando a morir. ¿El ejército?, ¿las FARC?, ¿el ELN?, ¿los paramilitares? Cómo saberlo, si todo era lo mismo. La masacre de Don Diego, en la entrada a La Ceja, a menos de trescientos metros de los bosques donde acampábamos: quince muertos a tiros de fusil. Otros muertos. Siempre han sido otros: los demás. Volvíamos a acampar, con terquedad, como las cabras, tirando a la montaña. Una noche de campamento, cuando estaba todo el grupo *scout* reunido en El Temprano, andaba yo afilando mi navaja, me mandaron a llamar de la carpa de Ardillas, la patrulla de mujeres.

–¿Es verdad que a usted le gusta X?

–Sí, me gusta X.

A continuación, todas se rieron y llamaron a X que, no sin alguna reticencia, acudió a la entrada del campamento, nerviosa. Entonces, el beso, nada más.

Mi primera vez, capullito de alelí, sucedió una noche de mayo en que había salido de permiso para ir con Ana María, la reina, a una fiesta. A las once la llevé a la casa de su abuela y nos dimos un beso apasionado como signo de la fortaleza de un amor que se mostraba más fuerte que la guerra. Pero me dio por regresar a la fiesta y fue cuando Laura me vio solo y desprotegido. Terminó la fiesta y mi amigo me invitó a seguir bebiendo en su casa: juventud desenfrenada. Tomamos los tres el mismo taxi, pero una vez llegamos, mi amigo se quedó dormido y me dejó a merced de su hermana, que no vaciló en darme el zarpazo.

- ¿Cuánto llevas en el ejército?
-Como cinco meses apenas, todavía me falta mucho para salir.
-Bueno, no mucho tampoco, sales en noviembre, ¿no?
-Sí, en noviembre.
-¿Y cuánto llevas de novio con Ana María?
-Ummm, desde julio del año pasado, no sé, como diez meses.
-Ah, no llevan nada. ¿Y este tiempo en el ejército no los ha alejado?
-No, Ana María siempre está muy pendiente de mí. En diciembre, que no podía salir de permiso, me visitaba todos los fines de semana y me llevaba chocolates.
-Qué tierna... ¿Y cómo les va en la cama?
-Nunca lo hemos hecho.
-¡¿No?! Pero cómo así, ¿no es muy difícil ser virgen?
-Pues normal de difícil: supongo que después de la primera vez debe de ser más difícil.
-Obvio, qué cosas dices. ¿Y ella también es virgen?
-Sí. Bueno, no sé, pero me imagino que sí.
-¿Recuerdas cuando íbamos de campamento?
-Sí, claro, acampar es lo mejor del mundo.
-Siempre me has gustado mucho, ¿sabías?
-¡¿En serio?!
-Claro que sí, ¿me das un beso?
-No puedo... Laura, me gustaría, pero no puedo...
-Oye, pero si tú estás necesitando urgentemente una mujer.
-Y se quitó la blusa para dejar salir los senos inflados y ciegos con pezones de hombre.
-¿Los quieres tocar?
-No, por favor...
-No te preocupes, que yo te enseño.

Y me dejé enseñar, pero se me fue la mano porque estuve dándole toda la noche, sumamente preocupado por no ir a quedar

mal, dado que era mayor que yo y muy entendida en el tema. Hasta que se quejó y me dijo que paráramos porque le estaba haciendo daño. Entonces la desmonté, me vestí y salí para mi casa.

Fue así como perdí todo discernimiento y en lugar de aguantarme hasta consumir el amor con Ana María, la reina, me dejé arrastrar a la infidelidad por la hermana de mi amigo. Y no bien lo hice, corrí a contar el pecado: cómo no, claro que sí, no iba a soportar yo solo la traición. Pero cometí el error de contárselo a Ana María, la reina, y no a mi confesor, el curita del batallón, que casi termina colgado del campanario por obra y gracia de mi pelotón, pues había estado excediéndose en muestras de cariño con los soldados. Total, que cuando Ana María escuchó la historia, me terminó. Entonces se desató una reacción en cadena imposible de revertir: del goce transgresor pasé sin demora a la culpa, que me dejó para siempre con la urgencia del castigo.

Le rogué cuatro meses a Ana María, la reina, para que volviera conmigo, hasta que aceptó luego de mi exposición final, donde sostuve que si pensábamos las cosas con cabeza fría, la víctima de toda esta situación no era nadie más que yo, pues mientras ella conservaba intacta su virginidad, todavía en el paraíso de la inocencia, yo había descubierto ya mi desnudez y me sentía avergonzado. Por esos días terminó el servicio militar y todo estaba listo para empezar a estudiar Ingeniería Mecánica. Así que, en resumen, tenía la vida resuelta a los dieciocho años, *coração*. Tú que estudias para psicóloga organizacional, dime si no: iba a ser ingeniero y además tenía por novia una reina de belleza para asegurar la calidad genética de la descendencia. Pero no, como Edipo, me di con terquedad a la búsqueda de lo que no se me había perdido, porque lo mejor hubiera sido dejar atrás esa noche de mayo en que me acosté con una mujer la primera vez y empezar de nuevo con Ana María, la reina, como si nada, como habíamos acordado. El hombre es un animal de voluntad circular y termina por volver

siempre a los mismos lugares, el eterno retorno de lo igual. Desde entonces recurro a la repetición sistemática porque no quiero olvidar que la obstinación me dejó sin nada, en la calle, como a Edipo: si el pasado no perdona, hoy cúrate llorando.

–Solo quiero que me digas con quién fue esta vez.

–Ana María, mi amor, perdóname, olvidemos todo esto, en serio, no podría vivir sin ti.

–Solo quiero que me digas con quién fue esta vez, por favor.

–¿Pero para qué?; da lo mismo, una mujer cualquiera, perdóname, no tiene importancia, yo te amo a ti, fue solo una noche más.

–Fue con ella otra vez, ¿cierto?!

–...

–¡Respóndeme!, respóndeme, por favor, respóndeme... No me hagas esto...

–...

–No puedo creerlo, no puedo creer que te hayas acostado con ella otra vez, en serio no lo puedo creer.

–Perdóname, perdóname, por favor, no me vayas a dejar porque me muero, Ana María, no me vayas a dejar porque me muero.

–Eres lo peor que me ha pasado en la vida.

Este nuevo infortunio coincidió con los exámenes finales del primer semestre de ingeniería, y como yo me había entregado al whisky porque esta vez Ana María, la reina, se fue para siempre, no tuve tiempo de estudiar. Solo necesitaba un dos en el final de Geometría Euclidiana para pasar al segundo semestre, pero cuando llegó la hora de resolverlo, los avatares de la resaca y el desamor me llevaron por los caminos intrincados del delirio y regresé a una fantasía de niñez que había cesado en el ejército y que comenzaba siempre volviendo a la casa en el bus escolar una tarde de cielo cerrado. Al llegar, solo encontraría un lote baldío. Ante la sorpresa, pero conservando la calma, tocaría a la puerta

de mis vecinos para preguntar qué había sucedido. Al verme, me preguntarían qué quería, como si fuera un desconocido. “Hoy no hay limosna”, me dirían, y a continuación cerrarían de un portazo. Correría hasta la casa de mis tíos, en un edificio cercano. Al tocar el timbre, saldría mi tía al balcón.

–¿Quién es?

–Hola, tía, soy yo.

–Hoy no hay limosna, venga otro día.

–¡Tía! Soy yo, vengo a preguntar qué pasó con mi casa.

–No, hoy no hay.

Atravesaría la ciudad hasta llegar a la casa de mi abuela, tocaría la puerta y saldría un desconocido.

–Buenas tardes –le preguntaría–. ¿Está doña Rosario?

–No, joven, aquí no vive ninguna Rosario. Pero si quiere le puedo dar algo de comer, parece que tiene hambre.

–No, gracias, hasta luego.

Daría media vuelta y saldría de nuevo a la calle, sin saber muy bien qué dirección tomar.

En ese momento regresé al final de Geometría para entender que la fantasía estaba consumada: sin casa, cualquier dirección daba lo mismo.

Vanessa Jaramillo

ME BAJÉ DEL TREN EN LA SETENTA Y DOS, CAMINÉ POR el Lincoln Center y la Ópera para llegar a Columbus Circle: hacia el occidente, el Hudson; en la otra orilla, Jersey; tomé la Octava Avenida camino del sur. Estaba ganoso de vanidad, y para vanidades, una calle cualquiera en Nueva York.

En un semáforo una muchacha me miró. En estos casos acostumbro sostener la mirada por un par de segundos, como quien reconoce a alguien, y, enseguida, miro al piso o a otra parte simulando timidez. Esta táctica solía funcionar muy bien en Medellín, así que fue eso lo que hice y, a continuación, el paso siguiente: volver a mirar para pasar de un contacto accidental a una relación visual que podía claramente derivar en sexual. La muchacha giró en la Cincuenta y Dos hacia Broadway y yo, como si no fuera conmigo la cosa, giré hacia Broadway en la Cincuenta y Dos. Me adelanté un poco para que no sintiera que la estaba siguiendo y, sobre todo, para que me viera. Luego esperé en una vitrina hasta

que cruzara de largo, pero no: la muchacha se detuvo en la misma vitrina, a mi lado. Entonces invoqué la fortaleza necesaria para permanecer indiferente y no ceder a esa provocación. Quise reanudar la marcha, hacerme el desentendido y ella, como si me estuviera siguiendo, arrancó justo detrás de mí. Rompiendo mis propias reglas, volteé y ahí venía, mirándome. Bajé por la Sexta Avenida hacia Bryant Park y ella me siguió, pero en la Cuarenta y Seis giró hacia la Quinta Avenida. Ese cambio de ruta me desconcentró, entonces giré yo también y vi que volteó a mirarme; creí que todo estaba bajo control y decidí acercarme más. A la mitad de la cuadra cambió de andén y yo crucé la calle, siguiéndola. Al otro lado volteó y me encaró.

–*Hey, what’s wrong with you?!*

Me detuve, me acomodé los audífonos, puse cara de desentendido y crucé por su lado con gesto de disgusto y dignidad.

Aunque no siempre se puede ser así de digno, *babyface*. Imagínate que una vez un marica me tocó el culo y no fui capaz de responder. Sucedió en el parque de El Poblado. Yo estaba muy tranquilo, parado como si nada, con una cerveza en la mano, en el lugar de siempre. Sentí que me manosearon y, entusiasmado, volteé pensando que era una muchacha, pero no, había sido un hombre. ¿Y si en lugar de mí hubiera dado con un narco-camioneto que sin vacilar le descargara el proveedor de su nueve? Al otro día saldría en las noticias que un homosexual había sido asesinado en pleno parque de El Poblado por intolerancia: violencia de género. Pero yo no fui capaz de hacer nada, ni siquiera le reclamé. Ya me había sucedido antes algo similar: una compañera de la universidad empezó a decir, sin razón aparente, que yo era marica. Cuando me enteré, no me importó, sobre todo porque me lo contó Mónica, la médica, en Penthouse, queriendo saber si era verdad el chisme, después de que me la acababa de comer. Le dije que sí, por tonta.

No creas que es fácil esto de la diversidad sexual: Medellín apenas se está dando cuenta de que existen los maricas; no como aquí en Nueva York, una ciudad tan progresista, que aprende uno a reconocer la belleza de otro hombre sin la menor consternación, pues el lado femenino se ha liberado, de lo que se sigue, como consecuencia natural, el estupor y la envidia que despiertan bellezas tipo Brad Pitt, que andan por la calle desparpajados, con la certeza de ser objetivamente bellos. Afortunadamente todo esto de los maricas llega cuando ya estoy viejo; de joven a lo mejor me hubiera dado por experimentar, pues de joven uno pierde un diente y cree que le va a crecer otra vez. Uno de joven no sabe que es joven. Cada tanto me pregunto qué habría sido de Vanessa Jaramillo y yo si nos hubiéramos conocido después de que pasara la adolescencia. Preguntas tontas que hago al aire de vez en cuando, creyendo que una voz desde el más allá me va a responder.

Vanessa Jaramillo nació en Medellín en 1982 en una familia de latifundistas antioqueños cuyo dominio sobrepasaba los llanos de Cuivá y la laguna de Ayapel para extenderse hasta las tierras remotas de Mompo. No querían un filósofo en la familia, pero no les quedó más remedio que aceptarme, pues a Vanessa le importó cinco que yo fuera estudiante de Filosofía. A decir verdad, le atrajo: la vida se dice múltiplemente y la evolución de las especies es inescrutable, incluso bajo la cerrazón de la montaña: Medellín, medio ambiente ideal de modelos y empresarios. Nos vinimos a enamorar una noche en el mar de Coveñas. El mar azul y verde, profundo e insondable: un lugar común para quienes nos hemos bañado en sus aguas, pero no para ti, que apenas si lo has visto en televisión.

Hay en la Costa Caribe de Colombia un golfo que se llama de Morrosquillo, en cuyo litoral está asentada la población de Coveñas. El viajero sale de la ciudad con rumbo del norte siguiendo el río por entre las laderas donde están emplazados los barrios populares que se van desperdigando en una llanura apacible que

comprende los pueblos de Copacabana y Girardota, entonces una curva se empina hacia lo alto de la montaña para dejar atrás el casco urbano. Y si el que viaja partió con la aurora, verá el sol aparecer sobre el filo de la cordillera cuando haya alcanzado el pueblo de Santa Rosa de Osos, a dos mil seiscientos metros de altitud. A continuación, viene el descenso a la tierra caliente después de varias horas en declive por entre valles de niebla y abismos inesperados. De pronto, resplandece el río Cauca por uno de los costados de la carretera y los pulmones se estrechan bajo el sopor de la vegetación que se eriza vertiginosa. Luego es la sabana terregosa y seca de aire salobre donde está el pueblo de Caucasia. Una vez se retoma el camino del mar por la carretera áspera, brotan en el asfalto lejano iguanas y espejismos y solo entonces el viajero puede mirar atrás y comprobar que acaba de descender la cordillera de los Andes, que se impone al cielo azulado. Enseguida aparece el pueblo de Planeta Rica, luego Montería, Cereté, San Pelayo, Lorica y San Antero, para después llegar, por una vía que corre paralela a la playa, a plena tarde, al poblado de Coveñas. El viaje se puede calcular en nueve horas, pero podría tardarse más, podría incluso suceder que el viajero no llegue nunca a su destino porque en el camino lo detuvo un retén para desaparecerlo.

Solo conseguimos llegar al mar luego de veinte horas de viaje porque nos fuimos en uno de los camiones que llevan ganado a Medellín y regresan vacíos a la Costa, o no vacíos, pues los camioneros cobran algún porcentaje por llevar pasajeros en la carrocería. Viajar en camión a la Costa era de uso más o menos común en esa época entre jóvenes que se reunían en el matadero de reses al norte de Medellín para negociar con los dueños de los camiones el monto del pasaje. Fue una aventura promisoría cuyo encanto se empezó a agotar en las primeras cuatro horas de viaje, no solo por la incomodidad de los barrotos y el suelo sucio, sino también por la cuadrilla de *hippies* escandalosos que había

decidido recorrer los caminos de Colombia vendiendo varitas de incienso y pulseritas de la protección estelar. Cuando le expliqué a la madre de Vanessa los pormenores del trayecto, los riesgos a que estaríamos expuestos y las razones que nos llevaban a acometer tan singular aventura, su cara se desfiguró en un gesto de desprecio y curiosidad, pues su familia estaba acostumbrada a viajar en avión y alojarse en hoteles de cinco estrellas y no en cabañas destartaladas con escasez de agua potable. Vanessa, por el contrario, se mostró muy interesada en la empresa, dada la novedad que suponía para ella viajar en esas condiciones. El recorrido comenzó apaciblemente y todos nos mostramos entusiasmados, pero una vez los vagos sacaron sus guitarras y flautas para cantar canciones anacrónicas, supe que nos esperaba el infierno. Vanessa no solo aguantó el trayecto con buen talante, sino que se sumó al concierto. Yo, en cambio, que conocía mejor ese perfil porque tipos así abundan en la universidad, supe enseguida que lo mejor era ser cortante y establecer claramente la distancia para evitar que en un exceso de confianza se les ocurriera quedarse con nosotros en Coveñas: comiendo de nuestro mercado, bebiendo de nuestra bebida y durmiendo en nuestra cabaña en virtud de la alineación de los astros. La cabaña estaba en las cercanías de una marisma putrefacta que liberaba enjambres de mosquitos rabiosos que nos obligaban a dormir bajo las sábanas en las noches que eran un fuego. Y si eran noches de marea alta, había que madrugar a extender la ropa empapada de agua de mar y los zapatos mojados. Eran, pues, suficientes estas adversidades para sumarles la plaga de vagos, así que no bien llegamos, me despedí de ellos con la esperanza de no verlos nunca más, arrastrando a Vanessa, que se mostraba lenguaraz y sonriente.

—Cuénteme pues, joven, ¿cómo es el plan? Entiendo que se van en un camión de ganado hasta Coveñas, ¿no?

–Sí, señora, esa es la idea. La ventaja es que el pasaje nos sale muy barato y además podemos ver el paisaje y respirar el aire puro de la carretera. Y no viajamos solos, por supuesto, otros amigos vienen también.

–No me tiene que llamar señora, me llamo María Cecilia. Me parece muy bonito lo de la naturaleza y todo eso, ¿pero por qué no se van en avión?

–Porque el pasaje es mucho más caro en avión.

–Claro, joven, pero es la vida de mi hija: van a correr un riesgo muy grande.

–En este país, María Cecilia, es peligroso sacar plata de un cajero en un centro comercial. Si nos ponemos pesimistas, entonces sería mejor no salir de la casa.

–No tiene que ponerse ingenioso: usted sabe de qué le estoy hablando.

–Es que no sé qué decirle, la verdad.

Era comprensible que opusiera alguna resistencia, niña coqueta, al fin y al cabo Vanessa iba a estar en un grave riesgo, pues en las carreteras de Colombia se ha venido acumulando desde los tiempos del Nuevo Reino de Granada una inquietud espesa que por la noche se cierra sobre las montañas y oscurece los caminos: las luces del carro no pueden desocultar lo que la siguiente curva engañosa esconde, entonces salta de cualquier rincón la muerte bajo la especie de un colombiano y hay que detenerse. El que viste camuflado hace bajar a los ocupantes, los obliga a ponerse contra la carrocería y se da a una requisa minuciosa: los bolsillos de la chaqueta, de la camisa, del pantalón, las medias, los zapatos, los pies, las piernas, la ropa interior, los senos, la vagina, los testículos, el ano. Todo lo requisa el que viste camuflado: solo cumple órdenes. Los pasajeros bajan sin protestar a la oscuridad del bosque, donde los esperan más subordinados en camuflado.

–Voy a consultarlo con Carlos a ver qué dice. Yo sola no puedo tomar esta decisión porque se trata de un viaje muy peligroso, joven, la situación del país no está para chistes.

Tu padre, dulcísima niña: ausente; el padre de Yeraldín: ausente; el padre de Juliana López de Mesa: exiliado; el padre de Ana María, la reina: muerto por enfermedad; el de Lorena Mantilla: encarcelado; el de Gabriela: muerto por suicidio; y el padre de Vanessa: divorciado de su madre.

Mi psiquiatra dice que esa manía que tengo de meterme con mujeres cuyo padre no está se llama síndrome del padre fallido. Consiste en una incapacidad de relacionarme con los demás como no sea mediante el ejercicio del poder. Es como ser un padre, pero sin hijos, es que no quiero ser padre porque será muy difícil ser mejor que mi propio padre: qué me importa a mí la sobrepoblación mundial o la lluvia ácida; la tala de árboles en el Darién o el derramamiento de crudo que ocasionó la British Petroleum en el golfo de México; el calentamiento global o los balleneros japoneses; Chernóbil o la hambruna de Etiopía; la extinción del armadillo gigante o del jaguar; la erosión de las montañas de Antioquia o los desaparecidos bajo aludes de tierra y lodo; el desbordamiento del río Mississippi o el rompimiento del canal del Dique; las pruebas nucleares de Francia en el atolón de Mururoa o la minería a cielo abierto en Chile; la acumulación de fosfoyesos en Huelva o las treinta mil toneladas diarias de basura que produce Nueva York; qué me importan a mí todas esas tragedias si todavía tengo a mi padre.

Llegamos a la cabaña y no había luz ni agua potable, pero estábamos cerca del mar y podíamos escucharlo tan claramente que no nos importó. Entramos a la cocina por la puerta de atrás, que daba a la carretera, entonces Vane se animó a servir ron con Coca-Cola.

–A mí, solo con hielo.

–Buenas noches, caballero; buenas noches, señorita –dijo un hombre vestido de camuflado, en la oscuridad de la puerta. Vanessa regó el ron y yo quedé paralizado.

–Permítanme identificarme: soy el comandante Acevedo, de las Autodefensas Unidas de Colombia. Mis hombres y yo estamos a cargo de este sector. Quiero que sepan que pueden estar tranquilos porque nadie los va a molestar. Tenemos el lugar cubierto para que ustedes disfruten su descanso. Eso sí, caballero, le voy a pedir la cuota de seguridad, que por tratarse de Coveñas es de cincuenta mil pesos por cabaña.

En Colombia no hay Estado, pero su ausencia promueve la creatividad, de modo que los ciudadanos nos vemos en la necesidad de inventarlo para que no nos devore el crimen, para que no se devore lo poco que queda. El pueblo de Colombia, en ejercicio de su desespero y anonimato, tiene que invocar la protección de Dios y suplicar por la vida porque el Estado, en lugar de mantener la integridad territorial, la disloca; en vez de asegurar la convivencia pacífica, instiga el conflicto; y antes de garantizar la vigencia de un orden justo, promueve la desigualdad. Responsables son la Corte Constitucional y la Corte Suprema de Justicia; el Consejo de Estado, los treinta tribunales superiores de los treinta distritos judiciales; el Consejo Nacional de la Judicatura y los treinta consejos seccionales de la judicatura que agrupan ochocientos magistrados que administran cincuenta mil palabras que reunidas en trece títulos, trescientos ochenta artículos y cincuenta y nueve disposiciones transitorias componen la Constitución Política de Colombia. Ni la Ética de Spinoza con sus definiciones y axiomas y proposiciones y demostraciones y escolios y apéndices y corolarios es tan complicada e inútil. Te lo digo yo, que estuve dedicado a su estudio por más de cuatro años. Hordas de abogados hambrientos de justicia se están devorando al país desde el siglo XIX.

Con la misma frialdad que tú me das, que me hace de ansiedad enloquecer; de la misma manera que me haces penar, agua del cántaro, así mismo, cuando regrese a Medellín, sé que me llamarás. Porque a estas alturas estarás cansada ya de tu nuevo noviecito, que ha de ser rústico como la obsidiana. ¡Di la verdad!, me extrañas porque ese *homo ergaster* nada te puede enseñar, ¡y con todo lo que tienes que aprender! Para empezar, debes aprender que no basta con la cara y el cuerpo que tienes, y no porque vayas a envejecer y morir, como todos, o porque yo crea que la belleza interior es muy importante, qué belleza interior ni qué niño muerto. Sino porque pareciera que solo puedes abrir la boca para decir estupideces. Es que no solo de belleza vive el hombre, ve sabiéndolo; hasta la belleza, cuando es solo belleza, cansa. La mujer, de entrada, ni siquiera se alimenta de la belleza del hombre. No diré que me escogiste por feo, claro que no lo diré: ¿feo?, tu novio de ahora. Lo que pasa es que tras observar y comparar infinitud de parejas que conozco, he llegado a la conclusión de que es más fácil para una mujer estar comprometida con un hombre gordo y feo que para un hombre estar comprometido con una mujer gorda y fea, sobre todo en Medellín, donde las mujeres, luego de hacer balance, no tienen problema en comprometerse con hombres gordos y feos si su capacidad adquisitiva puede complacerlas. Y como sé perfectamente que mi capacidad adquisitiva nunca conseguirá suplir las deficiencias mentales de ciertas mujeres, practico la dieta del poco comer y del mucho beber para mantenerme en forma y olvidar mi ruina. En suma, para sentirme feliz y valiente.

Por eso es explicable que Vanessa Jaramillo se hubiera enamorado de mí, pues no era dinero lo que buscaba en los hombres. No sé si el hecho de que fuera millonaria de nacimiento le daba esa libertad. Por supuesto, sí que le daba una espontaneidad de la que carece hasta la clase media. O de la que carezco solo yo. En todo caso podía desenvolverse con total naturalidad en cualquier ámbito, en cualquier lugar y ante cualquier cubertería; no como

tú, que siempre que sales de un supermercado temes que la alarma de la puerta vaya a sonar a pesar de que no has robado nada. Vanessa, en cambio, una vez me hizo entrar hasta el probador de una tienda de ropa para que viera cómo le quedaba un sostén deportivo, así, como si nada. Pero, ante todo, tenía un genuino optimismo ante el futuro que lograba remover del panorama esa desconfianza colonial en que nos dejó Europa, la Loca, tras cuatro siglos de humillación y sometimiento, pues la verdadera masacre de los conquistadores operó en el alma del Nuevo Mundo, enajenándola, vaciándola de todo contenido para dejar tan solo la humillación y el miedo: un alma humillada y llena de miedo que con el tiempo ha ido superando su miseria a codazos, como bien lo demuestran los arquetipos de la madre y el sicario. La madre del sicario vive resignada a su destino de pobre; a diario repite para sí y para los demás lo pobre que es, a diario se queja. Cuando su hijo le lleva una nevera nueva, ella se queja diciendo que para qué ese aparato tan grande que ni siquiera cabe en la casa. Entonces el sicario, que quiere dejar de ser pobre, que representa la burguesía pirotécnica de Medellín, sale en su moto a trabajar, a matar: de a uno va matando a todo el que se le atraviesa porque quiere ahorrar para comprarle una casa más grande a su madre, una casa donde quepa la nevera. Cuando consigue la casa, su madre se vuelve a quejar, dice que es una casa demasiado grande para ellos dos. Entonces el sicario busca una novia y la embaraza para que su madre tenga una nuera y un nieto y no se sienta tan sola en la casa nueva. Cuando nace el niño, se van a vivir todos a la casa nueva, que ahora está amoblada y llena de lujos. Pero la madre del sicario, apenas se encuentra entre tantas cosas de las que siempre careció, se siente pequeña, miserable. Y se queja otra vez, dice que ella estaba bien en la otra casa con su camita, su mesita y sus cositas, que no necesita tanto lujo para vivir. Entonces el sicario regresa con su hijo y su novia a la casa de su madre porque no es

capaz de abandonarla; todos se van a vivir juntos a la única habitación de la casa. Pero una noche cálida, de aire ligero, ocurre que matan al sicario. Y su madre, el alma humillada de su madre que carga con muertos centenarios, muere de dolor ante la pérdida de su hijo. Así vienen a quedar la novia del sicario y el hijo del sicario solos en la casa, al arbitrio de la montaña que andando el tiempo convertirá en sicario al niño, que querrá comprarle una nevera a su madre, *et cætera*.

Pero no quiero aburrirte con historias de sicarios, amapola, que también a mí me tienen cansado ya. Qué me importan a mí los sicarios si la vida me regaló a Vanessa Jaramillo, maestra vida: te da y te quita, te quita y te da, pues contaba yo apenas con veintidós años cuando la conocí. Era entonces un *homo neanderthalensis*: homínido irreverente de piernas cortas que por las mañanas se siente dueño de sí, pero al atardecer está enfermo de melancolía. No supe apreciar su valor y la dejé ir como si nada hubiera pasado. Todavía mi madre me lo reclama, “¿dónde está mi nuera?”, me dice, no sin alguna ironía, pues sigo pegado de su falda: no he podido soltarla, no ha operado la transición. Y no es que yo sea una repetición de Edipo, pues tal complejo no es más que otro engaño que se inventó Europa, la Loca, para desperdigar por el mundo sus enfermedades, para occidentalizar al resto del planeta y perpetuar su ruindad. Edipo sufría de curiosidad, de nada más, una dolencia bastante común. ¿Cómo iba a saber Einstein, por ejemplo, que su curiosidad tendría las consecuencias que tuvo en Hiroshima y Nagasaki? Occidente de un golpe así no es capaz de recuperarse, o ya veremos, pues al paso que van las cosas, solo es cuestión de tiempo para que Corea del Norte deje caer un par de cápsulas en Berlín, Londres o París, o aquí mismo, en Nueva York, no vayamos tan lejos, y así, como Ricaurte en San Mateo, saldríamos todos en átomos volando. Entonces cierra el consultorio, jovencita, pues conmigo te puedes ahorrar los diagnósticos; ve

a buscar Edipos y Electras a otra parte, que yo ya estoy muy viejo para cuentos chinos.

Europa, la Loca, cambió las masacres que llevaron a cabo los conquistadores del siglo XVI en las costas del mar Caribe por los diagnósticos psiquiátricos, las falsas enfermedades del siglo XX y el Fondo Monetario Internacional; curioso trueque, máxime cuando basta abrir cualquier libro de historia para aprender que lo peor que nos dejó la Conquista no fue la lepra ni la fiebre tifoidea ni la difteria ni el sarampión ni la varicela, sino la pobreza moral: abstracción que usamos los filósofos para decir lo que gente ordinaria como tú, milonguita, llama maldad, codicia, deslealtad, crueldad, etc. España llegó primero, pero detrás los otros a ver qué podían robar, a quién podían violar, a quién había que matar. El cartel de Londres, por ejemplo, en cabeza de Elizabeth Tudor, *alias The Virgin Queen* o Elizabeth I, auxilió, financió, esperó y finalmente hizo caballero de la corte a Francis Drake tras sus aventuras y divertimentos en el Nuevo Mundo, que le sirvieron de inspiración a las Autodefensas Unidas de Colombia para ejecutar la masacre de El Salado en Los Montes de María entre el dieciséis y el diecinueve de febrero del año 2000; te lo digo y te lo repito, palomita, porque no quiero que se te olvide. Sir Francis Drake encontraba gran placer en crucificar, decapitar, descuartizar y quemar vivos a los locales de las poblaciones donde la mala fortuna llevaba sus naves. Haití, Costa Rica, Cuba, Panamá, Colombia, en todas partes estuvo Francis Drake matando y torturando, solo le faltó El Salado, en Los Montes de María, a tres horas de Coveñas y sus playas; en esas playas estaba yo con Vanessa Jaramillo una noche, cuando de la nada salió el comandante Acevedo.

Portaba un Galil; lo supe porque era el tipo de fusil que nos hubiera gustado tener de dotación en el ejército en lugar del G3, que pesaba como una traición. Llevaba camuflado a la manera militar, salvo por la camisilla, que era blanca y no verde, como se

acostumbra. Quise distinguir el arma a la que pertenecía, pero no tenía charreteras, tampoco tenía el parche con el apellido sobre el bolsillo derecho de la guerrera. Vi también que llevaba brazaletes negros con letras blancas. Cuando le pagamos, nos agradeció y me estrechó la mano. De la oscuridad llegó una camioneta y lo recogió. La cabaña quedó en silencio por un rato hasta que Vanessa se animó a poner otra vez la música y me dijo que la abrazara.

–¿Quién era ese tipo?

–Un paramilitar, Vane.

“¿Adónde van los desaparecidos?”, pregunta mi niña triste apretando por dentro. Cesó la horrible noche: busca en el agua y en los matorrales.

Todavía hoy, de vez en cuando, me doy al ocio de pensar que Vanessa se quedó conmigo tanto tiempo por llevarle la contraria a su familia. Notable esfuerzo, me digo, porque además de su familia, tuvo que sobreponerse a la habilidad que tengo para echar a perder las relaciones que se están alargando demasiado: más de tres meses. Me puedo ingeniar cualquier pretexto para la ruptura: un mensaje de texto, la foto de un antiguo novio, un viaje inesperado, una amenaza, en fin, que puedo recurrir a toda índole de razones para estropear incluso las relaciones más felices.

En Coveñas pasábamos las horas caminando por la playa, tomando cerveza, comiendo espaguetis con atún y salsa de tomate, durmiendo en el sopor de las noches sin aire acondicionado y bajo las sábanas para evitar el ataque de los mosquitos. Nueve días con sus noches en que Vanessa no protestó ni reclamó ni se quejó. Por el contrario, se mostraba complacida ante los goces más elementales, como cuando nos dio por arreglar el tanque que estaba en el techo de la cabaña y terminamos sumergidos en el agua de lluvia retoñada de líquenes: sumergidos en el tanque sobre el techo de la cabaña dominando las ciénagas putrefactas y el rumor de la espuma del mar. Nos quedamos horas, esperando la caída de la tarde,

fumando y bebiendo aguardiente en un silencio claro, ligero. Al principio estuve atento por si se le ocurría algo; torpemente me apresuraba a alargarle la botella o los cigarrillos, “no te muevas, tranquilo que yo los alcanzo”. Entonces cerré los ojos para escuchar mejor los ruidos del manglar. Cuando me estaba quedando dormido, cuando ya la boca se me estaba secando en un sueño confuso, se me acercó y me dijo que era hora de salir porque se le había arrugado la piel.

–No te vayas a quedar dormido tan rápido, ¿por qué no vamos al pueblo?

Tolú: un pueblo bullicioso y feo, como todos los pueblos de la Costa; con el agravante de que está lleno de gente de Medellín, que llega en buses de Itagüí y arma sancochos sobre la playa y roe los huesos de la vaca hervida ante el público que cruza indiferente por su lado. Gente como tú, bella flor del campo, que cuando se cansa de estar en las playas de Coveñas, no tiene una mejor idea que ir a las discotecas del pueblo, antros malolientes que están sobre el malecón que huele todavía peor por el vaho de la resaca y su espuma amarillenta. Gran diversidad de excentricidades puede observar el curioso de la conducta humana en Coveñas y Tolú, y por eso no me canso de ir, además me siento como en casa, pese a todo. Mucho más cómodo, incluso, que en Cartagena o el Parque Tayrona, al pie de la Sierra Nevada de Santa Marta, famoso porque todavía allí se conservan comunidades precolombinas intactas que cobran por las fotos que les toman los turistas porque les hace falta el dinero, porque les resultó imposible resistir a la presión de la economía de mercado que trajo Europa, la Loca, y que irrumpió violentamente en la economía de intercambio indígena y los volvió miserables y mendigos.

Ya te llegará también a ti el turno de escuchar cuentos indigenistas, todavía estás muy joven: apenas entraste a la universidad, apenas estás saliendo de esa comuna en que has vivido toda la

vida; nada más espera al siguiente semestre para que tus compañeros empiecen a programar peregrinaciones a centros de energía y cosas por el estilo. Eso sí, te advierto, lo único que buscan es acostarse contigo, y dado que carecen de recursos más nobles, como ser profesor, porque nunca terminaron ninguna carrera, no se les ocurre más que llevarte a tomar yagé donde un taita, que es como llaman a los embaucadores que se aprovechan de sus pacientes: en plena ceremonia, en la confusión del trastorno que produce la medicina, sacan el tótem que crece mágicamente en cuanto lo frotan. Y si te lo digo es porque yo mismo, hombre ilustrado, terminé enredado en uno de esos grupos que se reúnen alrededor de un elegido que dice servir por el placer de servir a quien necesite ayuda con la condición de que la pida. Mi guía se llamaba Armando, un hombre fracasado que nunca terminó el pregrado en Psicología por andar bebiendo; bebía desde por la mañana hasta que anochece y un día llegó a la casa tan borracho que no supo lo que hizo. A la mañana siguiente estaba acostado en la cama de su madre y ella yacía golpeada, viva pero muy golpeada, a su lado. Su padre se había ido de la casa cuando él era niño: un romance de secretaria o algo así. Armando no le preguntó nada a su madre; desde esa mañana se prometió no volver a beber, y contando esta historia en la primera sesión del tratamiento ancestral es como persuade a los asistentes, que de inmediato sienten una mezcla de temor y compasión, la vieja fórmula de Aristóteles: producir en el público temor y compasión para que la tragedia funcione. Y si caí yo, que prácticamente soy griego de formación, un occidental canónico, cómo no iría a caer el resto de la asistencia, que apenas si leía de corrido. De esta manera empezaba una larga y costosa terapia de vómitos y diarreas que servían para desintoxicar el cuerpo; solo después de esa primera fase venía la introspección y era precisamente allí donde el guía orientaba al paciente a través del laberinto de sus culpas y temores: en algún pasillo olvidado

aguardaba el Minotauro ansioso por formular la pregunta rectora del tratamiento, la pregunta que cada paciente le había entregado a Armando en la primera sesión. Porque eso sí: todos debíamos llevar una pregunta enunciada bajo la especie de una hipótesis, ¿acaso íbamos a jugar a los indios y los vaqueros? Yo asistí a la terapia y llevé a mi novia. Armando, silenciosamente, la recibió como una ofrenda. Fue otra de las tantas novias que tuve: Doris, vamos a decir que se llamaba. Y un día Doris me salió con que, bajo el efecto del yagé, un barranquero se le acercó al oído para revelarle que debíamos terminar.

–Pero, Doris, si los pájaros no pueden hablar.

Esta respuesta no tendría nada de raro a los oídos de cualquier persona, pero sí a los de Doris, que según Armando era una iluminada. Me dijo que estábamos en niveles muy distintos de evolución espiritual, que mi alma era todavía demasiado joven y tenía mucho que aprender. En resumen, me dejó.

Nada te turbe, nada te espante, Dios no se muda: de resto todo cambia. Quien a Dios tiene, Dios le basta. Eleva tu copa al cielo y bébela hasta el fondo, hasta que te arda el pecho y entonces que venga lo que tenga que venir. Nada te turbe, nada te espante. ¿Ves la gloria del mundo? Es gloria vana. Y ajena. Aspira hondo para que sea tuyo el mundo, fiel y rico en promesas: todo se pasa. Ámame, aunque no lo merezca, por tu bondad inmensa: ámame por bondad, aunque no haya amor ni confianza ni fe para la espera. Quien espera sin fe tiene el alma muerta: no hay infierno que valga, ni furores ni desgracias ni cruces. Quien a Dios tiene, Dios le basta. Aunque todo lo pierda, Dios le basta.

Cuando llegamos a Tolú le propuse a Vanessa que volviéramos a la cabaña. “No seas amargado, vamos a ver qué se ve por aquí”. Me lo dijo sin mirarme, tan solo me agarró la mano y me arrastró hacia el gentío. Cruzamos la plaza y dimos con la calle de las comidas. Una calle amplia e iluminada por bombillos que cuelgan

de las carpas que recogen el humo de las fritangas. Cada puesto de comida está rodeado por ocho o nueve sillas plásticas, donde uno se puede sentar a comer y ver a la gente pasar.

–¿Qué te provoca comer?

–¿Estás segura de que quieres comer aquí en la calle? Podríamos buscar un lugar decente.

–¿Este no es decente?

–Pues sí, pero como no sé si estás acostumbrada a comer en la calle, por eso lo digo.

–Precisamente por eso es que quiero comer en la calle, porque no me quiero encerrar en un restaurante aburrido, ¡mira qué bueno se ve todo!

–Pero quién sabe si es aseado.

–Ay, no te preocupes por eso. Claro que es aseado.

–Bueno, dime qué se te antoja y nos sentamos en las sillas.

–No me quiero sentar, ¡qué pereza estar sentados! Mira que tenemos un enorme restaurante al aire libre, cerca del mar. ¿Por qué no vamos probando en diferentes lugares? ¿Qué es eso que están fritando en esa plancha?

–Chunchurria.

–¿Chunchurria? ¿Qué es chunchurria?

–El intestino delgado de la vaca; lo lavan, creo, y lo fritan. Ya ves que no huele muy bien.

–¿Tú has probado la chunchurria?

–Sí, claro.

–¿Y te gusta?

–Sí, me gusta.

–¡Entonces comamos!

–Pero mira que podríamos comer un chuzo de pollo.

–No, yo quiero comer chunchurria. Dale, porfa, ¿sí?

–A lo mejor te irrita el estómago, y no sabes si te vaya a gustar.

–¡Pues cómo voy a saber si ni siquiera la he probado! Por eso la quiero probar.

–Mira, también hay arepas con queso.

–¿Arepas? ¿Más arepas? No, ya he comido mucha arepa en la vida; comamos chunchurria mejor.

Después de comer caminamos por el malecón, donde artesanos de todo el país extienden sus trapos llenos de aretes de cáscara de coco y dijes de corales en una galería que se prolonga hasta las afueras de Tolú, lejos del ruido de las discotecas, donde la noche se cierra sobre la arena y tan solo titilan, más allá del faro, las luces de las cabañas que dibujan el golfo de Morrosquillo.

Un amor lejano recuerdo de Coveñas, la primera vez que estuve allí; tendría unos siete años, fue en una Semana Santa. Salimos el Domingo de Ramos al anochecer y llegamos en la madrugada a una cabaña amplia y bien ventilada. Había también una piscina. En cuanto bajamos del carro, la hija del mayordomo salió a recibirnos con un cangrejo violáceo, enorme; lo tenía agarrado con las dos manos por el caparazón. Se acercó y nos invitó a la playa; en el camino le fue arrancando las patas, una a una, mientras reía. Las patas caían en la arena y seguían moviéndose. Nosotros también reímos. Por fin llegamos a un espolón cercano. La niña puso el cangrejo boca arriba, sin patas, sin tenazas, y le dejó caer una roca que rompió la coraza y dejó salir la carne gris. Nos agachamos a ver el cadáver que seguía moviendo inquieto los ojos. Mi hermano se contrajo en una expresión de asco y corrió a la cabaña; la niña reventó en una carcajada, yo me reí también. Se llamaba Estela y durante los siete días que estuve en el mar sentí la urgencia inaplazable de estar a su lado, de hacer todo lo que ella hacía, de ser uno con ella. Y lo hice, flor de cayena, pero como no estaba acostumbrado a andar descalzo por los manglares ni a caminar bajo el sol abrasador sin protector solar ni a exponerme a los zancudos del litoral sin repelente, mi mamá vino a descubrirme la madrugada

del regreso, de pie frente a la ventana contra la primera luz recelosa, alucinado por el insomnio, con la piel ampollada por la insolación y lleno de picaduras de mosquito mirando morosamente la casa de Estela.

Dejamos el cangrejo al sol, lleno de moscas, y fuimos al mar, a un recodo de poca profundidad que llamaban La Laguna, una piscina natural formada por un arrecife coralino donde nos pasábamos el día entero retozando en el agua; Estela sin camisa, su piel tostada al sol. Nos llamaban a comer y engullíamos a toda prisa el pescado y el plátano frito para regresar a La Laguna. Muchos años después volví con Vanessa para descubrir que ya no había arrecife ni laguna ni nada. Pero pude reconocer a Estela: atendía un pequeño negocio de frituras en la playa.

A Vanessa nunca le importó si era verdad aquello que le contaba; siempre me pedía que le contara más, acostada en la hamaca tomando ron con Coca-Cola y fumando. Hasta que un día me pidió que por favor le contara de cómo yo había sido sacristán; entonces le hablé de Santa Rita de Casia, la iglesia de mi niñez, donde el padre Manuel me daba mil pesos por cada eucaristía, aunque se me cayera el cáliz, tortolita, como me sucedió una vez: tan nervioso estaba que lo solté y cayó para girar por el suelo; una eternidad estuvo dando vueltas ante la mirada expectante de la feligresía. Finalmente se detuvo. Yo, del susto, apenas si pude mirar al padre Manuel.

–Vamos, muchacho, recógelo. No ha pasado nada.

Cuando era niño quería ser cura. Creo que fue lo primero que quise ser en mi vida. Y como descubrí que tenía que esperar hasta los siete años para hacer la primera comunión, pues fui hasta la parroquia de la casa y le dije al padre que yo quería ayudar en las misas porque quería ser cura. Le pedí además que me confesara: no podía más con las fotos de la revista pornográfica que vi una

vez en una farmacia. Entonces el padre Manuel me dijo que no era necesario, que yo no tenía pecados.

–Sí los tengo, padre, y sufro mucho porque yo quiero ser bueno; por favor confíeseme que no aguanto más.

El padre Manuel sonrió y me dijo que estuviera tranquilo, que a los niños como yo Dios los quería mucho, que no me atormentara por cosas que no había hecho todavía. Que el buen padre Manuel creyera que yo no tenía pecados me mortificó mucho más, me sentí doblemente pecador. Fue tanta mi angustia que fui a confesarme con el cura del colegio.

–Padre, lo que pasa es que dejé caer el cáliz en la misa de cinco ayer.

–¿Cómo así, niño?

–Pues eso, que terminamos la misa y cuando iba para la sacristía se me cayó el cáliz del susto: se me deslizó; pero el padre Manuel no me regañó, me dijo que estuviera tranquilo, que no había pasado nada. Además, anoche, dormido, le di la espalda a Dios, no fui capaz de dormir boca arriba, mirándolo en el cielo, y amanecí boca abajo.

–Niño, creo que a tu edad hay pecados más graves para confesar. ¿Tú te tocas?

Esa pregunta me puso muy nervioso porque yo sentía que entendía lo que me estaba preguntando el padre del colegio, pero al mismo tiempo sentía que no sabía bien de qué me estaba hablando.

–¿Usted dice la cosita? Sí, padre, a veces me toco la cosita y no sé por qué.

–¿Y qué sientes?

–La cosita es muy importante porque por ahí hago pipí. ¿Usted también tiene cosita o Dios les quita la cosita a los padres para que no se la puedan tocar? Yo a veces quisiera no tener cosita para no sentir ganas de tocármela. ¿La cosita es mala?

Años después, cuando llegué al grado séptimo, conocí a Polvazo, un compañero de clases que en ausencia de los profesores se levantaba de su asiento para dar charlas casuales sobre la masturbación. Nosotros, iniciados en la secta del Fénix, escuchábamos atentamente, pero si algún aspecto teórico no nos quedaba claro, se ofrecía a hacer sesiones prácticas grupales en las que nunca participé, tampoco soy tan progresista. Polvazo era rubio. O no rubio, sino mono: más albino que rubio, pero sin ser albino, quiero decir, para que me entiendas. Esta tierra de Antioquia, la Grande, es tan prolija en monos de ojos claros como en psicóticos maniaco-depresivos: en todas las familias hay uno; el de la mía era el tío Benjamín, que bajo la fase maniaca le daba por ganar a pie la distancia que lo separaba de su pueblo natal: ¿Arma? ¿Caramanta? ¿Támesis? ¿Jericó? ¿Salamina? ¿Aranzazu? ¿Jardín? No importa, cualquiera da igual, todos esos lugares están enclavados como nidos de gavián en algún recodo impenetrable de la cordillera en el confín del mundo. El tío Benjamín nos contaba sus planes, preso de una emoción vibrante, pero tras su mirada se asomaba ya la fase depresiva de la crisis, que lo sumía en la oscuridad de un triste silencio.

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve. A ti clamamos los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas entre las montañas de mi tierra: deja que aspiren mis hijos tus olorosas esencias.

Primos con primos, sobrinos con tíos, abuelos con nietos, hermanos con hermanas y esposos con esposas: en la cerrazón de la familia antioqueña no solo se conservó la ruana, el hacha de los mayores y los apellidos vascos; también se conservaron genes perezosos que saltando de una generación a otra vinieron a multiplicar el número de los cabellos rubios y los ojos claros; así como el albinismo, el Alzheimer y la sicosis maniaco-depresiva, que dividió el mundo del enfermo en dos colores sin matices: el Bien y

el Mal. Nada más había para el antioqueño y ese principio debía regir *urbi et orbi* en sus diferentes transcripciones de acuerdo al caso que fuere menester: el hombre y la naturaleza; el hombre y la mujer; el alma y el cuerpo; el amigo y el enemigo; el Partido Conservador y el Partido Liberal; Dios y el Diablo. Un péndulo bipolar que en los extremos se detiene un instante para arrojarse de nuevo hacia el extremo opuesto sin vacilar en el punto medio. Pero todo cambió desde hace décadas y nos hemos vuelto más tolerantes. Se diría que hemos descubierto una gama inédita de grises que va del asesino fiel a la Virgen del Carmen hasta el médico que formula en virtud del bono que recibe del laboratorio farmacéutico cuando presenta la copia de sus prescripciones. ¡¿Los antioqueños?! Los mismos, tontita, pioneros de la medicina y la industria en Colombia: quién se iba a imaginar. Y ni me preguntes por los enredos bursátiles de esta raza de negociantes independentistas. Pero ya que me preguntas, te lo voy a explicar. Cuando estaba en el colegio se me acercó un día un compañero para ofrecerme el siguiente negocio: me pidió que le diera quinientos pesos; cuando le dije que para qué, me dijo que para ganar dos mil; entonces yo le pregunté que haciendo qué y me dijo que nada, que en la base de la pirámide había otros cuatro compañeros, que cada uno aportaba quinientos y debía conseguir otro inversionista que a su vez también aportara quinientos para ir ascendiendo. Al llegar a la cima de la pirámide me iría con el total del dinero aportado por los inversionistas recién llegados, que eran cuatro, y ahí tenía, sin haber hecho mayor esfuerzo, mis dos mil pesos y un sistema de cooperativismo que beneficiaría a todo el colegio. No bien le entregué mi plata, la perdí. Imagina este modelo, pero con cifras de once ceros, y tendrás antioqueños emprendedores buscando clientes para su nueva firma de valores. Jesucristo murió por la salvación de los hombres. Los escritores rusos y sus discípulos han demostrado hasta el hastío que nada es imposible: suicidas por felicidad, asesinos por

benevolencia, personas que se adoran hasta el punto de separarse para siempre, delatores por fervor o por humildad. Pero los antioqueños hemos llegado más lejos: trasegamos el arduo camino que va de tener la ciudad más violenta del mundo a tener la ciudad más innovadora del mundo: Medellín. Y esto sin haber hecho cambios sustanciales, qué sustancia ni qué niño muerto: la publicidad y las encuestas por Internet todo lo pueden. Y, cómo no, la canalla extranjera, que viene de excursión etnológica para hacer trabajo de campo con nuestro aguardiente y nuestra marihuana y nuestro perico y nuestro basuco y nuestras muchachas, cuya máxima aspiración es tener un novio extranjero, así sea del Ecuador.

Ecuador, que al principio de los tiempos formó parte de la Gran Colombia, pero ante tanto desorden, mejor se separó para ser una república independiente. Hasta hace poco Ecuador era objeto de burlas en Colombia, pues se lo consideraba un país atrasado, indígena, menor: como si Colombia fuera Canadá. Las cosas han cambiado: Ecuador supo manejar sus recursos y ahora es un país viable; Colombia, por su parte, ha sufrido la ineptitud y arrogancia de sus últimos cincuenta y nueve presidentes, que en lugar de gobernar dividieron el país en fragmentos irreconciliables: un plato de sobras que el Partido Conservador y el Partido Liberal se han disputado desde el siglo XIX. Colombia se burlaba de los ecuatorianos como se burla de los pastusos, gente del sur que el resto del país tiene por tonta, fama que se originó durante la campaña independentista, cuando Pasto negó su apoyo al proyecto bolivariano. Quiso Bolívar atravesar el suroccidente, camino de Quito, pero la resistencia pastusa lo derrotó en Bomboná: “Si fue fácil destruirlos, ha sido imposible vencerlos”, ironizó Basilio, el general de la resistencia, una vez terminada la batalla, en una nota que le hizo llegar al Libertador, que no entendió la ironía y proclamó como triunfo lo que había sido un desastre táctico. Fue el mariscal Sucre quien consiguió entrar a Pasto para ejecutar

las órdenes de Bolívar: “Los pastusos deben ser aniquilados, y sus mujeres e hijos transportados a otra parte”. El veinticuatro de diciembre de 1822, los hombres de Sucre se tomaron la ciudad por asalto y masacraron a sus habitantes. Días después, el Libertador hizo su entrada triunfal: una marcha bajo palio sobre las ruinas que culminó en el altar de la iglesia, donde el obispo lo bendijo mientras el coro interpretaba el *tedeum*.

Nuestras muchachas siempre preferirán un novio gringo, digamos, a uno ecuatoriano, por más que haya progresado el Ecuador, porque el novio ecuatoriano tiene los mismos apellidos que el colombiano, aunque un grado menor de mezcla racial, y es por eso que los ecuatorianos parecen venidos de la sierra: no les falta más que el poncho y la vicuña. El gringo, en cambio, les ofrece a nuestras muchachas un blanqueamiento social completo, que empieza por el apellido, de manera que pueden cambiarse el Pérez por un Blackbird o un Jones. No las culpo, si yo fuera mujer, ya me habría hecho embarazar de un gringo: ¡con esos ojos y ese pelo que tienen! Y como las gringas son aguadas, insípidas, Colombia se ha ido llenando de gringos que buscan su Pocahontas y Medellín se ha vuelto lugar de peregrinación de estudiosos que desde todos los rincones del mundo llegan a comprender mejor nuestro conflicto para explicarnos lo que no queremos entender, lo que se oculta bajo los juegos artificiales del veinte de julio sobre el río: que la muerte se sigue reproduciendo todos los días, en todos los rincones, en el callejón y la ladera, donde se precipita la noche, la hora más temida, en la que el engaño de luces tenues crepita en la oscuridad. La montaña, alta como la noche, vigila con sus mil ojos las calles allende. El viento trae rumor de lluvia y del suelo se levanta el olor del lodo que un hombre pisa vacilante en la hora prohibida: su pupila se encoge apenas ante el fulgor del disparo, la tormenta se desploma sobre el valle y las gentes corren a sus casas a escamparse. Por eso es mejor no salir nunca de la casa. ¿A qué?

¿A trabajar? ¿Dónde? A qué salir de la oscuridad interior si se está tan bien, resguardado del mundo impredecible, desconocido. Qué le importa el mundo al antioqueño: los jardines de Battery Park o los dioses innúmeros del Indostán; no sabe el antioqueño de los callejones y frontispicios de Samarcanda o la Tierra del Fuego. Tampoco del viejo puerto de Montreal ni de las calles de Nassau. Por eso es mejor encerrarse temprano, como se acostumbra en los pueblos de Antioquia, la Grande, donde a las cinco de la tarde pintan con sangre de cordero la puerta de la casa y no vuelven a salir hasta la mañana del otro día. Dos siglos hace que vivimos escondidos del mundo en las montañas difíciles, confinados rezando el rosario y apareándonos en familia: conservando la raza.

Ingenuamente pones en el balcón florido la nota más romántica de esta tarde de lluvia. Pero ya no vive nadie en ella: a la orilla del camino está la casa, se diría que sus puertas se cerraron para siempre, para siempre sus ventanas.

Un día, sin embargo, Antioquia, la Grande, se decidió a salir de la casa para venderle café al resto del mundo. Y aunque sabía de las dificultades de su geografía accidentada, tuvo el coraje suficiente para hacerlo por la ruta del mar. Entonces los campesinos echaron costales de café en los tradicionales Jeep Willys para que surcaran las grietas de los Andes buscando el hilo de luz que venía del Caribe. Pero como a mí eso no me tocó y mucho menos a ti, arroyito, mejor sigamos hablando de violencia, que es lo que nos gusta. El café no dio plata, entonces los antioqueños se dieron a la exportación de perico, que es lo que le gusta a Europa, la Loca. Y a los gringos, por supuesto. Tan buen negocio resultó ser la coca que todos invirtieron en él, a su manera. Algunos sectores de la sociedad tributaron la mano de obra: mulas y sicarios. Otros, como los latifundistas capitalinos y sus hijos inútiles, aportaron el capital con la condición de permanecer en anonimato porque no querían caer en desprestigio: el arribismo es a Medellín lo que el

moralismo a Bogotá. Y fue así como todo el país rodeó a Pablo Escobar y lo apoyó en su empresa: llenar de perico al mundo entero. Hasta que al Estado le entró la envidia y luego la inquina y quiso monopolizar tan buen negocio. Esperó a que a Pablo Escobar le diera por hacer política, que era bastante predecible, y entonces el gabinete completo del presidente de turno, Fulanito no sé Cuántas, el Fiscal General de la Nación, las altas cortes y los demás leguleyos le imputaron todos los males de Colombia, siendo que Pablo Escobar no fue sino la consecuencia natural de un proceso que tardó trescientos años para venir a tomar cuerpo en el siglo XIX bajo la especie de una independencia fastuosa, fatua, vacía, que daría origen a las dos falanges dominantes, conservadores y liberales, cara y cruz de la misma cosa oscura: tierra empantanada de sangre.

Muerte de Pablo Escobar

PABLO ESCOBAR MURIÓ AQUÍ EN NUEVA YORK EN EL verano de 1994, en pleno Mundial de Fútbol. Lo mataron después del partido que perdió la Selección Colombia contra el equipo de Estados Unidos en el Rose Bowl de Los Ángeles. Lo sé porque ese verano estaba aquí de vacaciones con mi familia y tuvimos la suerte de ver la persecución inicial y la balacera, los helicópteros, los aviones de combate y los tanques de guerra y los ovnis y las patrullas de policía y a Godzilla y King Kong y las lanchas que desde el Hudson le dispararon en Chelsea al ladronzuelo incauto que creyó que todo el alboroto era por él y cometió el error de correr cuando le dijeron alto y no se le ocurrió una mejor idea que escabullirse por entre la maleza de la antigua vía del tren elevado, donde hoy está el High Line, sin saber que en la calle Treinta y Cuatro lo estaban esperando más policías, que sin mediar palabra lo acribillaron para descubrir que el muerto era un tal Andrew Wilcox, un delincuente menor con antecedentes de violencia doméstica y posesión

de narcóticos, mientras Pablo Escobar cruzaba el East River hacia Brooklyn en un camión de bomberos.

Después de visitar el Washington Square Park subimos por la Quinta Avenida hasta la Catorce y ahí caminamos rumbo del Hudson, cuando empezó el escándalo. Lo primero que vimos fue el tropel de gente que venía corriendo hacia el este y entonces supusimos que algo andaba mal cerca del río. Inmediatamente aceleramos en esa dirección para ver el *show*: las patrullas se habían estacionado alrededor de una bodega abandonada y los policías se cubrían tras los guardabarros y las ventanillas apuntando con sus pistolas hacia la puerta oxidada por donde salió un hombre que miró con extrañamiento y luego se echó a correr. Algunos policías intentaron seguirlo, pero se detuvieron ante la imposibilidad de alcanzarlo cuando ya había ganado el viaducto; entonces llamaron por radioteléfono para pedir refuerzos mientras el sospechoso huía por entre el pasto crecido de las antiguas vías del tren. Desde Hell's Kitchen venían en contravía varios carros de bomberos por la Décima Avenida haciendo un ruido insoportable con sus sirenas y dispersando a las gentes. Chelsea era anteriormente un barrio de malevos y vendedores de droga; haz de cuenta la avenida de Greiff en Medellín, al pie del Museo de Antioquia, donde estaba La Red, una taberna que conocí porque un día volviendo a la casa después del ortodoncista me advirtió mi papá que nunca me fuera a meter ahí, y como yo era un adolescente, todavía no se me había terminado de desarrollar el córtex cerebral, de modo que asumí como un desafío su advertencia y un viernes por la noche fui a dar allá con una noviecita que ahora no recuerdo, no importa su nombre; Ninfa, vamos a decir. A La Red nos metimos a bailar vallenatos como si nos gustara mucho el vallenato, pero nos impusimos el forzoso deber de la tolerancia cultural y la experimentación sociológica. Estuvimos bailando un rato hasta que a Ninfa se le ocurrió que lo mejor era ir a escuchar tango.

—¿Y adónde?; Ninfa, por Dios, mirá la hora; además estamos en pleno centro.

—¿Y es que te da miedo andar por el centro de noche? No te preocupés que nada nos va a pasar, vos me seguís, caminamos rápido y listo. Además, después quiero llevarte a otro lugarcito que conozco.

Residencias El Palo se llamaba el otro lugar. Un motelito de combate que no quiero volver a pisar en mi vida. Para llegar tuvimos que cruzar el Parque de Berrío y subir por La Playa hasta La Oriental y luego seguir hasta Ayacucho y voltear por no sé dónde y después bajar por no sé qué. Seguramente tú sabes muy bien de qué hablo, pero yo apenas estaba conociendo el centro porque solo iba cuando tenía cita con el doctor Botero, el ortodoncista. Nunca más iba al centro: para mí era como el otro lado del espejo. Esa noche caminé apretando el culo del susto porque en Medellín la muerte es fácil y Ninfa no iba a defenderme de los malhechores que desde la época de Pablo Escobar se multiplicaron porque matar se había vuelto muy buen negocio. Tras su muerte, miles de sicarios quedaron desempleados, y como no sabían hacer otra cosa ni tenían adónde ir, se dieron a la delincuencia común y andando el tiempo se organizaron en cooperativas criminales. No corrimos con la suerte de España, que cuando reconquistó Granada, el último bastión moro de la península, embarcó a todos los soldados que quedaron sin oficio tras una guerra de casi ocho siglos para que siguieran matando en las playas y las montañas del Nuevo Mundo: regalo de Dios que les había llegado en buen momento. No nos dejaron una sola cantera: el Siglo de Oro se llama así porque se hizo con el oro de América. ¿Y si Colón nunca hubiera dado con nuestras costas? ¿Y si nos hubieran conquistado los ingleses y no los españoles? No preguntes tonterías, minina, que la historia es inapelable: ya para qué. Tan inapelable es la historia que mira dónde vine a parar yo, un filósofo: a la horrible ciudad de Nueva York.

Aunque la historia hubiera sido otra si los hombres de Aquiles me hubieran encontrado, tal vez hubiera terminado en las aguas heladas de Long Beach con un saco de piedras amarrado al cuello; o apuñalado en alguna esquina de Hunts Point; o acaso abaleado y despanzurrado en algún tejado de Flatbush Av. o sangrando derrumbado sobre mi propio plato, como murió Pablo Escobar después de que había logrado evadir las patrullas que lo tenían rodeado en Chelsea y se dio a la fuga caminando por entre el gentío disfrazado de bombero para subir a un camión y tomar la calle Dieciséis hacia el East River. No solo despertó sospechas el hecho de que no contestara el radioteléfono, sino que además empezó a errar por la ciudad. Los bares estaban llenos de gente que esperaba ver el partido de la Selección Colombia contra Estados Unidos, pero cuando se empezó a divulgar la noticia de la persecución de Pablo Escobar, todos cambiaron los canales de deportes y pusieron noticias. Nosotros nos metimos a un restaurante colombiano en la Octava con Veintitrés. Mi papá pidió una cerveza, otra para mi mamá y Coca-Cola para nosotros. La mesera nos dijo que al parecer el camión de bomberos ya había cruzado hacia Brooklyn por el Williamsburg Bridge, donde le habían perdido la pista por un daño en el radioteléfono. El restaurante se llenó de colombianos y los pocos gringos se fueron yendo. La persecución se había prolongado hasta las primeras horas de la tarde y en el restaurante todos gritaban “¡Pablo! ¡Pablo! ¡Pablo!”. Cuando en las noticias anunciaron que por fin lo habían capturado, nos quedamos en silencio, a la expectativa. Entonces la presentadora dijo que había sido un error.

–Escobar *is still alive, apparently is heading to Long Island.*

Todo el mundo gritó y saltó de la emoción; la mesera sirvió un trago por cuenta de la casa y todos se abrazaron. Mis papás se besaron, nunca los había visto darse un beso, entonces agarré un vaso de cerveza para tomarme un trago y mi papá me cortó en

seco con un movimiento preciso e inapelable: no dijo una sola palabra. Solo recuerdo una reacción similar el día que estábamos juntos, él y yo, en una farmacia. Yo tendría cuatro años, y mientras él hablaba con el regente, yo me escabullí a curiosear por ahí y fue cuando di con la sección de revistas pornográficas. Tomé una y la abrí para descubrir una pareja en la ducha. Es todo cuanto recuerdo: una mujer y un hombre en una ducha, tocándose por todas partes, dándose besos en el pipí. Me quedé petrificado: pasaba las páginas con una curiosidad y una sorpresa que nunca más volví a sentir. Todo me fue revelado esa tarde de niñez, pero tan solo vine a tomar conciencia de la verdad cuando, estando en la ducha, anhelé que Chitara, la muñeca de los Thundercats que me regalaron de Navidad, se me apareciera en el baño para hacer lo que hacía la pareja de la revista. Sistemáticamente la deseé: la imaginaba abriendo silenciosamente la puerta de la ducha; la imaginaba entrando despacio mientras yo me hacía el tonto jabonándome los pies, entonces ella me tocaría la espalda. En ese momento el padre Manuel me preguntó que quién era Chitara.

–Pues la de los Thundercats, padre. La compañera de León-O, Pantro, Tigo y los demás. Es muy bonita: tiene como unas manchitas de leopardo en los hombros y en el pelo.

–A tu edad no deberías estar pensando en esas cosas, muchacho, ya llegará la hora. ¿Por qué no haces deporte o entras a un grupo *scout* o algo? Esas son cosas del ocio, por eso andas pensando tantas pendejadas.

El padre Manuel era mi confesor y le tenía mucha confianza. Los padres del colegio, en cambio, eran muy malos. Había uno que siempre andaba vestido de sotana negra cerrada. El alzacuello le apretaba tanto que la papada se le desparramaba y daba la impresión de tener una cara gigantesca, como de hipopótamo. Andaba por los corredores y el patio maldiciéndonos por cualquier razón. No podíamos jugar, no podíamos hablar,

no podíamos correr. Todos le teníamos miedo. Un día llevé mis Thundercats para jugar con mis amiguitos y el padre hipopótamo me vio jugando con Chitara, que era mi preferida. Se agachó y me preguntó con su aliento mortecino por qué razón andaba jugando con una muñeca.

–Es la compañera de los Thundercats, padre.

Entonces entró en ira. Comenzó a temblar y luego a hablar en lenguas muertas. Sus ojos se inyectaron de sangre y levantaba los puños mientras gritaba cosas ininteligibles. En el paroxismo de la irritación, su cabeza giró trescientos sesenta grados y sus ojos se pusieron blancos como si no tuviera alma. Todos empezamos a llorar y a gritar del susto y entre más gritaba el padre hipopótamo, más gritábamos y llorábamos nosotros y luego se nos unieron otros niños que estaban cerca. Por fin aparecieron otros curas, que se llevaron al padre hipopótamo.

Inmediatamente me condujeron a la rectoría; fue un largo interrogatorio y de todo les hablé: de Caín, el agricultor, y los sacrificios de sangre de su hermano Abel, que tanto agradaban a Yahveh; del buen Job, de su hacienda, su mujer, sus hijos y la sarna que casi lo consumió; del destino de olvido que borrará la memoria de todas las generaciones de hombres y de las palabras de Qohélet; del arpa de David y la espada de Salomón; de la negación de Pedro y también de Judas, el elegido. De todas esas cosas les hablé a los doctores de la ley, pero nada les dije de Chitara, mi amor, pues sabía que era un amor sucio porque la anhelaba con el cuerpo, en la ducha, como en la revista porno, y en el colegio siempre nos advertieron que el cuerpo era malo, tierra seca, baldía: maldita. Salió un sembrador a sembrar su simiente; y al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada, y las aves del cielo se la comieron; otra parte cayó sobre piedra y brotó enseguida por no tener hondura de tierra; pero cuando salió el sol se agostó y, por no tener raíz, se secó. Otra cayó en medio de abrojos, y

creciendo con ella los abrojos, la ahogaron. Y otra cayó en tierra buena, y creciendo dio fruto centuplicado. Quien tenga oídos para oír que oiga. Y como éramos todos muchachos sordos, díscolos, durante once años nos estuvieron repitiendo la misma cantinela. En el colegio donde estudié todos éramos malos de nacimiento, no importaba si nos habían bautizado varias veces o si habíamos hecho la primera comunión con el obispo: éramos malos y nuestro cuerpo era agente de maldad, no había semilla que pudiera crecer allí. En cada centímetro cuadrado de nuestra piel cabía toda la maldad de Europa, la Loca. Incluida la Segunda Guerra Mundial. Después del incidente con el padre hipopótamo y el subsiguiente interrogatorio, fui corriendo donde el padre Manuel para contarle de una vez por todas lo de la revista, que tantos problemas me había traído, pero cuando llegué no fui capaz. Me dio miedo perder al padre Manuel porque lo quería mucho, de verdad lo quería, me dio miedo de que no me fuera a perdonar por haber visto la revista pornográfica donde una pareja se tocaba por todas partes en una ducha estrecha de baldosines verdes. De modo que le conté que el padre del colegio se había desmayado por mi culpa. A mi psiquiatra, en cambio, le hablé muchísimo de la revista hasta que me curó. Le conté la historia completa varias veces: la revista estaba empacada en una bolsita plástica que yo mismo tuve que abrir, fue la primera de varias pruebas. Luego me enfrenté a la carátula: dos personas sin ropa en la ducha pegadas por el cuerpo. Y, luego, las fotos de las páginas interiores; las fui pasando con lentitud, congelado de la emoción. Entonces apareció mi papá, me arrebató la revista, la puso en su lugar y me tomó de la mano. Siguió hablando con el regente como si nada hubiera pasado y fin de la historia. No sé cuánto habré deformado el suceso original. Y pese a que a mi psiquiatra parece no haberle importado la revista, porque siempre me preguntaba que de dónde había salido la mano de mi papá, un buen día me curó con una pastilla milagrosa.

–Hombre, Pompilio, no sé de dónde salió, de la nada, supongo.

–Es muy curioso que de todo esto, lo que recuerdas con claridad es la mano de tu papá.

–Ni tan curioso: fíjate que fue mi papá quien me quitó la revista que tan contento me tenía. Del regente en cambio solo recuerdo eso, que era el regente.

–Entiendo. Te voy a mandar unas pastillitas muy buenas, un milagro de la ciencia. Se llaman Fluoxetina.

–¿Y puedo beber?

–¡Claro, hombre! Yo diría que es parte del tratamiento.

La tarde en que Pablo Escobar huía en el camión de bomberos, el noticiero reportó que todas las unidades de la policía de Long Island habían sido alertadas del fugitivo y que la fuerza aérea de Estados Unidos estaba preparando varios caza para dar con el famoso narcotraficante porque el gobierno no iba a permitir que un delincuente tan peligroso anduviera por las calles de América manejando un carro de bomberos como si nada, que ya las fuerzas militares lo encontrarían para ser juzgado por los tribunales nacionales porque a pesar de ser un ciudadano extranjero, el delito había sido cometido en suelo norteamericano. Mi papá nos traducía las noticias y los testimonios del secretario de Defensa vocalizando despacio, como si nos estuviera dando una lección de inglés. El comandante de la policía de Nueva York finalmente declaró que Escobar estaba decidido a huir de los Estados Unidos dada la inminencia de su captura y que lo más probable era que lo hiciera por el John F. Kennedy con otra identidad.

–*The next step is to suspend all the air operations until midnight.*

Pablo Escobar había tomado la Brooklyn Queens Expressway; en Fort Greene abandonó el camión de bomberos para subir al tren F, donde viajó sentado junto a la ventanilla, muy tranquilamente, hasta la estación del Acuario de Nueva York y, sin saberlo, bajó a Coney Island, un lugar extraordinario al sur de Brooklyn. Todo es extraño

en Coney Island: su anacrónico parque de diversiones, el acuario confinado en cemento al pie del mar, el paseo de tablas irregulares o exactamente iguales que infunden un cansancio inesperado, los espolones adentrándose en las aguas serenas, la torre de artificio que se levanta al final de la playa. Incluso el mar parece otro mar, sitiado por edificios de interés social que parecen de posguerra. En el verano sigue siendo el mismo lugar pese al gentío. El visitante que llega para pasar un día en la playa puede comprobar que el parque de diversiones no estaba abandonado y que la gente discurre por el paseo de tablas irregulares o exactamente iguales con una naturalidad contradictoria. Pero el mar es frío cuando inicia el verano y solo se entibia a principios del otoño, cuando las banderas rojas indican que nadie puede entrar al agua. Pablo Escobar debió de sentir un alborozo muy grande al estar entre tanta gente porque sabía que lo estaban buscando. Y, enseguida, la extrañeza natural de quien, viniendo de Medellín, se encuentra, de pronto, caminando entre rusos, como si nada.

Fue un verano muy triste el de 1994 porque mataron a Andrés Escobar, que jugaba de defensa en la Selección Colombia con el número dos. Precisamente en el partido contra Estados Unidos, Andrés Escobar tuvo la mala fortuna de marcar un autogol. Cuando la policía perdió el rastro de Pablo Escobar en Brooklyn, le dieron paso a la transmisión del autogol de Andrés Escobar y todos quedamos estupefactos en el restaurante, no podíamos creerlo. Mi mamá se puso a llorar y cuando mi papá intentó calmarla, habló con gravedad, como si no fuera ella.

—A ese pobre muchacho lo van a matar cuando llegue a Colombia. Son tan hijueputas estos narcos que lo matan por haberle metido un gol al equipo.

Y no fue sino que llegara a Colombia para que lo abalearan en una discoteca de la carretera Las Palmas. Tenía veintisiete años e iba a reforzar la defensa del AC Milan en la siguiente temporada.

Era un ídolo: le decían el Caballero del Fútbol. El tres de julio nos despertamos con la noticia de su asesinato. Dos matones lo estuvieron fastidiando toda la noche por el autogol, hasta que se cansó y decidió marcharse. Lo siguieron al estacionamiento hostigándolo. Andrés no aguantó más y respondió con un insulto. Entonces sintió los fogonazos en la nuca. Seis. “Yo no sabía que era Andrés Escobar”, dijo el lavaperros que lo mató. Sus patronos eran dos narcos que libraban una lucha a muerte contra Pablo Escobar, como si Pablo Escobar siguiera vivo. Pero es que Pablo Escobar seguía mandando después de muerto; todavía hoy se puede ver su cara en las calles de Medellín en grafitis o en la clase ascendente que domina la ciudad. Incluso me parece verlo más claramente hoy que hace veinte años. Por esos días yo no sabía muy bien quién era Pablo Escobar, ni mi hermano tampoco ni mis amiguitos. Por supuesto que escuchamos las detonaciones de sus bombas: la de la Macarena, la del Velódromo, que mató al gobernador Roldán Betancur y donde murió un vecino que pasaba por ahí. También la del periódico El Colombiano, las de Valderrobles. Balaceras, robos, atracos, violaciones, atentados, de todo nos tocó y siempre que mi papá se demoraba para llegar por la noche, nos quedábamos al lado de mi mamá angustiados mirando el teléfono, rogando para que no sonara. Ese es uno de los recuerdos más vívidos de la niñez: el miedo a que el teléfono sonara por la noche o en la madrugada. Ni mi hermano ni yo teníamos mucha conciencia de quién era Pablo Escobar o qué hacía, pero vivíamos con un miedo ininterrumpido, etéreo, que esperaba la ocasión de tomar cuerpo, hasta que un sábado por la tarde escuché unos gritos en la calle y, claro, me asusté porque cualquier cosa podía pasar. Salí al balcón y vi que mi amiguito de la casa del lado estaba llorando desconsoladamente, no podía respirar. Le pregunté qué le había pasado.

—¡Es que mataron a mi papá!

Don Jairo, su papá, era amigo de mi papá, y él, Carlos, era mi mejor amigo y ahora me estaba diciendo que habían matado a su papá y yo no entendía bien y vi salir a su mamá, doña Marlene, llorando, gritando, y fue entonces cuando advertí que en la calle estaba parqueado un carro fúnebre y yo imaginé que todavía no sabían bien lo que había pasado, que a lo mejor era un rumor por la confusión y la época y las balaceras y las bombas y Pablo Escobar; entonces me puse a rezar, recé y recé y pensé en ponerme granos de frijoles en los zapatos como penitencia para que Dios no permitiera la muerte de don Jairo, pero no lo hice y no recuerdo por qué no lo hice y seguí rezando pero en la calle todos gritaban y después supe que ya no había manera de que estuviera vivo y me culpé porque a lo mejor si me hubiera puesto los frijoles en los zapatos a Dios le habría agradado mi penitencia y lo habría salvado y seguí llorando sentado en el suelo desconsolado porque habían matado al papá de mi amiguito y tenía mucho miedo de que mataran a mi papá también y fue entonces cuando mi mamá me encontró y me preguntó qué estaba pasando, “es que mataron a don Jairo”, le dije, y ella me miró con escepticismo; cuando se dio cuenta de los gritos en la calle, cuando cayó en la cuenta de que su amiga Marlene estaba llorando y gritando, empezó a llorar también y me miró llorando y después salió corriendo a la calle y me dio miedo de que la fueran a matar a ella también y luego apareció mi hermano, que estaba dormido, y se asomó al balcón, en silencio, y se sentó a mi lado y empezó a llorar y yo volví a pensar en mi papá que estaba trabajando y lo quise llamar pero no fui capaz porque no hubiera podido responderle cuando me preguntara para qué lo estaba llamando, por qué lo estaba interrumpiendo y mi hermano me preguntó qué estaba pasando: “Es que mataron a don Jairo”, le dije y le repetí “es que mataron a don Jairo” y entonces lloró con más amargura y preguntó por mi mamá, que estaba afuera con doña Marlene, que seguía gritando mientras todos intentaban calmarla

para que su niña menor no se enterara de que habían matado a su papá y nunca se lo dijeron, lo único que le dijeron fue que su papá se había ido al cielo y desde allá los iba a cuidar a todos pero ella sabía, en su corazón sabía que algo muy malo había pasado porque también ella, como todos, había escuchado las bombas y las balas y los noticieros y en ese momento entró mi mamá llorando y fuimos a su lado pero no nos dijo nada, siguió llorando y tomó el teléfono para llamar a mi papá, “es que mataron a Jairo”, “no, no se sabe quién fue”, “parece que le iban a robar el taxi y no se dejó”, “sí, los muchachos están aquí conmigo, están bien”, pero la verdad es que no estábamos bien porque habían matado a don Jairo, el papá de Carlos y de Ana, que eran amiguitos de nosotros y siempre estábamos jugando escondidijos en la calle, siempre hasta por la noche pero ya no podríamos volver a jugar y la tarde se fue oscureciendo tristemente.

Señor, hazme un instrumento de tu paz, de tu paz duradera, de tu paz pedregosa, de tu paz nocturna. De tu paz, la ley del silencio.

Señor, hazme un instrumento de tu paz: que en la ciudad del odio, siembre yo amor. Donde injuriaron y mataron a mis padres, siembre yo el perdón. Donde tu promesa rota sembró la discordia, promueva yo la unión. Donde tu parábola sembró la intriga, diga yo la verdad. Que en la ciudad de los muertos, ponga yo la fe: donde la esperanza es un hilo de luz y la tristeza domina las montañas.

Oh, divino maestro, me estás pidiendo demasiado. Concédeme, mejor, que no busque ser consolado, sino levantarme y disparar. Que no busque que me comprendan cuando llegue la hora final y sepa asumirla con el amor de tu gracia. Porque dando es como se recibe, nada más cierto. Matando es como perdonamos y así mismo nos llega la muerte para morir en ti y nacer a la vida eterna. Amén.

Pablo Escobar se sintió seguro en Coney Island, entró en un bar donde estaban transmitiendo el partido de Colombia y pidió una cerveza. Era un bar gringo y todos andaban en lo suyo, nadie

se interesó en el recién llegado. Sin embargo, alguien lo había estado siguiendo. Mientras tanto, la policía, completamente despistada, había paralizado La Guardia y el John F. Kennedy creyendo que Escobar quería salir del país. Todos los vuelos fueron cancelados y los viajeros pasaron horas enteras en las salas de espera y los corredores. El dispositivo de seguridad fue tan impresionante que paralizó otros aeropuertos que entraron en pánico y reportaron la llegada de vuelos sospechosos. Pablo Escobar aterrizaba al mismo tiempo en el Schiphol de Amsterdam y el O'Hare de Chicago. Tan tranquilo estaba que se animó con varias cervezas más y pidió algo de comer. Mientras tanto, en el restaurante de la Octava con Veintitrés seguíamos nosotros, un poco aburridos ya porque las noticias se habían disuelto en transmisiones confusas que informaban de la congestión de diferentes aeropuertos, de modo que decidimos regresar al hotel sin saber qué había pasado con Pablo Escobar y resignados con el marcador dos a uno en contra que prácticamente dejaba a la Selección por fuera del Mundial en la primera ronda.

Entonces un hombre apareció de la nada, de pie, junto a la mesa de Pablo Escobar.

–Perdimos el partido que no podíamos perder, don Pablo.

–¡¿Colombiano también?!

El extraño inclinó la cabeza con ademán de perro y lo miró con curiosidad: sacó un revólver y le disparó varias veces en la cara. Luego bajó el revólver y lo dejó caer, como le indicaron, para salir aturdido caminando hacia la calle, donde lo recogió un carro que se apresuró a escapar por Brighton Beach.

Al día siguiente ningún noticiero habló de la muerte de Pablo Escobar, nadie le preguntó al alcalde Giuliani qué había sido del famoso narcotraficante colombiano ni en qué habían parado la persecución y la parálisis del John F. Kennedy. Al otro día todos los noticieros hablaban del partido que había perdido la Selección

Colombia en Los Ángeles y de las posibilidades que ahora tenía el equipo norteamericano.

Algunos tabloides, sin embargo, publicaron esta increíble historia y remataron la edición con fotos del cadáver. Nadie la creyó, desde luego.

Vanessa Jaramillo (continuación)

EN EL BUS DE REGRESO A MEDELLÍN, VANESSA Y YO YA éramos novios oficiales y por eso pasamos las diez horas del viaje cogidos de la mano, soportando con amor espartano los calambres. No iba a soltarla cuando ya la tenía agarrada: seré filósofo pero no estúpido. A ti, en cambio, nunca más te volví a coger la mano después de la noche en que fuimos a ver alumbrados y la tenías untada de mierda de perro. Ni nunca pude besarte cuando salíamos con tus amiguitos porque me sentía como el acudiente del grupo, pues todos eran, por lo menos, diez años menores que yo. Y mira las cosas de la vida, el hecho de que no me animara a besarte por vergüenza de hombre mayor hizo que todos creyeran que era marica. Aprovecharon la coyuntura para cortejarte apelando al argumento de que tú necesitabas un hombre que de verdad te hiciera sentir mujer. Y a lo mejor todavía hoy dudas de mi masculinidad y juzgas increíble la historia de Yeraldín, pues era prácticamente un mito urbano: caminaba por los corredores de la universidad de-

jando tras de sí la conmoción de los sentidos y su perfume de kiwi; tenía trastornados a los profesores, que siempre le regalaban sus materias, de manera que pasó de semestre en semestre sin haber estudiado. Es difícil de creer que yo me hubiera acostado con ella, pues para eso se necesita mucho dinero: ya ves, caperucita roja, no todo en esta vida es plata. Yeraldín vio en mí algo que nunca iba a encontrar en Aquiles; igual que tú, pero tú me cambiaste por el primate que te acompaña ahora en las fotos de Facebook, que sigo viendo incrédulo de solo imaginar que ese hombre te ha tocado más allá de lo que yo mismo te toqué. Yeraldín era la reina de la farándula; llegaba siempre tarde a clase, con su sonrisa y su escote, para rendir a los profesores, que de vez en cuando recibían algún dinero, bien que hace falta con lo mal que pagan esta profesión, de manera que un dos con cinco pasara a ser un cuatro en la planilla.

A lo mejor tú misma te enredaste con Aquiles; cómo saberlo, si te pasabas semanas enteras en el apartamento de Yeraldín. Cómo saber que Aquiles no se antojó de ti y tú accediste; después de todo se trataba de un hombre joven con cara de malo: solo le faltaba ser cantante de reguetón. Cómo saber que al verte sentada en la cama donde él mismo se acostaba con Yeraldín, no se antojó, pues cuando un bravo como él se antoja, nadie puede decir que no. Y aunque Yeraldín parecía una modelo de aceite bronceador, tu belleza contrastaba de tal manera con la suya que hasta el entendimiento más obtuso podía advertir la diferencia. Al lado tuyo, Yeraldín era el estereotipo del Parque Lleras: otra Natalia París. De manera que, si yo mismo me acosté con Yeraldín y no contigo, fue porque en el fondo era más fácil acostarse con ella que contigo. Y porque a Yeraldín nunca la vi como una estudiante, en cambio a ti sí, y contigo no quería hacer de profesor acosador, que es el modelo en el que envejecen la mayoría de los profesores. Nunca voy a olvidar que una de las compañeras con que me gradué era novia de uno de los profesores de la Facultad de Filosofía. La tarde

de la ceremonia llegaron los dos cogidos de gancho, abstraídos en el amor: la estudiante-novia y el profesor-novio, su asesor de tesis monográfica, su preceptor. Entonces apareció el fotógrafo para, sin saberlo, poner las cosas en su lugar:

–¿Le tomo una foto con el papá?

Así que, niña, no te enfades porque te diga la verdad: puede tratarse del mismísimo Albert Camus, hombre entre los hombres, pero, uno, mientras sea tu profesor y, dos, te doble la edad, podría ser tu padre. Y nadie nadie quiere acostarse con su padre. De modo que a la larga, la más beneficiada de mi exilio eres tú, pues te estoy ahorrando un disgusto que ya sabrás agradecerme cuando termines de crecer, por ahora anda y dedícate a tu nuevo novio, que bastante necesita de ti: córtale el pelo y aféitalo; córtale las uñas de los pies y de las manos para que por lo menos en la cama esté presentable. No digamos ya en sociedad, para eso tendría que volver a nacer.

Otro viaje hice con Vanessa: quince días estuvimos en Bogotá durante un festival de teatro. Éramos jóvenes y hacíamos lo que queríamos. En realidad, Vanessa hacía lo que quería y me arrastraba con ella, como quien tiene a su cuidado un enfermo. Compró las entradas para los dos y consiguió alojamiento en la casa de una amiga suya: yo la seguía adonde me llevara. Andaba de aquí para allá, hablaba con el uno y le preguntaba al otro, parecía la dueña del mundo: una actriz famosa. Mientras tanto yo permanecía confinado en mis propias meditaciones, frunciendo el ceño: grave; descubriendo el otro lado de las cosas, incluso de las más simples: practicando para filósofo. La casa de la amiga donde nos íbamos a quedar la primera noche estaba al norte, era amplísima y bella, bien decorada. Fernanda, la amiga de Vanessa, nos acomodó en una pieza matrimonial: yo me quité los pantalones y las medias y me recosté en el espaldar de la cama como hacía mi padre cuando yo era niño. Tomé el control del televisor y pasé de un canal al otro

burlándome de las telenovelas, hasta llegar al canal de deportes, mientras esperaba que Vanessa se acomodara y pudiéramos hacer el amor tranquilamente, pero en esas entró la madre de Fernanda, bichito, y con mucha cordialidad me invitó a que la siguiera.

–Joven, venga conmigo, por favor, que usted no va a dormir aquí.

Me levanté de la cama como si tuviera un resorte en el culo, muerto del susto y la vergüenza; la confusión fue tanta que salí en calzoncillos detrás de la mamá de Fernanda, que era una señora bogotana decimonónica, gramática y política: pacata como ella sola; cuando me vio, dio un grito de espanto ante el que acudió toda la servidumbre desde todos los rincones de la casa, mientras yo seguía parado en el salón de las fotografías familiares. Llegó Fernanda y empezó a discutir con su madre porque creía que era una tontería hacerme dormir en otra cama; entonces fue cuando apareció Vanessa y me cubrió con una toalla de la cintura para abajo.

–Ya se lo devuelvo vestido, doña Fernanda, no se preocupe.

Todos se calmaron, yo me puse el pantalón y me fui a dormir a una especie de diván en un salón pequeño sin puertas en el tercer piso de la casa. A la mañana siguiente nos despedimos y tomamos un bus hacia Chapinero, donde íbamos a dormir el resto del paseo en el apartamento de Laura, otra amiga de Vanessa que era la hija de un político o algo así. Con el tiempo, de tanto estar con Vanessa, empecé yo también a sentir más confianza en mí mismo y lentamente fui saliendo de la concha filosófica donde me enrosco cuando me siento vulnerable. Laura nos recibió con besos y abrazos, no solo a Vanessa, su amiga del colegio y de la unidad residencial y de clase social, sino también a mí, como si nos conociéramos de toda la vida. Las dos hablaban con desparpajo y se carcajeaban con facilidad. Laura sacó una botella de aguardiente y puso a fritar chicharrones para darnos la bienvenida mientras afuera en Bogotá se largaba un aguacero magnífico.

–Y si quieren fumar, ahí en esa mesita está el cenicero.

Todo fluía de maravilla y yo cada vez fui tomando más confianza a medida que el aguardiente iba haciendo su trabajo. Vanessa me hacía sentir muy cómodo, tal vez demasiado cómodo para ese otro lado de mí que se alimenta del resentimiento y empieza a irritarse cuando las cosas marchan bien.

–Hacen una pareja muy bonita, ¿cuánto llevan juntos?

–Tres meses apenas; esto está muy reciente.

–Ahhhh, de modo que todavía no hay celos ni cosas así, ¿o ya se pelearon la primera vez?

–Pues cómo se te ocurre, por ahora todo es felicidad.

Yo estaba muy niño cuando visité Bogotá la primera vez en unas vacaciones familiares; estuvimos en varios pueblos de Boyacá y la laguna de Guatavita, donde se sumergía el zipa de Bacatá cubierto en polvo de oro: no estoy hablando en chino, burrita sabanera, zipa era un título de nobleza entre los indios muisca que vivían en la región de Bacatá, hoy sabana de Bogotá, antes de que llegaran los españoles. Al zipa Tisquesusa le gustaba untarse de polvo de oro porque le parecía a él que cualquier otro atavío era menos hermoso y que ponerse armas de oro labradas a martillo o estampadas de otra manera era grosería y cosa común y que otros señores y príncipes las traen cuando quieren pero que polvorizarse es cosa peregrina, inusitada y nueva y más costosa, pues lo que se pone un día se lo quita y lava en la noche y se echa y pierde por tierra y todo esto hacía todos los días del mundo y quedaba todo cubierto de oro desde la planta del pie hasta la cabeza y tan resplandeciente como suele quedar una pieza de oro labrada de mano de un grande artífice. Así pensaba el zipa Tisquesusa y ese era su hábito, y la verdad es que semejante historia explica con suficiencia la conducta de nuestros narcotraficantes: mandar a hacer un bidé de oro para las niñas, como quien sienta un trofeo sobre otro. Tanto oro cayó al fondo de la laguna de Guatavita que los españoles, hirviendo de fiebre, empezaron a concebir una ciudad

toda hecha de oro. Sucede que la España de Colón era un moridero, no había ni siquiera qué comer y por eso se comían las ratas de las calles. No pongas esa cara de asco, niñata, que la necesidad tiene cara de perro: ni que estuvieras acostumbrada a comer langosta. Europa, la Loca, ha vivido en guerra desde que se escribió la *Iliada*, que es un canto a la guerra, y después de cada guerra, la resaca: el malestar, la congestión y la mala conciencia. Cuando se recupera de una guerra, le viene un nuevo acceso de calor y entonces se busca otra y así, por los siglos de los siglos. No creas que es el pueblo civilizado que ahora quiere dar lecciones de moral, eso no es más que remordimiento de tantos muertos que tiene encima. Y dado que España está como varada en la orilla de Europa, la Loca, aprendió también el vicio de la guerra. La que libró contra los árabes duró ocho siglos: si no es porque da con nuestras costas en un golpe de suerte, de seguro se habría hundido en la miseria. El Nuevo Mundo era la mina de oro que sacaría a España de la pobreza, pero no lo supo administrar y por eso ahora está como está: desangarillada, buscando dinero prestado por todas partes sin saber que necesitaría de otro Nuevo Mundo, con todo su oro y su plata, para salir de esta crisis económica.

En el centro de la plaza de Santa Fe se levanta una estatua de Bolívar y por eso se llama la Plaza de Bolívar, como todas las plazas principales de las ciudades de Colombia. En el costado norte resplandece en la noche, espléndido, el Palacio de Justicia y junto a él, el Capitolio Nacional. Al frente, cruzando la plaza, está la Casa de Nariño con sus jardines. Y contra los cerros, donde empieza el barrio La Candelaria, está la Catedral Primada. Para el resto del país, Bogotá es como una telenovela, puesto que desde la periferia estamos familiarizados con sus calles y sus plazas gracias a la televisión. Es una ciudad que no deja de ser lejana, bella y lejana, de modo que cuando el provinciano recorre sus calles, está reconociendo en cada esquina un lugar familiar pero ajeno. Bogotá sigue

siendo ajena, encaramada en la meseta mira por encima del hombro al resto del país, no le interesa; a pesar de que medio país vive en sus barrios, no le interesa. Y nadie tiene la culpa; sucede algo parecido con Nueva York: imagínate una ciudad de mil doscientos kilómetros cuadrados de tierra y agua habitados por gente de todo el mundo que llegó para salir adelante: más de ocho millones de hombres y mujeres luchando a codazos para conseguir dinero y hacerse una idea de sí. Es una ciudad extraordinaria Nueva York, todo el mundo anda buscándose, por eso es que cada ser humano que llega a Nueva York deviene por virtud de la globalización en un ser humano extraordinario y cosmopolita, tan cosmopolitas son los humanos de Nueva York que, ante las oportunidades y la riqueza de su cultura, renuncian al lugar de origen: se hacen ciudadanos del mundo en un ritual que consiste en caminar muy rápido por entre la gente y los edificios mirando al piso. Por eso los turistas son tan detestados, pues se detienen en cada esquina, en cada parque y en cada avenida para fotografiar cualquier menudencia con la curiosidad de un niño; incluso en el tren, mientras todos estamos leyendo, los turistas van con sus cámaras fotográficas disparando el flash ante la menor circunstancia: la ciudad que recibe el atardecer, la luz mordiente en las ventanas infinitas sobre la autopista presurosa. Qué ciudad tan solitaria es Nueva York: nadie sabe nada de nadie, a nadie le interesa, todos andan ganando el camino que lleva del margen al centro; Nueva York es el centro, lo demás es periferia, también Bogotá. Así que de Medellín mejor ni hablemos.

Esa noche, apenas escampó, fuimos a La Candelaria a caminar por sus calles empedradas. Salimos y tomamos un taxi que nos llevó por toda la Séptima, donde arrastraron el cadáver destrozado de Juan Roa, el asesino de Jorge Eliécer Gaitán: no me canso de ver las fotos del Bogotazo en Google. Estuvimos en el Chorro de Quevedo, una plazoleta llena de *hippies* que toman chicha dizque

porque era la bebida tradicional muisca, pero en realidad lo hacen porque no tienen dinero para comprar algo más decente. Empezamos por probar un vasito entre los tres y terminamos en una taberna bailando salsa. Cuando salimos, la luz del sol nos deslumbró y creímos que lo más prudente era tomar el último vasito de chicha para empezar bien el día, sin haber desayunado siquiera. Mientras estuvimos en La Candelaria, nadie nos juzgó por andar bebiendo tan temprano, pero una vez salimos al centro, la gente nos empezó a mirar mal. Empezaron los santafereños bajo sus paraguas a rumorar, a mirar, a cuchichear; a señalar a los tres borrachos de provincia. Nosotros íbamos caminando con insolencia, de regreso por la Séptima, bebiendo chicha a las ocho de la mañana como si fuéramos parte de la tribu del zipa Tisquesusa, que se emborrachaba a la luz del sol mientras duraban las cosechas. Los españoles asumieron que esa debilidad por la chicha no era sino una consecuencia de su carencia de alma. También en eso estaban equivocados, puesto que no hay pueblo del mundo que no beba y cada pueblo se emborracha con lo que tiene a la mano. Eran los españoles quienes carecían de alma, pues tenían que encerrarse en la oscuridad de las tabernas a beber, avergonzados sin saber de qué, con la esperanza de que el trago los hiciera olvidar de sí mismos. Esa fue otra de las lecciones que aprendimos de la Conquista: emborracharnos para olvidar; o por lo menos eso decía doña Rebeca, dueña y matriarca de La Osa Menor en el centro de Medellín, el burdel donde mis compañeros del ejército se acostaban con las putas. Doña Rebeca, que se mantenía medio alicorada, escogía la niña según el cliente y tomaba decisiones con un movimiento despectivo de los dedos que sus empleados acataban con rapidez. Un día me contó la historia de su hermano medio, el violador, que aprovechó una tarde que estaban solos en la casa para hacerle desfilarse la ropa interior que él mismo le había comprado. Se sirvió una copa rebosante de aguardiente, me hizo beber otra a mí y se quedó mirándome con tristeza.

–Ay, muchachito, si yo pudiera borrar ese recuerdo: toda la vida me he pasado bebiendo para olvidar y no he podido. Lo maté, pero no lo olvido.

Doña Rebeca tenía nueve o diez años, no logra precisarlo; lo que perdura en cambio, vívido en su memoria, es que aquella tarde su hermano medio le pidió que se acercara. Ella estaba semi-desnuda y se detuvo junto al camastro sudando hielo, sintiendo que se le formaban nudos en las tripas, mientras él le acariciaba los tobillos con la yema de los dedos, y luego las pantorrillas y luego los muslos, murmurando “ay, hermanita; ay, hermanita”. Doña Rebeca tuvo que hacer un esfuerzo sobrenatural para no morirse cuando una potencia ciclónica la levantó por la cintura y la despojó de su intimidad con tres zarpazos, y la descuartizó como a un pajarito. Alcanzó a maldecir a Dios por haber nacido antes de perder la conciencia en aquel dolor insoportable. Quedó dormida, llorando, en el pantano humeante del colchón sucio que absorbió como un papel secante la explosión de su sangre. Y en lugar de casarse con él en la misa de cinco, ahorró durante seis años para mandarlo a matar.

Si todos en Colombia tomáramos la justicia por nuestra cuenta, ¿sabes qué sería de este país? Pues el mejor vividero del mundo y por eso todavía hoy celebro lo que hizo doña Rebeca, granito de mostaza: obró como si la máxima de su acción fuera a convertirse por su voluntad en una ley universal de la naturaleza. Yo hubiera querido tener esa misma determinación cuando me supe amenazado de muerte por Aquiles. Debí haberlo perseguido por los valles y las montañas de Antioquia hasta encontrarlo para, con mis propias manos, estrangularlo. Pero si el uno mata al otro y el otro al siguiente, ¿cuándo vamos a acabar? Por eso mejor me vine para Nueva York a contribuir a la paz del mundo y a esperar que las cosas retomaran su orden natural, como en efecto sucedió. Ahora que Aquiles está muerto, ahora que no tengo enemigos,

puedo regresar a dictar clases de Epistemología para ver qué otra estudiante se enamora de mí y empezar una nueva vida, como todos los lunes.

Dios te salve, María, la flor estremecida. Llena eres de gracia, la gracia perdida. Bendita eres entre todas las mujeres: el fruto de tu vientre es indeseado. Santa María, madre de Dios, ruega por los pecadores cubiertos de losa fría. El sol alumbra a todos: justicia es venganza. Y ruega por las víctimas de sus pecados, pues la abnegación es mucha y los escombros de la muerte desprecian su virtud. Ahora y en la hora de la muerte, amén.

Regresamos a Chapinero caminando, de tienda en tienda: de la chicha pasamos al aguardiente y luego al ron y luego al vino y luego ya no recuerdo porque la Bogotá de Vanessa Jaramillo y su mar y su voz ronca están muy lejos de mis tristes días en el lado haitiano de Brooklyn. Es como si hubiera muerto. O como si yo hubiera muerto. La he buscado en Facebook y no hay rastro de ella, ni siquiera una foto, tan solo fotos de otras mujeres, las mujeres con que me he acostado. Hago una lista. No son tantas. Escojo alguna y me encierro en el baño para evocarla como si nunca la hubiera tenido. Entonces aparece una mujer real y me hace salir de la comodidad de mis pensamientos: una rueda de la fortuna luminosa y desconcertante, un artefacto extraordinario lleno de gente. Los carritos van pasando uno detrás del otro. Veo muchas caras, pero apenas reconozco algunas. La mayoría no regresa. Es una rueda muy grande la de mi fortuna. Vanessa viene en un carrito y también en el siguiente y en el próximo. Tristemente la veo pasar para recordarla en la arena del mar pidiéndome que le cuente más historias y luego dormida sobre mi hombro mientras vemos una adaptación brasileña de *Don Quijote* en el Festival de Teatro de Bogotá. Se va alejando su carrito y cuando menos pienso, aparece de nuevo en otro, como si fuera infinita.

La mexicana

UNA, DOS, TRES, CUATRO, CINCO, SEIS, SIETE, OCHO, nueve gotas de Rivotril en medio vaso de agua. Ni una más. Ni una menos. Este ha sido el descubrimiento de nuestro siglo, para que sepas, tú que estudias Psicología. Así que cuando te llegue un paciente y te diga que la bebida le está sentando muy mal, que cuando bebe no consigue dormir bien, que las resacas son cada vez peores, que ya no es solo el dolor de cabeza y la irritación estomacal consabidos, sino también sensación de desamparo, melancolía y desasosiego que pueden durar varios días, dile que se tome nueve gotas de Rivotril a la madrugada, cuando se despierte sediento. Doctora, ¿pero ese no es un medicamento de control? Tú di que sí, no importa. Doctora, ¿pero ese no es un medicamento muy fuerte? Sí, no importa. Doctora, ¿pero eso no es clonazepam? Sí, no importa. Doctora, ¿pero ese medicamento no es adictivo? Sí, no importa. Doctora, ¿pero no necesito prescripción? Y ahí sí que importa porque como tú estás estudiando para psicóloga y no

para científica, nunca podrás prescribir medicamentos, tan solo hablar y hablar. Nada de qué preocuparse, para eso está el mercado negro. Y si las FARC llevan más de cincuenta años matando con armas adquiridas en el mercado negro, ¿cómo no vas a conseguir Rivotril para tus pacientes? La prescripción médica, además, es un mecanismo retrógrado que tiene que desaparecer para que el siglo XXI consuma ansiolíticos a discreción.

En la secta del Rivotril me introdujo hace poco otra de las tantas novias que he tenido, la mexicana, con quien aprendí que lo que por agua viene, por agua se va, pues así como apareció, un buen día se fue para siempre. No sabría decir lo afortunado que fui al tener a la mexicana para experimentar lo que es en verdad la tensión social, pues contigo y con Yeraldín, a pesar de su carro y apartamento en El Poblado, el asunto lo vi siempre desde arriba. La mexicana, en cambio, me hizo verlo desde abajo: no quiero describirtela para que no te sientas mal. Y a pesar de que su clase social era la estratosfera, podía descender sin despeinarse para acostarse conmigo, y ya en la cama, las cargas se equilibraban, puesto que también el cuerpo de los millonarios está hecho de carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno, como el tuyo y el mío, cascabelera. Al principio creía que la mexicana se había interesado en mí a manera de experimento social, pero después me fui dando cuenta de que de verdad me tenía cariño. Y yo, que me encariño fácilmente con las copas D, E y F, también la empecé a querer. Y lo lamenté cuando se fue y me quedé solo, dando tumbos como un mendigo por la ciudad. Pero como soy antioqueño de varias generaciones atrás, y como en Antioquia no retrocedemos ni para coger impulso, a la mexicana la olvidé en cuanto su avión estaba aterrizando en el Benito Juárez. Ahora vivo muy feliz, aunque a veces me gustaría que vinieras a visitarme para poder enseñarte esta ciudad espléndida; te haría un tour completo y seríamos muy felices, lo tengo todo planeado: saldríamos a caminar por Prospect Park en dirección de la Biblioteca

Pública de Brooklyn, donde trabajo desde hace un tiempo, y luego veríamos una película y entonces volveríamos a casa, un día perfecto. O tal vez podríamos ir al zoológico, alimentar a los animales y por la tarde un poco de sangría: otro día perfecto. Pero no, yo vivo en Nueva York, en el lado haitiano de Brooklyn, y tú en Medellín, donde el cielo es siempre azul y estás muy lejos de mí.

La mexicana vivía en un apartamento de lujo en el sur de Manhattan, donde pasé muchas noches incrédulo ante la suerte de mi destino, pues en el fondo sabía que no éramos compatibles, que la soledad de Nueva York nos había juntado en una relación desesperada porque esta ciudad es como una mala mujer de la que te prendes sin esperanza de que te voltee a mirar, pero tampoco te deja ir: te da de vez en cuando algún placer rudimentario, un atardecer, el olor del otoño, los brotes de la primavera, y entonces te encuentras caminando por alguna calle con los audífonos puestos, creyendo que eres el protagonista del video de la canción que tanto te gusta; creyendo que eres el dueño de tu vida, creyendo que llegaste, que estás en el centro, cuando la verdad es que estás en el margen: nunca has estado más lejos de ti. Tuve una amiga que llegó a Nueva York y pasó los primeros meses sintiéndose en su casa, como si hubiera vivido aquí toda la vida, a grandes voces profesaba las virtudes del cosmopolitismo y el progreso que no tenía en Colombia, país de bárbaros, donde no podía ser ella misma, donde no se hallaba; donde los hombres no paraban de maltratarla, una y otra vez. Le bastó conocer otro colombiano para reconocerse en el desprecio y aferrarse a él. Recibía un golpe emocional diferente cada semana y luego al trabajo: un trabajo de mierda donde la discriminaban por ser latina, todas las mañanas al trabajo, arrastrando sus pasos. Cuando se estaba recuperando de un desaire, cuando estaba decidiendo dejar atrás al hombre que tanto daño le hacía, recibía un tuit, un mensaje de Facebook o de WhatsApp: cualquier piltrafa la llenaba de ilusión para de nuevo

caer de bruces contra la lona, humillada. Y el lunes, otra vez al trabajo a que el jefe la maltratara, caminando por entre la nieve amarillenta. No es amor lo que se consigue aquí, ya lo ves, y la mexicana y yo lo sabíamos, pero nos hicimos los tontos y forzamos la rueda de la fortuna en la dirección equivocada, de manera que al final las cosas se pusieron difíciles.

–Yo no pido que me invites siempre, pero si algo odiamos en mi casa, si algo nos ha enseñado mi papá, es que no hay nada más feo que un hombre tacaño.

–No te preocupes, hoy no pagamos por separado, hoy invito yo, seré un novio correcto.

–No te las vengas a dar, ¿eh?

–No me las doy: es que no tengo plata.

–Ummm... *no money, no fun.*

Nos conocimos en la Biblioteca Pública de Brooklyn, adonde la mexicana llegó de urgencia buscando un baño. En cuanto la vi, me enamoré: era una mestiza hermosa de pelo negro y piel del color de la canela. Sus rasgos indígenas estaban atenuados por algún ancestro español o árabe: las mandíbulas rectas bajo los pómulos salientes y los ojos grandes pero levemente achinados. Además de la indicación para llegar al baño, quise impresionarla, así que le di una breve lección de poscolonialismo. Le hablé de la Plaza Mayor de Tenochtitlán y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y el zumbido de las voces y palabras que allí había sonaban más que de una lengua. Y de los conquistadores, que habiendo estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y Roma, dijeron que plaza tan bien acompañada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto. Le hablé de Moctezuma y de cómo fue engañado por Cortés. Me escuchó con reticencia, pero a la semana siguiente regresó y me llevó un sánduche y un refresco y me preguntó a qué horas terminaba mi turno.

–A las cinco.

–A las cinco nos vemos.

Y a las cinco estaba en la puerta de la biblioteca, esperándome; me dijo que quería caminar hasta su casa, que si quería acompañarla, y yo, sin saber dónde vivía, la seguí. Caminamos por Flatbush Av. hasta el East River, cruzamos el puente de Brooklyn y descendimos al City Hall. Luego caminamos hacia el Hudson, hasta su casa en Rector Place. Vivía en un edificio altísimo, a unos pocos metros de Ground Zero, donde antiguamente se alzaban las torres del World Trade Center.

–¿Quieres pasar?

Callé y seguí por el vestíbulo hasta el corredor de espejos donde estaban los ascensores que nos llevarían hasta su apartamento en el piso diecisiete: a través de la ventana podía verse la construcción de la Torre de la Libertad.

Anduvimos juntos por un tiempo. Todos los días iba a la biblioteca y me invitaba a comer y a beber. Un día, comiendo *noodles*, advirtió que yo no sabía cómo usar los palitos chinos y no pudo contener la risa.

–Mira, agárralos así, es más fácil. Me gusta tanto ver que te estoy disfrutando...

–¿Me explicas eso?

–No te pongas así, es solo que a mí me gusta disfrutar todo lo que me da la vida y tú eres un regalo de la vida.

–Pues gracias.

–No me lo agradezcas, y más bien apurémonos con la comida, que ya está cayendo la noche y estamos en Nueva York, no quiero perder tiempo.

–¿Sientes que estás perdiendo el tiempo cuando comes?

–Es un plato de *noodles*, güey, tampoco es una experiencia extrema. Yo siempre he dicho que hay que vivir mucho, no mucho tiempo, sino mucho.

“Vivir mucho”. Evidentemente, la mexicana nunca había escuchado hablar de Alejandro, que, a los veintidós años y habiendo sido educado por Aristóteles, ya era rey de Macedonia y general del ejército griego. A los veinticuatro dominaba los Balcanes y cruzaba el Helesponto hacia el Asia Menor asesinando con sus propias manos a todo lo largo de la costa de Anatolia, uno a uno, los sátrapas de Darío III hacia la conquista de Persia. En la isla de Gaza exterminó a ocho mil tirios; y como la ciudad resistiera un asedio de nueve meses, tras la caída de sus puertas amarró de su carroza a los generales que comandaban la resistencia y a la manera de Aquiles, pero vivos, los arrastró por la plaza y el foro como escarmiento. Luego crucificó otros dos mil ciudadanos a lo largo de las playas de la mar mediterránea para que las gentes no olvidaran su nombre. Solo entonces pudo continuar su marcha hacia Egipto, donde fue proclamado faraón. A los treinta años desposaría una mujer innoble de la apartada región de Bactriana y le daría un hijo; sus hombres veían con recelo que profesaba la fe de Zaratustra. En Pakistán consiguió vencer los elefantes de Poros sobre el río Jhelum. Su propósito era tomar la India, pero su ejército se negó a ir más allá del Ganges y solo eso lo detuvo. No hubo hombre que lo derrotara. Enrarecido y decepcionado, se encerró en el campamento real. A los tres días apareció y dio la orden de regresar a Macedonia, pero por el camino corto: el desierto. Entonces, siguiendo el curso del Indo, llegó a las costas de Arabia y ahí condujo la tropa a través de las arenas del Makrán, donde la mitad de sus hombres morirían abrasados por el calor y la sed junto al mar. Después de catorce años y casi quince mil kilómetros, llegó a Babilonia: las tres cuartas partes de su ejército habían muerto en la campaña. Allí le dieron una bienvenida magnífica con vino y cordero y pez y jóvenes de toda Persia. Un espectáculo que duró varias semanas y tras del cual no pudo recuperarse.

¡Oh, rey del tiempo y substancia y cifra del siglo! Viste en Aquiles el hierro de tu destino y tu madre te quiso hijo de Zeus, el parricida,

dios primero del Olimpo y padre espiritual de Europa, la Loca. Alejandro, amante y asesino de hombres y mujeres innúmeros. Viniste a morir a los treinta y tres años en la corte babilónica: no te alcanzó el cuerpo y las tierras de Ciro el Grande fueron inferiores a tu ambición. De ti nada sabía la mexicana que tan intensamente vivía la vida y que tan intensamente me hizo vivir a mí, pues bebíamos y bebíamos sin temor de Dios hasta que el exceso me empezó a hacer daño y ella lo advirtió; entonces una madrugada en que yo estaba tan mal que de la nada empecé a llorar sin saber por qué, sacó el frasco milagroso: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho y nueve gotas de Rivotril en medio vaso de agua.

–Tómate esto, chavito, ya verás cómo te mejoras.

Dormí en su regazo hasta el amanecer. Desperté, me bañé, me vestí y me fui a la biblioteca como nuevo. Ese día no transcurrió como los otros, trabajé con una alegría singular, fregando allí, secando allá. A las cinco de la tarde salí muy contento, atravesé la puerta y miré hacia arriba, no sin algún orgullo: BROOKLYN PUBLIC LIBRARY. Pero la mexicana no llegó, entonces caminé por Flatbush Av. hacia el East River, luego el puente de Brooklyn, el City Hall, Rector Place. No estaba. Había desaparecido y los porteros no supieron darme razón.

–*Who?*

Así nomás se fue de mi vida. Regresé por Rector hasta Broadway, conseguí algo en una licorera y me di a beber, a beber y a caminar, tanto bebí y tanto caminé que no solo había llegado a Central Park por la Quinta Avenida, sino que también lo había atravesado hasta la Ciento Diez. Eran casi las doce, estaba muy borracho y lejos de mi casa; tomé el metro: de ahí hasta Brooklyn podía tardar más de una hora y muchas cosas pueden ocurrir durante una hora abordo del metro de Nueva York a la medianoche.

¿Del ojo humano son visibles la parte anterior del iris, que puede ser de color café, ámbar, verde, azul o gris, que a su vez contiene

la pupila, que se contrae y se dilata según la intensidad de la luz que recibe. Se sabe que una persona ha muerto, por ejemplo, porque su pupila no se contrae ante un estímulo luminoso. El iris y la pupila son concéntricos y están rodeados de la porción blanca del ojo, que se llama esclerótica. Millones de vasos sanguíneos irrigan la esclerótica y cuando se dilatan le dan al ojo un aspecto rojizo. Una mujer subió al tren y se sentó al frente de mi asiento; no pude saber adónde miraba, dado que sus ojos eran completamente negros, seguramente por el efecto de algún tipo de lentes de contacto que no solo cubrían el iris, sino también la esclerótica. Así se veía *The Mongolian Mauler*, mejor conocido como el Comepollos. Un luchador que saltaba al cuadrilátero de leotardo rojo, con la cabeza rapada, comiendo pollos crudos desplumados para atemorizar a sus rivales.

Un muchacho rubio, casi pelirrojo, con ojos demasiado separados, subió al tren y se sentó al lado de la Comepollos. Llevaba un instrumento aparatoso, extraño. La Comepollos lo miró con curiosidad, el muchacho lo advirtió y le dijo que se trataba de un *sousaphone*. La Comepollos respondió que no sabía qué era un *sousaphone*. Del estuche salió una de esas tubas gigantes en que se enrolla el intérprete; las había visto antes en la banda municipal que tocaba la retreta los domingos por la mañana en el Parque de Bolívar. La palabra *sousaphone*, sin embargo, no me pareció adecuada para ese prodigio de instrumento que tiene un sonido bajo, hondo. ¿Cuántos intérpretes del *sousaphone* habrá en el mundo?, me pregunté, y mientras cavilaba en estas cuestiones, el pelirrojo me miró de repente con la intención de decirme algo, algo muy importante. Por fin me preguntó que si quería escuchar el *sousaphone*. La Comepollos, con ademán infantil, me dijo que aceptara, que ella también quería escucharlo. Yo la verdad nada tenía que ver con todo eso, solo quería llegar a mi casa porque se me estaba pasando la borrachera y empezaba a sentir una resaca terrible y

no tenía Rivotril a la mano, puesto que la mexicana ni siquiera tuvo el decoro de dejarme el frasquito con los porteros del edificio. Dije que sí, que claro que quería escuchar el *sousaphone*, cómo no. Entonces el pelirrojo empezó a tocar. De un modo imprevisible, la Comepollos lo secundó con voz de *mezzosoprano*. Fue una versión extraña de Habanera, el aria de *Carmen*. Cuando terminó el concierto, la Comepollos gritó, conmovida: *prends garde à toi!* En ese momento salí corriendo hacia el otro vagón, necesitaba un poco de paz y silencio, acaso dormir.

–*Hey! This is the last stop. Are you OK?*

–¿Qué pasó?

–¿Hablas español? Pues que ya se acabó el tren, ¿hacia dónde tú vas?

–A Winthrop.

–Te pasaste, muchacho, ahora te tendrás que devolver.

Llegué a mi casa al amanecer como si me hubieran rescatado del tsunami; apenas tuve tiempo de dormir un poco, comer algo y salir para la biblioteca a trabajar. Pasé toda la mañana reflexionando sobre los extraños acontecimientos del día anterior y así me pasé la tarde, distinguiendo la realidad de la ficción. Al terminar la jornada atravesé la puerta de la biblioteca y, movido por la costumbre, esperé a la mexicana, que nunca llegó.

Final

NO SOY BLANCO, SOY MESTIZO, COMO TÚ, NANITA NANA, mezcla de muchas cosas, líneas inextricables de sangre combinada. Por eso tienes el cuerpo y la cara que tienes, envidia de cualquier gringa de sangre blanca, aguada. Belleza de las comunas de Medellín que desciende al valle en un caudal violento para chocar con la belleza venida del barrio El Poblado, otra ladera, igualmente mestiza. En Medellín la tensión social tiene forma de mujer cambiante. Los modelos están lejos de la realidad, son apenas el estereotipo: narco *statu quo* que reacciona con la violencia del emprendimiento paisa ante la revolución femenina. En Nueva York, en cambio, todas son modelos y andan por la calle como si desfilaran por una pasarela, vanidad de vanidades. La Quinta Avenida no vale una sola de las baldosas de Andrómeda: su techo bajo, la ausencia de decorado, la simplicidad de las mesas, la atención esmerada, el olor a detergente, la música. Algún día me gustaría regresar y mezclarme entre los asistentes, la muestra poblacional,

para tomar nota de su conducta y compararla después con los apuntes que he tomado tantas veces en el parque Lleras; y unificar así la ciudad dividida en una sola tesis.

Desde que vivo en Brooklyn, soy otro: un hombre blanco, pues para los ojos de los negros de Hawthorne Street, donde vivo, soy blanco y no mestizo. El único blanco en varias cuadras y por eso todos me miran con extrañeza, pues resulta que los negros odian todo lo que no sea negro, dado que durante años fueron tratados como animales por Europa, la Loca. Liverpool era el centro del mercado; allí llegaban barcos negreros repletos de africanos, cientos en un solo barco, encadenados a los catres para que no pudieran moverse durante todo el trayecto. Una vez en el puerto, los enceraban y brillaban para la exhibición, finalmente los subastaban y luego los embalaban hacia el Brasil, el Caribe y Estados Unidos. En venganza inventaron el rap. Y a pesar de que la Enmienda XIII abolió la esclavitud, la población negra permaneció durante mucho tiempo en la base de la pirámide social gringa, hasta que a mediados del siglo XX llegamos los latinos para desplazarla de los trabajos no calificados. Este movimiento social produjo muchos cambios en el país; el primero y más importante fue el incremento de los marginados: el lugar que era ocupado exclusivamente por negros tuvo que ser compartido con latinos. De modo que ni en la base de la pirámide social han estado en paz. Es por eso que el gobierno, muy preocupado por el bienestar de sus ciudadanos negros, en tiempo de desempleo los cubre con un seguro que resulta suficiente para las necesidades básicas, pero produce un daño colateral importante y es que estimula el ocio. Los latinoamericanos ilegales, por su parte, no tienen ningún seguro y siempre trabajan a riesgo de ser deportados, sin descanso, y pueden hacer lo que sea: están acostumbrados al maltrato y la subordinación desde tiempos de la Colonia, por eso son tan buenos trabajadores, menos yo, que nunca pude adaptarme al mercado laboral inmigrante, y justo

cuando por fin lo estaba logrando –incluso había asumido la paternidad del hijo de María José, cuyo parto atendí en el edificio del Bronx donde trabajaba de conserje–, apareció el padre biológico amenazándome con un cuchillo. Tuve que huir escalando muros y salvando obstáculos hasta que gané la otra calle y seguí caminando como si nada, dejando atrás el edificio donde había aprendido tanto de la vida arreglando estufas, corrigiendo desperfectos, poniendo cortinas, ajustando tuberías, componiendo refrigeradores, atendiendo partos. Dejé atrás las bolsas chorreantes de basura que se multiplicaban por las noches en el contenedor y recorrí medio Bronx a pie, pensando en Colombia. Tan solo me detuvo el cansancio. Entonces saqué la billetera: en uno de los bolsillos tenía un papelito doblado con el número telefónico de mi amigo Sebastián en New Jersey, un papelito muy parecido al que él mismo me entregó una noche lejana en Medellín.

–¿Qué es eso?

–Un perico buenísimo: ¿lo quieren probar?

Y claro que probamos, cómo no, éramos inmortales, nada nos podía pasar. Sebas me entregó el papel, yo recogí un poco de polvo con la uña y aspiré. Primero por un lado de la nariz, luego por el otro. Sentí un sabor amargo en el paladar y a continuación un estado de bienestar y superioridad inéditos. Esa noche habíamos estado tomando diversidad de tragos, de modo que andábamos borrachos. Es muy extraña la cocaína: su efecto depura la borrachera eliminando el mareo y conservando la euforia. A este estado emocional viene a sumársele una lucidez nueva, que desencadena un sentimiento de plenitud y autosuficiencia que no he sentido jamás. Nos sentamos a hablar como si estuviéramos en un diálogo de Platón, pues al perico se le llama perico porque lo pone a uno hablando como un loro. Volví a aspirar y la nariz me quedó untada del polvo blanco, estaba empantanado, como dicen los que saben de la materia. Y me senté para contemplar la sensación: un dominio de

mí que estaba por encima de toda contingencia. Discutimos sobre el sistema ptolemaico y el modelo copernicano, sobre los guisantes de Mendel y la trayectoria del Beagle. Luego pasamos a la historia del arte, la teoría de la conspiración y así se nos pasó la noche hasta que nos fuimos yendo por parejas a hacer el amor a alguna de las habitaciones de la casa. Cuando amaneció, nos habíamos quedado sin perico y sin trago, pero seguíamos con muchos temas pendientes, así que conseguimos más. Llegué a mi casa un domingo a las nueve de la noche después de no sé cuántos días de fiesta, absolutamente borracho y drogado, sin haber comido nada. Lo peor era que a la mañana siguiente tenía que madrugar para presentarme a las seis a la primera clase del lunes en el colegio donde trabajaba. Llegué tembloroso y oliendo a whisky; todos los profesores se dieron cuenta, pero nadie dijo nada. Me pasé la mañana dando la clase libre, alucinando con la noche anterior y el cuerpo de Gabriela, con quien me encerré en el baño cuando Sebas por fin cayó dormido.

Todavía recuerdo el lunes siguiente a ese fin de semana como el peor día de mi vida, peor que la vez que me hicieron vestir con uniforme de tiburón en el ejército, peor que la borrachera y la pesadilla de la Comepollos y mucho peor, desde luego, que cuando me dijiste que estabas saliendo con el *homo ergaster*. Tenía una tristeza insondable, un desconsuelo indecible, una desazón que no podría describir. Por la noche pensé que ya todo iba a regresar a la normalidad. Mentiras: no pude conciliar el sueño y tuve ideación suicida. Me pasé toda la madrugada dando vueltas por la casa y recordando todas las cosas malas que había hecho. No durante el fin de semana, sino en toda mi vida. Lloré amargamente. Lo peor de todo era no poder explicarle a mi mamá el origen de semejante tristeza, así que en un arranque de desesperación volví a llamar a Vanessa, a decirle que la extrañaba mucho. Me contestó María Cecilia, su madre, mientras la saludaba volví a llorar.

–Son las tres de la mañana, ¿qué quieres?

–Vane, me haces mucha falta.

–Esta no es hora para sentirte mal. Hablamos después.

Nunca hubo un después, a Vanessa hacía mucho tiempo que la había perdido. La tristeza no me dio tregua, me levanté del sofá y caminé por la casa, desesperado, sin saber qué hacer. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi mamá había estado observándome a escondidas; la abracé llorando. No le dije qué pasó y ella no me lo preguntó, aunque lo sabía. Finalmente me quedé dormido en su abrazo.

En el principio era la madre: ni Dios ni los cielos ni el mar ni la tierra que era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo. En el principio era la madre y afuera nada había; adentro, un viento de agua y todo lo demás. Quiso la madre que hubiera luz y hubo luz de sus ojos, los primeros; entonces vio la madre que la luz estaba bien. Cerró la madre los ojos y anocheció: día primero.

Quiso la madre que hubiera un firmamento y abrió sus ojos para que alumbraran los cielos y luego dilató su vientre que derramó las aguas del mar que todo lo cubrieron por debajo del firmamento y así fue: día segundo.

Abrió los ojos la madre para que amaneciera y vio que el mar todo lo cubría por debajo de los cielos. Quiso la madre que hubiera tierra y apartó el agua con sus manos para dejar ver lo seco que se levantó por sobre las aguas del mar. Esparció la madre semillas de su vientre que cayeron en la tierra nueva para que floreciera de árboles y tréboles y manglares y frutas que en su vientre llevaban semillas de la madre. Y atardeció y amaneció: día tercero.

Vio la madre que el cielo nocturno era ciego, entonces lo colmó de luceros como sus ojos y para distinguir el día de la noche levantó en el firmamento celeste un dios que calentara a la tierra por un lado, mientras por el otro alumbraba la luna: día cuarto.

Quiso la madre que bulleran las aguas de animales vivientes y que sobre la tierra, más allá de los cielos, volaran el sinsonte y la

arpía mayor, luego parió grandes monstruos marinos y serpientes, así como alces y escarabajos que se multiplicaron en sus especies y ocuparon la tierra y el mar: las raíces de la ceiba y los acantilados. Y atardeció y amaneció: día quinto.

Y dijo la madre: hagamos a Dios, mi hijo, a mi imagen, como semejanza mía. Y desde dentro un niño Dios la fue consumiendo dolorosamente hasta que no quedaron sino los peces del mar y las aves de los cielos y las bestias y todas las alimañas terrestres y el guayacán amarillo y las sierpes que serpean por la tierra. Un niño Dios que no alcanzó a ver los ojos de la madre cuyo vientre quedó volteado al revés como la cáscara de una fruta seca. Y atardeció y amaneció: día sexto.

El día séptimo estuvo el niño Dios errando por los prados y los mares, tapando la luz del sol con la mano para buscar en el firmamento celeste otros ojos que le dejaran ver los suyos. Buscó los ojos de la madre en las aguas tranquilas del arrecife y en el verdor del lago, anduvo por los caminos y la hierba verde, perdido, hasta que, cansado, cesó toda labor que hiciera y se durmió.

Sebas se había ido de Colombia años atrás, cansado de Medellín. Nos conocimos el primer día de clases en la universidad y desde entonces ya no nos separábamos; luego se nos sumó Gabriela. De los tres, yo era el único con vocación de filósofo, ya sabes, muchacha, el único que verdaderamente se interesaba por las primeras razones, por el *eidós*, la cosa en sí, el noúmeno. Sebas y Gabriela se la pasaban leyendo novelas todo el tiempo. Mientras yo andaba con la *Crítica de la razón pura* en mi morral, envuelta en un paño, como las tablas de la ley, Sebas y Gabriela intercambiaban libros de literatura chorreados de café y mantenían largas conversaciones que siempre me parecieron insustanciales.

–Bueno, muchachos, ahora cuéntenme: ¿después de leer *Alexis Zorba* qué? ¿Cuál es la gran conclusión, el gran aporte?

Sebas, irreverente, siempre me retaba en un diálogo tan intenso que a veces preocupaba a Gabriela, que era mucho más tranquila y no condescendía a esas discusiones. En la Facultad de Filosofía teníamos la costumbre de burlarnos de la literatura; la considerábamos mero entretenimiento, bagatela. Recuerdo un día que estaba en la oficina de la profesora que dirigía el Grupo de Estudios Kantianos, sentado nada más y nada menos que al lado de Simón Echeverry, el estudiante que me reclutó. Entonces llegó, como de costumbre, el librero, un hombre viejo y cegatón.

–Buenos días, muchachos. Venía a ofrecerles este ejemplar de *Los días azules*, la edición de 1985.

–Muchas gracias, pero no leemos literatura –respondió Simón Echeverry, desde su asiento, sin mirar al librero.

–No, no leemos literatura –rematé yo.

Agradece que te cuento a ti esta vergonzosa historia, porque ya no me queda orgullo, pues Nueva York acaba con todo. Pero ni siquiera a Sebas, mi amigo, fui capaz de contársela. Muchas tardes pasamos juntos en Carlos E., al pie de la quebrada La Iguaná, donde murió Mónica, la Vendedora de Rosas. A lo mejor ya has estado por ahí, con el *homo ergaster*, tomando cerveza: haz lo que quieras, ya no me importa, no te arrogues la importancia que no tienes; fuiste tú, pero pudo ser cualquier otro nombre de la lista.

Sebas y yo llegábamos a la tienda de siempre, pedíamos dos cervezas y esperábamos a Gabriela, que se pasaba las tardes en la Biblioteca Piloto leyendo novelas y por eso siempre se retrasaba; entonces caminábamos por el paseo que lleva hasta la calle Colombia, donde había un parque de almendros, no sé si ya lo tumbaron, tantos años han pasado desde entonces. Sebas encendía un cigarrillo de marihuana, me ofrecía y regresábamos para tener el disgusto de ver, siempre, cada viernes, a Carlos Uriel, el profesor de Hegel, sentado en una de las mesas del café de jazz

adonde te llevé la primera vez que salimos para impresionarte, inocente de que hubieras preferido una noche en Penthouse, el famoso Motel de la Vía al Mar. En ese café permanecía Carlos Uriel, desparramado, exhibiendo sin pudor sus medias blancas y sus mocasines de cuero sintético. Y siempre, invariablemente, una muchacha lo escuchaba hablar, horas y horas le duraba una sola cerveza; solo interrumpía el monólogo para cruzar la otra pierna y exhibir la otra media y la otra zapatilla. En ese punto Sebas me hacía pasar una vergüenza enorme porque se paraba frente a la mesa de Carlos Uriel, lo escuchaba por espacio de un minuto, y luego se soltaba a reír como un enfermo. No lo culpo: vaya cosas dice un filósofo cuando está de conquista. Entonces seguíamos hasta encontrarnos con Gabriela y nos sentábamos en el piso y Sebas, en la traba, le contaba muy entusiasmado a Gabriela que había visto a un señor con mocasines de cuero sintético y medias blancas deportivas hablando de Hegel y no sé qué más y que le gustaría mucho hacer un corto con él. A Gabriela, que también le gustaba el cine, le pareció buenísima la idea, pero yo los hice desistir porque sabía que Carlos Uriel no se prestaría para eso. Entonces empezamos a hablar de cualquier otra cosa y así se nos iban las noches de los viernes, siempre juntos en Carlos E.

–¿Por qué no me habías llamado antes?

–Es una historia larga, Sebas, después te cuento. No tengo un centavo, ¿será que me podés recoger?

–Dame un par de horas.

Sebastián estaba estudiando Literatura en la Universidad de Rutgers, pero antes había pasado por Queens y Staten Island, trabajando como empacador de comida para gatos y luego bajo las órdenes de una familia judía que tenía una empresa de cajas de cartón. También Sebas atravesó el camino difícil, como yo, pero ahora también para mí estaba terminando el viacrucis, *beatiful*,

pues esa noche habría una fiesta en su casa con gente de todas partes del mundo.

–Es gente muy querida, vas a ver.

–Y yo con esta ropa tan acabada, Sebas, qué vergüenza.

Me hizo contarle la historia completa, pero nunca me creyó que estuviera enamorado de ti, y la verdad es que a mí mismo me cuesta creerlo, pero se me pasa cuando te recuerdo sentada en tu pupitre, escuchando la lección, recogíndote el pelo morosamente.

–¿Y después de todo eso nunca volviste a hablar con ella?

–Sí, una vez, por Facebook.

–¿Y qué te dijo?

–Que la esperara un minuto en el chat, pero nunca volvió.

–¿Y te pensás quedar aquí o vas a volver a Colombia?

–No puedo regresar porque el tal Aquiles me mata, Sebas. Es muy en serio el asunto.

–Y muy ridículo también, porque vos sos un profesor y nada más; quiero decir que no representás ninguna amenaza para un traqueteo.

–Sí, yo sé, pero con esa gente no se puede razonar. ¿Y vos cuándo volvés?

–No sé, después, no quiero encontrarme con los mismos de siempre en el Parque de El Poblado. Tal vez vuelva en unos años, cuando ya esté olvidando la ciudad, no por ahora; por ahora estoy bien aquí, aunque todo lo que escribo es sobre Medellín, o Colombia, no puedo escribir sobre otra cosa.

Chilenos, argentinos, cubanos, franceses, españoles, venezolanos, peruanos, mexicanos, puertorriqueños, alemanes, el mundo entero había llegado a la casa de Sebas esa noche, chispita mariposa, y con todos pude conversar con naturalidad, como si yo mismo fuera parte del mundo. Bebimos cerveza y aguardiente que otro colombiano llevó y bailamos. No sería la bienvenida que le dieron a Alejandro en Babilonia, pero fue una noche de reconciliación,

sobre todo porque en medio de la borrachera alguien me ofreció trabajo en la Biblioteca Pública de Brooklyn; no podía creerlo, de modo que seguí bebiendo para celebrar. A la mañana siguiente la resaca era insoportable; amanecí sentado en una silla, la casa estaba en un desorden terrible, la gente dormía tirada en el piso, parecíamos refugiados de guerra. Me enderecé con el cuello adolorido por la mala posición y con un mensaje de WhatsApp: “Mataron a Yesid Rivera (Aquiles)”. Cuando lo leí, no entendí bien; ya luego, bebiendo agua en la cocina, pregunté más y me contaron que había aparecido con un tiro en la frente, envuelto en un costal que arrojaron en la Curva del Diablo, sobre el río Medellín.

Yo querría contarte que la noticia me agravó el malestar, que tuve que salir corriendo al baño a vomitar y cosas así, como en una película. Pero la verdad es que apenas comprendí que el grandísimo bellaco y muy hijo de puta que me tenía amenazado ahora estaba muerto y que, en consecuencia, podría volver a Medellín cuando quisiera (aterrizar en el José María Córdova entre las montañas de Rionegro, descender por la vía de Las Palmas para ver la ciudad espléndida, abrazar a mi padre y decirle que ya las vacaciones habían terminado, llorar con mi madre y beber aguardiente con mi hermano), cuando caí en cuenta de todo eso, destapé otra cerveza para seguir la fiesta. No fui el único: muchos invitados hicieron lo mismo para la resaca, de manera que todos, sin saberlo, terminaron brindando conmigo por la muerte de Aquiles.

A las dos semanas me mudé a Brooklyn, al lado haitiano, cerca de Prospect Park, y en la biblioteca pública trabajo desde entonces aseando los baños y a la biblioteca llegó una tarde la mexicana. ¿Cuánto tiempo pasamos juntos? No lo sé, no preguntes tonterías; una semana, un año: una semana que recuerdo como un año, qué importa. Hace poco se fue, sin despedirse, como todas, como Yeraldín, que después de la muerte de Aquiles, desapareció: Yeraldín y su halo de kiwi imposible de olvidar. O Ana María, la reina, que

nunca me perdonó, y Juliana López de Mesa, que se fue a estudiar a Europa, y Vanessa Jaramillo, que finalmente me olvidó. Como tú y todos los demás que pasaron por esta rueda de la fortuna que gira espléndida y no avanza, la rueda de la fortuna que me regresa siempre lo mismo. El artificio de la fortuna: un inventario de mujeres, de hombres, de lugares, un catálogo de cosas increíbles, recuerdos asentados por escrito en este día luminoso en que el protagonista por fin habló para contar sus tribulaciones y sus conquistas: acaba de llegar cargado de bolsas del supermercado. Salió para distraerse, está cansado de leer y corregir. Gastó su dinero comprando todos los saleros que había en los estantes. Si alguien lo viera desde fuera, diría que está loco. Entra en la casa, deja las bolsas en el piso, en desorden, atravesadas en el corredor. Ignora deliberadamente el deber de poner todo en su lugar. Se arroja en el sofá frente a la ventana, está agotado, ya no quiere pensar más, pero todavía no ha escrito el final. Abre los ojos enfermos al fulgor de la mañana que avanza hacia el mediodía. Repasa cada capítulo, examina sus personajes, sopesa la sintaxis. Parece que todo está acabado, volcado hacia fuera: volteado al revés. Pero él, tercamente, se levanta del sofá y va al computador para seguir escribiendo: cree que puede narrar su propia muerte.

Agradecimientos

A Carlos Vásquez, María E. Osorio, Pablo Montoya y Eufrasio Guzmán por su apoyo, sus palabras y sus cartas.

Al Departamento de Español y Portugués de NYU y al Banco Santander por la beca.

A Catalina Cardona y el *playlist* de siempre y porque estuvo pendiente de principio a fin.

A don Arled, doña Yamile, Paula y René por su casa y su amor y su generosidad infinita.

A Salva G. Barranco por el hogar que hicimos juntos en Hawthorne y en Greenpoint y en Myrtle y los trenes y el gimnasio y el Ocean Spray de Cranberry con ginebra.

A Mariana Graciano por su serenidad y su buen juicio y las tartas de brócoli y la paz que siento cuando la recuerdo.

A Kadiri Vaquer por su cariño inagotable y su firmeza de carácter y el primer encuentro bajo el arco del Washington Square Park y *El barril de amontillado* y Frankie Ruiz.

A Giuseppe Caputo por la conversación en Prospect Park y la casa de Dekalb y los almuerzos freudianos y sus lunares pintados y Coetzee.

A Gloria Esquivel, mujer distinguida, por su risa y la música y sus bestiarios y porque en el tren me cogía de gancho.

A Antonio Muñoz Molina, que me hizo escribir la carta y un día me invitó a caminar y otro día vimos el manuscrito de *La lotería de Babilonia* en la Biblioteca Pública de Nueva York.

A Diamela Eltit por su lectura espléndida y sus clases que nunca voy a olvidar.

A Edgardo Núñez Caballero por el poema y la observación y el Ron del Barrilito.

A Ana Alanis y la tarde de primavera que caminamos juntos por el Hudson y los jardines de Battery Park.

A Sebastián Gómez, Natalia Ballester Ferrer, Francisco Lau-cirica e Isabel Gaviria por su interés y sus lecturas dedicadas y sus devoluciones tan útiles y generosas.

A David Betancourt por su tiempo y sus opiniones que todavía releo incrédulo y feliz.

A Juan David Londoño por P. Feyerabend, K. Popper y Jorge Antonio y porque antes de reírse con esta novela había leído dos tesis de grado que nadie más leería.

A Sebastián Velásquez por el Parque del Periodista y el Ron Jamaica y el sofá de su casa en New Brunswick y la foto con los molinos de viento y tantos años de leernos el uno al otro.

A Stella, Héctor, Alejandro y Tomás porque son el principio de todo.

A Juliana por el amor y la paciencia. A Juliana, que es mi casa.

Esta obra se terminó de imprimir en Medellín, Colombia.
Noviembre de 2017.





“*Colección de tragedias y una mujer* es una novela que revisita muchos espacios conocidos de la narrativa antioqueña y lo hace con una carga de humor corrosivo que la transforma en un mecanismo de crítica y de risa, de inteligencia y de sarcasmo.

La acción nunca se detiene y va armando un fresco de la banalidad de la vida de ciertos sectores de Medellín: la vemos a través de la mirada irónica de su protagonista y narrador, un profesor de Filosofía refugiado en Nueva York de la persecución de un mafioso. Con esa voz, David Gil Alzate consigue una picaresca desatada, vitriólica, que se ríe de mafias y soldados, academias y costumbres amoratorias, ambiciones y miserias, y consigue una novela difícil de dejar”.

EXTRACTO DEL ACTA DE GANADORES

- MARTÍN CAPARRÓS
- MARIO JURSIK
- SANTIAGO GAMBOA

Jurados del XIII Concurso Nacional de Novela y Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.



XIII CONCURSO NACIONAL[®]
DE NOVELA Y CUENTO

COLECCIÓN de
TRAGEDIAS
y UNA MUJER
David Gil / GANADOR NOVELA



**CAMARA DE COMERCIO[®]
DE MEDELLIN PARA ANTIOQUIA**